

CONTRAPUNTEOS
HABANEROS



Contrapunteos HABANEROS



Félix Julio Alfonso López



EDICIONES BOLONA
PUBLICACIONES DE LA OFICINA DEL HISTORIADOR

→ COLECCIÓN RAÍCES ←

La Habana, 2022

Edición: Marietta Suárez Recio
Diseño: Gretel Ruíz-Calderón González
Imagen de cubierta: *La Catedral de La Habana*, 1944, Mariano Rodríguez

© Félix Julio Alfonso López, 2022
© Sobre la presente edición:
Ediciones Boloña, 2022

Prohibida la reproducción total o parcial de esta publicación sin el permiso previo por escrito de los titulares del copyright.

ISBN: 978-959-294-257-8

Publicaciones de la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana
San Ignacio núm. 364 altos, entre Muralla y Teniente Rey,
La Habana Vieja, Cuba
ediciones@publicaciones.ohc.cu
(+53) 7801 8180

A la memoria de Eusebio Leal Spengler (1942-2020)



Ensayos



LA HABANA DEL SIGLO XIX: URBANISMO, MESTIZAJE Y MODERNIDAD

Francia es París, Inglaterra es Londres, Italia es Roma. Si con bastante fundamento se dice esto especialmente de aquellas dos primeras naciones, las más ilustradas y poderosas del Viejo Mundo, con no menos, a nuestro modo de ver, se pudiera decir que la Habana, hoy día, es la isla de Cuba.

CIRILO VILLAYERDE

Y La Habana se parece a Cecilia Valdés. (...) cuando la piqueta estuvo autorizada para derribar las murallas en 1863, La Habana —espejo y retrato de Cuba— no era blanca ni negra: era mulata.

ELÍAS ENTRALGO

UN SIGLO PROMISORIO

El siglo XIX fue recibido con exaltación por una parte de la sociedad habanera, aquella que ocupaba la cumbre de la pirámide social y se beneficiaba con ostentación del enorme auge económico emprendido por la aristocracia criolla desde el último tercio del siglo XVIII, cuyo núcleo fundamental estuvo en la producción de azúcar de caña con mano de obra cautiva. El fenómeno de la plantación esclavista marcó decisivamente la sociedad del occidente de Cuba, en la región Habana-Matanzas, y más tardíamente el centro-sur de la Isla. En este lapso de tiempo, la oligarquía criolla

se enriqueció con las exportaciones de café y azúcar, obtuvo títulos nobiliarios, construyó mansiones palaciegas, amplió su poder como clase dominante en la sociedad cubana y controló las principales instituciones económicas, administrativas y culturales. Unos versos del italiano Francisco María Colombini, escritos a finales del siglo XVIII y publicados en México en 1798, nos procuran esa visión optimista y satisfecha de una clase social —la burguesía esclavista— que se sabe dueña de su realidad y canta “Las glorias inmortales de la Habana”:

*¡Oh, portento!
que con feliz principio puesto tienes
en el pecho havanero firme aliento.
Tú aumentarás hasta la edad lejana
las glorias inmortales de la Havana.¹*

Las élites letradas habaneras recibieron con buenos augurios y felices perspectivas la nueva centuria. Un ejemplo de ello es el texto de Buenaventura Pascual Ferrer, publicado el 6 de enero de 1801 en su periódico *Regañón de La Habana*, en el cual mostraba cuales eran las cuestiones y adelantos principales que, en el ámbito cultural, observaba en La Habana al iniciarse la centuria:

Año nuevo, siglo nuevo, tres papeles periódicos cada semana. (...) los delirios poéticos mandados a desterrar, los estudios mejorados en parte, la crítica en Ciencias y Artes en última moda, las imprentas en auge y trabajando sus prensas continuamente, las luces y el buen gusto en las letras haciendo progresos, y la instrucción expandiéndose hasta en los más ínfimos individuos. Tal es el cuadro literario que presenta la Ciudad de La Havana en la conclusión del siglo diez y ocho, y tales son los cimientos sobre que va a edificar

¹ Citado en Ángel Augier, *Poesía de la ciudad de La Habana*, Editorial Letras Cubanas/Ediciones Boloña, La Habana, 2001, pp. 27-28.

su verdadera grandeza y sus adelantamientos en el diez y nueve que principia.²

En el orden material, Pascual Ferrer apuntaba el hecho de que la ciudad hubiera alcanzado su mayor estado defensivo, que se hubieran prohibido las construcciones de guano dentro de las murallas, la regularidad en la llegada de la correspondencia, el aumento constante de la industria y el comercio, la avidez por el conocimiento científico y su aplicación práctica y todo ello le lleva a decir con desbordado optimismo: “El aparato con que se presenta La Havana en el principio del siglo XIX, la grandeza a que ha llegado en menos de cincuenta años (...) y los espíritus generosos que la habitan me hacen pronosticar con mucho fundamento que en el discurso de este siglo llegará esta ciudad a causar emulación a las más cultas de Europa”.³

Entre los testimonios de viajeros sobre La Habana en las primeras décadas del siglo XIX, destaca el ofrecido por el sabio alemán Alejandro de Humboldt en su clásico *Ensayo político sobre la Isla de Cuba*. Humboldt, que visitó la ciudad por primera vez en 1800, describe con detalles el sistema de fortificaciones habaneras, incluyendo los castillos de Santo Domingo de Atarés y de San Carlos del Príncipe, construidos después de la toma de la ciudad por los ingleses, los que defendían la urbe por el lado del poniente, y apunta con sagacidad el crecimiento de los barrios de extramuros. De los grandes edificios y palacios habaneros, dice que son “menos notables por su hermosura que por lo sólido de su construcción” y sobre las calles no deja de expresar su asombro por el sistema utilizado para su pavimentación:

Las calles son estrechas en lo general, y las más aun no están empedradas. Como las piedras vienen de Veracruz, y el transportarlas es muy costoso, habían tenido, poco antes de mi viaje,

² Citado por Emilio Roig de Leuchsenring, *La Habana. Apuntes históricos*, Editora del Consejo Nacional de Cultura, La Habana, 1963, t. I, p. 247.

³ Ídem, p. 250.

la rara idea de suplir el empedrado por medio de la reunión de grandes troncos de árboles, como se hace en Alemania y en Rusia, cuando se construyen diques para atravesar parajes pantanosos. Bien pronto abandonaron este proyecto y los viajeros que llegaban de nuevo veían con sorpresa los más hermosos troncos de caoba sepultados en los barrancos de la Habana.⁴

Sin embargo, la mayor pesadumbre del barón tiene que ver con el pavoroso estado higiénico de la ciudad y su deplorable trazado urbano:

Durante mi estancia en la América española, pocas ciudades de ella presentaban un aspecto más asqueroso que La Habana, por falta de buenas autoridades; porque se andaba en el barro hasta la rodilla; la multitud de calesas o *volantes*, que son los carruajes característicos de la Habana; las carretas cargadas de cajas de azúcar, los cargadores que se movían entre los transeúntes; todo ello hacía enfadosa y humillante la situación de los de a pié. El olor de la carne salada o del tasajo apestaba muchas veces las casas y las calles tortuosas. (...) Allí, como en nuestras ciudades más antiguas de Europa, un plan de calles mal trazado no puede enmendarse sino muy lentamente.⁵

El lamentable estado sanitario de la ciudad es una constante en la visión de todos los viajeros, y fue causa de no pocas enfermedades, entre ellas la epidemia de dengue que narra el religioso estadounidense Abiel Abbot, durante su breve estancia habanera en 1828, que afectó al propio capitán general, y que llama “una curiosa dolencia bastante prevaeciente en la ciudad (...) una especie de influenza, más molesta que peligrosa”.⁶ Aún peor que el dengue, era el pronóstico médico de

⁴ Alejandro de Humboldt, *Ensayo político sobre la Isla de Cuba*, Biblioteca Ayacucho, Caracas, 2005, pp. 32-33.

⁵ Ídem, p. 33.

⁶ Abiel Abbot, *Cartas escritas en el interior de Cuba: entre las montañas de Arcana, en el este, y las de Cusco, al oeste, en los meses de febrero, marzo, abril y mayo de 1828*, Consejo Nacional de Cultura, La Habana, 1965, p. 350.

que a esta dolencia sucedería la del cólera, cuya iniciación había tenido lugar en la India. En efecto, el cólera hizo su aparición en los años de 1832 y 1833 y la ciudad resultó severamente afectada, al extremo de que: “Casi todos los habitantes se infestaron y alrededor del diez por ciento falleció. En los campos, la quinta parte de las dotaciones de esclavos de Occidente debió ser reemplazada”.⁷ Se calculan en treinta mil las defunciones provocadas por el mal, fundamentalmente entre la población negra y pobre,⁸ aunque hubo víctimas ilustres como el pintor francés Juan Bautista Vermay y su esposa. Otros brotes de cólera azotarían la ciudad en 1850 y 1867.

No obstante la dureza de las críticas al estado higiénico de la urbe y sus insuficientes corolarios urbanísticos, Humboldt reconoce la belleza y funcionalidad del Paseo de Intramuros o Alameda de Paula y del situado exterior a la Muralla, el Nuevo Prado. Como sabio naturalista, elogia la belleza del Campo de Marte, dedicado a realizar ejercicios militares y del Jardín Botánico, que había fundado el obispo Espada, al tiempo que deplora como hombre liberal e ilustrado, los cercanos barracones dedicados a la venta de esclavos. En el momento de su visita, había una población de cuarenta y cuatro mil personas, de ellas veintiséis mil eran de tez negra o mulata. Y advierte cómo la presión demográfica se ha trasladado al lado exterior del recinto amurallado, devenida en una zona de exclusión social y conflicto con las autoridades:

Una población casi igual se ha refugiado en los grandes arrabales de Jesús María y de la Salud; pero este último no merece el hermoso nombre que tiene, pues aunque la temperatura del aire es en él menos elevada que en la ciudad, las calles habrían podido

⁷ Adrián López Denis, “Higiene pública contra higiene privada: cólera, limpieza y poder en La Habana colonial”, *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, Universidad de Tel Aviv, vol. 14, no. 1, enero-junio, 2003.

⁸ Enriqué Beldarraín Chaple y Luz María Espinosa Cortés, “El cólera en la Habana en 1833. Su impacto demográfico”, *Diálogos: Revista Electrónica de Historia*, San José, Costa Rica, vol. 15, no. 1, febrero-agosto, 2014, pp. 155-173.

ser más anchas y mejor trazadas. Los ingenieros españoles, de treinta años a esta parte, hacen la guerra a los habitantes de los arrabales, probando al gobierno que las casas están demasiado cerca de las fortificaciones, y que podría alojarse el enemigo impunemente en ellas. No hay firmeza para demoler los arrabales, y arrojar de ellos una población de 28 000 habitantes reunidos sólo en el de la Salud.⁹

Humboldt menciona además el proyecto de realizar un foso ancho desde el Puente de Chávez, cerca del Matadero, hasta San Lázaro, lo que haría de La Habana intramural una isla, con el objetivo de ampliar las defensas de la ciudad. Sobre los mercados y el consumo interno de alimentos de esta abunda: “Los mercados de la ciudad están bien provistos. En 1819 se calculó con exactitud el precio de las mercancías y de los comestibles que dos mil animales de carga llevan diariamente a los mercados de la Habana, y se vio que el consumo de carnes, maíz, yuca, legumbres, aguardiente, leche, huevos, forraje y tabaco de humo subía anualmente a 4 480 000 pesos fuertes”.¹⁰

El sabio alemán consideró que La Habana se encontraba entre las seis ciudades de mayor población en América, junto a México, Nueva York, Filadelfia, Río de Janeiro y Bahía. Realizó cálculos científicos sobre las tasas de natalidad y mortalidad entre sus habitantes y ponderó la elevada proporción de mujeres y extranjeros, muchos de estos últimos propensos a sufrir el efecto de las enfermedades del trópico. También colocó a La Habana como una de las cinco grandes ciudades del mundo comercial de la época, junto a Cantón, Macao, Calcuta y Río de Janeiro.

A partir del primer tercio del siglo XIX se inició un proceso de expansión urbana sobre el territorio, marcado por un contradictorio escenario de fuga de las clases aristocráticas hacia las zonas limítrofes de la urbe, y de aglomeración de las capas más

⁹ Alejandro de Humboldt, *ob. cit.*, pp. 35-36.

¹⁰ Ídem, p. 48.

humildes en el centro. El desarrollo de la ciudad hacia el oeste y el desplazamiento de las clases dominantes a los nuevos barrios provocó la transformación de la función residencial y el aumento de la densidad poblacional. Un oficial inglés advertía en 1815 que: “...la mayor parte de La Habana la constituyen los suburbios, que se extienden por la llanura en dirección al sur, por más de dos millas y que parecen estar enormemente poblados. Varias familias españolas prefieren vivir aquí, aunque conservan una casa en el interior para *presumir*”.¹¹

Ello determinó cambios en la división administrativa y en la legislación para el control del suelo urbano y de la higiene general de la urbe; en tal sentido, en 1806 se concluyó el Cementerio General, promovido por el obispo vasco Juan José Díaz de Espada y Fernández de Landa, que sacó los enterramientos de las iglesias; en 1807 la ciudad fue dividida en dieciséis barrios o capitánías de partido y en 1817 se estableció una reglamentación para controlar el trazado urbano de extramuros, siguiendo las normas dictadas por el coronel Antonio María de la Torre. Una década más tarde, según el censo de 1827, la población de La Habana, incluyendo las partes de intramuros y extramuros, alcanzó la notable cifra de cien mil habitantes.

Un año después, en 1828, tuvo lugar un hecho de enorme valor simbólico, cuando se erigió en el lugar donde la tradición establecía la celebración de la primera misa y del primer cabildo de la villa, el edificio neoclásico conocido por El Templete, primera construcción en ese estilo que tuvo la ciudad. Fue consagrado en misa solemne por el obispo Espada y su simbolismo, pese a estar dedicado al monarca absolutista Fernando VII, reside en la analogía de libertades ciudadanas que sugiere con la Tribuna Juradera de Guernica, en el País Vasco.¹²

¹¹ “La Habana en 1814-15 según Sir John Maxwell Tylden”, *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, La Habana, no. 2, mayo-agosto, 1972, p. 92.

¹² Fernando Ortiz, “La hija cubana del Iluminismo”, *Revista Bimestre Cubana*, La Habana, vol. LI, no. 1, enero-febrero, 1943.

Del mismo modo que en El Templete, la arquitectura dominante en las construcciones civiles y domésticas habaneras fue el neoclasicismo, cuyos elementos fundamentales fueron el uso de pilastras, cornisas y guarniciones clásicas, adosadas en las fachadas de los inmuebles más antiguos y la construcción de casas precedidas por portales con largas columnatas, que incorporan a fines del siglo los portales con arcos y también otros elementos de estilo neomedieval, como es notable en la grandiosa portada del Cementerio Cristóbal Colón (1871-1886), obra del arquitecto español Calixto de Loira.

Entre las mansiones de mayor riqueza arquitectónica, que reflejan al mismo tiempo la fortuna de sus dueños, destacan la de los Alfonso, O'Farrill, Joaquín Gómez, el marqués de la Real Proclamación y de la Real Campiña, el marqués de Balboa, la marquesa de Villalba, el conde de Casa Montalvo y la de Domingo Aldama y su yerno Domingo Delmonte, en las inmediaciones del Campo de Marte. Esta suntuosa vivienda fue considerada por el historiador de la arquitectura Joaquín Weiss como la más importante de las mansiones urbanas de la primera mitad del siglo XIX¹³ y se le comparaba como el equivalente neoclásico del barroco Palacio de los Capitanes Generales.

El período de 1834-1838 se caracterizó por un amplio plan de obras públicas diseñado por el capitán general Miguel Tacón. En medio de una fuerte pugna con la sacarocracia criolla —representada por la figura de Claudio Martínez de Pinillos, conde de Villanueva— Tacón realizó importantes obras en el espacio urbano, las que embellecieron la ciudad y crearon nuevas edificaciones: mercados, teatros, plazas y paseos, muchos de ellos ostentando su nombre, de triste recordación para los cubanos por motivos políticos. En el plano militar y de orden interior fue notable la construcción del Campo de Marte en el área de extramuros y de la cárcel nueva o Cárcel de Tacón.

¹³ Joaquín Weiss, *La arquitectura colonial cubana*. 2ª edición. Editorial Letras Cubanas/Agencia Española de Cooperación Internacional, La Habana/Sevilla, 2002, p. 375.

El paseo militar, obra de Mariano Carrillo de Albornoz, no solo sirvió para expresar el talante marcial del gobernante, sino que expandió considerablemente los terrenos para el ocio y la diversión de las élites criollas. Entre los mercados se destaca el de la Reina Cristina o de Fernando VII sobre los terrenos de la Plaza Vieja, el Mercado del Santo Cristo, la Pescadería, ubicada en terrenos aledaños a la Plaza de la Catedral, y el conocido como Mercado de Tacón, en el área de extramuros conocida como Plaza del Vapor. También llevó el nombre de Tacón un coliseo, considerado entre los mejores de su época, donde se estrenó la primera obra moderna del teatro cubano, *El conde Alarcos*, de José Jacinto Milanés, un drama donde la oligarquía criolla quiso ver una secreta alusión contra el gobierno autoritario y despótico de Tacón. Al mismo tiempo que se mejoró el alumbrado público de la ciudad, se creó un cuerpo de serenos y bomberos, se dispuso la higienización, numeración y pavimentación de las calles con el método de MacAdams y se acometió la fábrica de cloacas y sumideros.¹⁴

En contrapartida al plan de modernización ejecutado por Tacón, la sacarocracia criolla impulsó su propio proyecto urbano, trazado por el intendente de hacienda Claudio Martínez de Pinillos, quien trató de resignificar los espacios ciudadanos dotándolos de nuevas construcciones de gran beneficio público, como el Acueducto de Fernando VII, y de un alegórico decorado urbano, en el cual destacaba con particular simbolismo la Fuente de la India, una representación de la ciudad bajo la apariencia de una princesa aborigen, a la que cantó el poeta Gabriel de la Concepción Valdés, *Plácido*:

*Mirad La Habana allí color de nieve
Gentil indiana de estructura fina
Dominando una fuente cristalina
Sentada en trono de alabastro breve.*¹⁵

¹⁴ Felicia Chateloin, *La Habana de Tacón*. Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1989, passim.

¹⁵ Citado en Ángel Augier, *Poesía de la ciudad de La Habana*, La Habana, ob. cit., p. 69.

En opinión del historiador Juan Pérez de la Riva, esto se tradujo en un *tour de force* entre dos concepciones opuestas de ver la ciudad, en el cual:

Los ciudadanos pudieron comparar a su antojo la bella pila de Neptuno en el muelle del Comercio que el General mandó esculpir en Génova, en mármol de Carrara, con la espléndida Fuente de la India o de la “Noble Habana” colocada en el Paseo de Isabel II que también de mismo material vino de Italia; el solemne mercado de Tacón con la graciosa estación de Villanueva; las escuelas tecnológicas y los hospitales del Intendente con la magnífica cárcel del Gobernador, la más espaciosa de las Américas, según su promotor; la utilidad del bello Paseo Militar o de Tacón... con la del Acueducto de Fernando VII.¹⁶

En 1837 el desarrollo económico azucarero, asociado a la plantación esclavista, hizo que la emprendedora burguesía esclavista cubana consiguiera que La Habana fuera la primera ciudad en el mundo hispano en contar con un ferrocarril, que en su etapa inicial llegó hasta la villa de Güines. La estación desde donde partían los trenes llevaba el nombre de su promotor, el conde de Villanueva, y estaba conformada por dos edificios principales cuya fachada presentaba columnas de estilo dórico y daba al Campo de Marte.¹⁷

En 1853 se instaló la primera línea telegráfica, entre La Habana y Bejucal, siguiendo el camino de hierro que unía a ambas localidades; y por entonces también se lanzó el primer cable telegráfico submarino, que llegaba hasta La Florida y conectó a Cuba con la red internacional. Asimismo, La Habana estuvo entre las primeras ciudades americanas que contó con alumbrado de gas (1846), luz eléctrica (1877), telefonía (1879) y una

¹⁶ Juan Pérez de la Riva, *Correspondencia reservada del capitán general Don Miguel Tacón*, Biblioteca Nacional José Martí, La Habana, 1963, p. 341.

¹⁷ Alejandro García y Oscar Zanetti, *Caminos para el azúcar*, Ediciones Boloña, La Habana, 2017, pp. 31-50.

proyección cinematográfica (1897). Sin embargo, quizás el invento más importante asociado a la ciudad fue el descubrimiento del teléfono eléctrico en 1849, realizado por el florentino Antonio Meucci, superintendente técnico del Teatro Tacón y encargado por el capitán general O'Donnell de realizar trabajos de galvanoplastia, quién denominó a su sistema “telégrafo parlante”.

El proceso de desamortización, iniciado en 1835 en España, tuvo su repercusión en La Habana a inicios de la década de 1840, con la expropiación de los bienes de la iglesia que pasaron a manos de la Corona. En consecuencia, en el convento de los dominicos se ubicó el Cuerpo de Ingenieros del Ejército y la antigua universidad escolástica fue laicizada bajo el título de Real y Literaria; el templo y el monasterio de San Francisco de Asís fueron destinados a depósitos de mercancías y Archivo General de la Isla, y el convento de Belén destinado para oficinas del gobierno, hasta 1854 en que fue adjudicado a la orden jesuita.

En la década de 1840, algunos espacios públicos como la Alameda de Paula, fueron rediseñados y reformados, añadiéndole farolas y cercas de hierro. De igual modo surgieron otros paseos marítimos como la Cortina de Valdés y el Paseo de Roncali, en un intento por mejorar el borde interior de la bahía, lugar de acceso de la ciudad por mar. El antiguo Teatro Principal, ubicado en un extremo de la Alameda de Paula, también fue intervenido, pero el ciclón de 1846 terminó de demolerlo y nunca más fue restaurado, ocupando su lugar un hotel para viajeros.

Hubo también teatros en el Campo de Marte, donde inició su brillante carrera el actor Francisco Covarrubias; el Diorama (1830), inaugurado en los terrenos del antiguo Jardín Botánico, y el llamado Circo Habanero (1846), rebautizado como Teatro Villanueva. Ya en la segunda mitad del siglo, aparecen nuevos teatros cuyos nombres estaban asociados a la colonia española como los vascos Albisu (1870) e Irijoa (1884) y los catalanes Payret (1877) y Jané (1881). Todos ellos rivalizaban entre sí por atraer al público peninsular y criollo, y el Irijoa en particular fue la sede por muchos años de los

bufos cubanos y dio cabida a reuniones obreras y del Directorio de la Raza de Color.

El novelista Cirilo Villaverde, en un artículo publicado en la prensa habanera en enero de 1842, daba cuenta de los enormes progresos urbanos y adelantos en la vida económica y comercial de la capital. Sobre los nuevos límites ciudadanos exclama:

En vano, pues, ha sido oponerle murallas y abrirle fosos. Éstos y aquéllas los ha traspasado, derramándose por el sur hasta Jesús del Monte, cuya pequeña iglesia, sobre una verde colina asentada, al mismo tiempo que de atalaya, parece puesta allí por la Providencia para impedir que el pueblo se desbände por los campos. Por el sudoeste, entre famosas quintas y alegres casas, salvando el profundo Casiguaguas, no ha detenido su carrera hasta darse las manos con el Quemado. Por el oeste, cubriendo los manglares de La Punta y San Lázaro, lleva trazas de no detenerse hasta besar los muros del Príncipe.¹⁸

No escapa al ojo avezado del escritor el elevado número de barcos fondeados en la bahía, ni tampoco cierto desorden en el trazado urbano de las nuevas construcciones y las molestias causadas por el estrépito de centenares de carretas y carretillas en veloz escapada hacia los muelles. Todo ello cambia al anochecer ante la aparición súbita de millares de quitrines y volantas que rodean las grandes residencias, los palacios, los paseos y teatros.¹⁹ En una vívida estampa de la riqueza comercial de la urbe expresa:

A esa hora de la noche, asimismo, la ciudad toda, como por encanto, y a la manera de ciertos insectos de nuestros cam-

¹⁸ Cirilo Villaverde, "La Habana en 1841", *El Faro Industrial de la Habana*, 1º de enero de 1842. Citado en: *Costumbristas cubanos del siglo XIX*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1985, p. 168.

¹⁹ Según el censo de 1827, por las calles de La Habana circulaban 467 quitrines y 2 184 volantas.

pos, brota luz de sus entrañas; pero no una luz para ofender la vista, sino para reflejarse en los mil variados tesoros que el comercio ha derramado en las tiendas de ropa, de plata, de quincalla, de bruñidos muebles, de ricos paños, de relojes, de joyas, de víveres, de dulces y de cuanto producen las artes y las ciencias en toda la Europa. Y como si fuera absolutamente preciso que los productos de esas naciones fueran expedidos aquí por sus propios hijos, la Alemania y la Inglaterra han poblado nuestros escritorios; la Francia, nuestras relojerías, joyerías, perfumerías, peluquerías, sastrerías y almacenes de modas; la España, nuestras tiendas de telas, de víveres, de quincalla y de sombreros; Italia nos suministra sus buhoneros, organistas y vendedores de estatuas y estampas; Norteamérica, sus caballeritos y saltimbanquis, si bien en esto último va a la par con Francia; y en fin, el África nos presta los brazos con que labramos los frutos que damos a cambio de sus riquezas artísticas.²⁰

Un hecho que marca la vida de la ciudad a mediados del siglo XIX es la llegada, en junio de 1847, de los primeros chinos “contratados” o culíes, poco más de doscientos sobrevivientes de un ominoso viaje iniciado seis meses atrás en las riberas del río Amoy. Este contrato, por un período inicial de ocho años, encadenaba a los chinos a un sistema de trabajo en condiciones de semiesclavitud y los hacía prisioneros de sucesivas deudas imposibles de pagar. Lo anterior explica que, a pesar de la muerte, la rebelión o el suicidio por el excesivo rigor del trabajo, la imposibilidad de reunir el dinero para la travesía de regreso hiciera posible el surgimiento de una comunidad china relativamente estable, con un elevado índice de masculinidad y juventud, factor también decisivo en su integración al etnos cubano. Sucesivas oleadas migratorias incrementaron el número de asiáticos en la ciudad, algunos venidos desde California, y fueron ellos los constructores del bullicioso barrio chino habanero,

²⁰ Cirilo Villaverde, “La Habana en 1841”, ob. cit., p. 168.

en el espacio limitado por las calles Zanja, Rayo, San Nicolás y el Cuchillo de Zanja.²¹

En 1849 el historiador, anticuario, pedagogo y geógrafo José María de la Torre publicó un exquisito mapa de La Habana titulado *Plano pintoresco de La Habana con los números de las casas*. Lo novedoso de este plano es que muestra los nombres de las calles y los números de las viviendas, así como los paseos, fortificaciones, edificios públicos y la división de la ciudad en barrios. Un mapa en recuadro, en el extremo derecho inferior, señala el puerto de La Habana, con las fortificaciones de El Morro, La Punta y La Cabaña. Como detalle artístico, el plano contiene además varias ilustraciones con grabados de Federico Mialhe (1810-1881).

Bajo el gobierno de José Gutiérrez de la Concha, en 1855, se sancionaron nuevas Ordenanzas Municipales, subdivididas en temáticas específicas, aunque no abordaban aspectos como las dimensiones de los paseos públicos y los requerimientos de portales, lo que se logró en 1861, cuando se dictaron las Ordenanzas de Construcción que jerarquizaron calles y avenidas, se refirieron al tráfico de vehículos y enunciaron los atributos arquitectónicos que debían tener los inmuebles en las diferentes zonas de la ciudad.²²

Hacia 1850 la urbanización extramuros sobrepasó las calzadas de Galiano y Belascoáin, y el área edificada total ascendía a cuatro kilómetros cuadrados. En un proceso de rápida expansión hacia el oeste, la ciudad va extendiendo su frontera que en 1890 coloca el límite construido en la Calzada de Infanta, con un área total de diez kilómetros cuadrados. En 1862 la población sobrepasa los ciento cuarenta mil habitantes, la mayoría fuera de las murallas, y tres decenios más tarde rebasa las doscientas

²¹ Juan Pérez de la Riva, *Los culíes chinos en Cuba*, Fundación Fernando Ortiz, La Habana, 2000, p. 250.

²² Este reglamento fue aprobado y se autorizó su publicación en enero de 1862, pero su edición oficial se realizó en 1866. Otras legislaciones posteriores que regularon el cuerpo urbano fueron las Ordenanzas Municipales de 1881, la Ley General de Obras Públicas de 1883 y la Ley de Aguas de 1891.

mil almas.²³ Se hacía evidente que el ensanche de la urbe fuera del cercado pétreo había formado dos ciudades, una dentro de las murallas, llamada desde entonces La Habana Antigua o Vieja, y otra Extramuros llamada La Habana Nueva o Moderna, de creciente importancia económica. En consecuencia, las murallas eran cada vez más inútiles para la defensa ciudadana, pues una parte considerable de ella se encontraba fuera de sus límites y el desarrollo de la artillería moderna y de nuevas técnicas militares tornaba inservible una defensa concebida para la época de corsarios y piratas. Asimismo, estaba el grave inconveniente de que el lienzo dejaba incomunicada de noche a la sección de extramuros.

Todos estos motivos llevaron al Ayuntamiento a solicitar desde inicios del siglo el derribo de las murallas, pero numerosas dilaciones propias de la burocracia colonial no hicieron efectiva esta decisión hasta el 8 de agosto de 1863. El acto titánico de demolerlas, al igual que el de su construcción, corrió a cargo de esclavos fugitivos de sus amos, capturados y penados con tan tremendo castigo. Sin embargo, y a pesar de que con relativa rapidez se abrieron numerosos boquetes en el colosal muro, permitiendo la salida de las calles y la construcción de paseos, plazas y nuevos edificios, la obra no se culminó hasta la época de la intervención estadounidense de 1899 a 1902, determinada por los planes de saneamiento y obras públicas del gobierno interventor, empeñado en sustituir los antiguos símbolos del poder colonial por nuevas metáforas de la modernidad y el progreso.²⁴

Por estos años, en 1857, José María de la Torre publicó su ensayo *Lo que fuimos y lo que somos o La Habana antigua y moderna*, en la cual se compendian numerosos aspectos de la historia de la ciudad, algunos de carácter erudito y otras sencillas curiosidades. Como apéndice, le incorporó un texto costumbrista titulado “Un día en

²³ Emilio Roig de Leuchsenring, *La Habana. Apuntes históricos*, ob. cit., t. II, p. 14.

²⁴ Carlos Venegas Fornias, *La urbanización de Las Murallas: dependencia y modernidad*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1990, passim.

La Habana”, donde se observa con sagacidad el ambiente urbano, inestable, cosmopolita y ruidoso, de mediados del siglo XIX:

El aturdidor sonido del martillo en el taller del artesano, el del canto penetrante de los africanos ocupados en *entongar*, pesar, cargar y descargar los carretones de cajas de azúcar o café; el de los monótonos temas del ambulante organista; (...) el agudo pregonar de las fruterías y vendedores de ropa que pululan por las calles; el continuo transitar de más de cuatro mil carruajes y de hombres de todas edades que circulan en distintas direcciones, forman un cuadro difícil de pintar. Los litigantes, procuradores, oficiales de causas con sus expedientes debajo del brazo, se dirigen a los tribunales o escribanías para dar a las causas el curso que las leyes recomiendan; las bellas habaneras luciendo sus celebrados breves pies en las conchas de elegantes quitrines, ocupan las puertas de los establecimientos de prendería, modistas y tiendas de ropa (...). La bahía, las cercanías de la Aduana, el muelle, ¡qué Babilonia! Túrbase la vista al contemplar el continuo y rápido movimiento de millares de buques de todos tamaños y naciones, que figurando espesos bosques con sus empinadas arboladuras, surcan las aguas de la bahía en todas direcciones.²⁵

Un hecho que marcó la modernidad habanera fue la creación del ferrocarril urbano en 1857, compuesto por coches de tracción animal que rodaban sobre líneas férreas, lo que posibilitó la conexión más eficiente con otras zonas periféricas de la urbe como el Cerro, o con la zona llamada tradicionalmente Monte Vedado. Las poblaciones más importantes que se desarrollaron a lo largo del siglo XIX fuera de las Murallas se localizaron en el Cerro, Jesús del Monte, El Vedado y Marianao. En el caso del Cerro, se trató de un asentamiento de las élites de los primeros años del siglo XIX, que se

²⁵ José María de La Torre, *Lo que fuimos y lo que somos o La Habana antigua y moderna*, Imprenta de Spencer y Compañía, Habana, 1857, pp. 175-176.

extendía por el Camino Real de la Vueltabajo, luego llamado Calzada del Cerro, lugar muy apreciado por su belleza natural y donde discurría un tramo de la Zanja Real. Entre sus pobladores originarios estuvieron varios miembros de la nobleza criolla, que construyeron allí sus palacetes y casas quintas para la temporada veraniega, equipándolas con fuentes, estanques y baños que recordaban las termas romanas.

Estas lujosas viviendas asumían una arquitectura de orden neoclásico y estaban rodeadas de árboles frutales y jardines, como en los casos de la quinta de los condes de Santovenia, el conde de Gibacoa y el conde de Palatino. Otras mansiones de igual porte fueron las del conde de Villanueva, conde de Fernandina, los marqueses de Sandoval y Pinar del Río, la San José, de Susana Benítez, la de Arango, de los Carvajal, de los Lluria y más hacia el interior de la barriada, la quinta de Echarte. En opinión de los arquitectos Mario Coyula e Isabel Rigol: “La Calzada, con sus más de tres kilómetros de longitud, es el espinazo de El Cerro. Este barrio, cuyo impresionante esplendor y rápida decadencia ocurrió entre el segundo tercio y último cuarto del XIX, fue el principal exponente de la arquitectura neoclásica cubana. Ninguna otra ciudad importante de América Latina produjo o pudo conservar un eje urbano decimonónico tan relevante y coherente”.²⁶

Un caso semejante al del Cerro fue el del barrio de Jesús del Monte, que se expandió a lo largo de la calzada homónima, la que llegaba hasta Santiago de las Vegas y Bejucal. Su jurisdicción comprendía a mediados del siglo XIX unas cinco leguas cuadradas, y albergaba los poblados de Arroyo Naranjo, Arroyo Apolo, San Juan y la Víbora, con una población que superaba en 1858 los cuatro mil habitantes. En opinión del historiador Emilio Roig: “Jesús del Monte no sustituyó nunca al Cerro como barrio ‘elegante’, ya

²⁶ Mario Coyula e Isabel Rigol, “La Calzada del Cerro: esplendor y ocaso de La Habana neoclásica”, *Arquitectura y Urbanismo*, Instituto Superior Politécnico José Antonio Echeverría, vol. XXVI, núm. 2, La Habana, 2005, p. 29.

que este destino estaba reservado al Vedado”.²⁷ Los promotores de la urbanización del Monte Vedado fueron José Domingo Trigo, iniciador del negocio del ferrocarril urbano, y José Frías, hermano del conde de Pozos Dulces. De acuerdo al plano del ingeniero Luis Iboleón Bosque, se parceló un territorio de 156 hectáreas en 105 manzanas cuadradas de 100 por 100 metros ordenadas en una retícula perfecta. La calle principal de este reparto era una amplia avenida de 25 metros de ancho, por donde circularía el ferrocarril urbano.²⁸ La ocupación inicial de las parcelas fue lenta, pero ya en la década de 1880 la fama del lugar como espacio saludable y cercano al mar comenzó a crecer y promovió las nuevas urbanizaciones de las fincas Medina y Rebollo en 1883 y 1885. Esto trajo la aparición de una nueva vía de comunicación principal, llamada Calzada de Medina (actual calle 23). Junto a las casas y quintas que ocuparon los lotes del reparto, también hubo espacios de ocio, dedicados a baños públicos y a juegos como el béisbol, cuyos terrenos más importantes, los del Club Habana, estuvieron ubicados cerca de la intersección de las calles Línea y G.

Como sus homólogos Cerro y Jesús del Monte, durante el siglo XIX Marianao fue sitio de veraneo y curación para las clases acomodadas, por la presencia de los baños del río homónimo y un manantial con aguas medicinales en el río Quibú. Para 1870 el poblado alcanza los 4 700 habitantes y en 1878 se constituye como municipio con 44 calles, 785 casas, 58 predios rústicos, talleres, potreros y estancias de labor. En 1880 se publicó el primer periódico de la localidad y en 1881 se inauguró el Hipódromo de Marianao, que tuvo fama en toda la ciudad.²⁹

²⁷ Emilio Roig de Leuchsenring, *La Habana. Apuntes históricos*, ob. cit., t. II, p. 18.

²⁸ María Victoria Zardoya, “La ley y el orden”, *Regulaciones urbanísticas de la Ciudad de La Habana. El Vedado*, Dirección Provincial de Planificación Física, La Habana, 2006, p. 27.

²⁹ Fernando Inclán Lavastida, *Historia de Marianao*, Editorial El Sol, Marianao, 1952, cap. VI.

Al finalizar el siglo XIX, la ciudad había derramado sus bordes por un amplio perímetro, en un desplazamiento radial como lo describió el historiador Elías Entralgo: “La Habana (...) ya villa, se trasladó del sur para el norte y del oeste para el este: y más tarde, ciudad, creció primero por el nordeste (Habana Vieja), y luego por el este hacia el sur (Jesús del Monte), por el centro (Cerro) hacia el norte (Vedado) para agonizar donde tuvo su infancia: en la desembocadura del río Almendares. Su adaptación, por lo tanto, ha sido circular y variada”.³⁰

SOCIEDAD Y POLÍTICA

En sus reflexiones de carácter social, en particular sobre la esclavitud, Humboldt observó que existían en La Habana grandes facilidades para la manumisión de los siervos, y se refiere a la ventajosa posición de los libres de color en La Habana, situación que variará luego y terminará en los días infaustos de la Conspiración de la Escalera. En tal sentido vaticinó: “La conformidad de las castas entre sí será un problema político de la mayor importancia, hasta que llegue el tiempo en que una sabia legislación consiga calmar los odios inveterados, concediendo mayor igualdad de derechos a las clases oprimidas”.³¹

Sobre la cultura intelectual, el sabio alemán reconocía que se trataba de un disfrute exclusivo de las élites blancas y ponderó la existencia de la Real Sociedad Patriótica, la universidad dominica, con sus diferentes cátedras de matemática, anatomía y botánica agrícola, la academia de pintura, las escuelas lancasterianas y el jardín botánico. Al mismo tiempo realizó estas perspicaces observaciones sobre las estrategias intelectuales de las clases dominantes criollas para preservar sus privilegios políticos:

El trato de la gran sociedad de la Habana, se parece por sus maneras atentas y su urbanidad al de Cádiz y al de las ciudades

³⁰ Elías Entralgo, “El capitalismo habanero”, en Loló de la Torriente, *La Habana de Cecilia Valdés*, Jesús Montero Editor, La Habana, 1946, p. 5.

³¹ Alejandro de Humboldt, op. cit., p. 110.

comerciales más ricas de Europa, (...) Los habaneros han sido los primeros, entre los ricos habitantes de las colonias españolas, que han viajado por España, Francia e Italia. En ninguna parte se ha sabido mejor que en la Habana la política de Europa, y los resortes que se ponen en movimiento para sostener o derribar un ministerio. Este conocimiento de los sucesos y la previsión de los del porvenir han servido eficazmente a los habitantes de la isla de Cuba para libertarse de las trabas que detienen el desarrollo de la prosperidad colonial. En el intervalo de tiempo que ha habido desde la paz de Versalles hasta que principió la revolución de Santo Domingo, la Habana parecía diez veces más cercana a la España que México, Caracas y Nueva Granada.³²

Resulta importante destacar que la oligarquía habanera no tomó partido por la independencia ante la invasión napoleónica a España, como hicieron sus homólogas del continente, a causa de su condición de clase dominante/dominada, más interesada en preservar sus plantaciones, sus esclavos y sus palacios que en abrir la vía hacia un destino político independiente. Aun así hubo algunos intentos por subvertir el orden colonial, como se evidenció en la conspiración de los criollos Román de la Luz, Joaquín Infante y Juan Francisco Bassave (1810), a la que seguirían las organizadas en torno a las logias masónicas Soles y Rayos de Bolívar (1823), liderada por el habanero José Morales Lemus y en la cual estuvo involucrado el poeta José María Heredia, y la Gran Legión del Águila Negra (1823), vinculada a la figura del presidente mexicano Guadalupe Victoria.

Un episodio de enorme importancia para la historia de las luchas sociales en La Habana fue la rebelión liderada por José Antonio Aponte, un antiguo oficial de los batallones de pardos habaneros, en los primeros meses de 1812, que logró vertebrar un amplio movimiento de negros libres y esclavos, cuyas ramificaciones llegaron

³² Ídem, p. 139.

hasta el centro y oriente de la Isla. El plan en la capital consistía en distraer la atención policial con incendios en las casas de extramuros, mientras los conjurados tomaban los principales cuarteles y castillos, y con las armas obtenidas llamaban a la insurrección a las dotaciones de los ingenios. Confiaban además en obtener ayuda del rey haitiano Henry Christophe y del general dominicano Gil Narciso. Descubierta la conspiración, su líder principal fue decapitado y su cabeza exhibida dentro de una jaula como escarmiento, en una céntrica esquina de la ciudad. A partir de ese momento se levantó una leyenda negra contra el carpintero tallador, dando lugar a una frase en el imaginario popular que identificaba la maldad de una persona tildándola de ser “más malo que Aponte”.³³

Una nueva conspiración antiesclavista llevó el nombre de La Escalera y fue descubierta en 1844. Tuvo sus epicentros en La Habana y Matanzas, y entre sus corolarios estuvo la represión de importantes figuras de la intelectualidad mestiza y de los oficios desempeñados por mulatos y negros libres. Sus víctimas más conocidas fueron el poeta Gabriel de la Concepción Valdés, *Plácido*; el dentista Andrés José Dodge; el propietario Santiago Pimienta; el músico José M. Román; Pedro de la Torre, músico y sastre y el pintor y teniente de milicias Jorge López, todos mestizos y de reconocida solvencia económica, al punto que no era infrecuente que algunos de sus miembros, como el modisto mulato Francisco Uribe “el sastre de moda”, tuviera clientes de la aristocracia criolla y poseyera propiedades inmuebles y esclavos.³⁴ Algunos representantes de la intelectualidad blanca también fueron involucrados en esta conspiración, como José de la Luz y Caballero y Domingo del Monte.

³³ Sobre la conspiración de Aponte hay abundante información en: José Luciano Franco, *La conspiración de Aponte*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2006.

³⁴ Pedro Deschamps Chapeaux, “El negro en la economía habanera del siglo XIX: Francisco Uribe, el sastre de moda”, *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, La Habana, no. 1, enero-abril, 1970.

Con otro cariz se produjeron confabulaciones contra España a finales de la década de los cuarenta, esta vez de marcado acento anexionista, uno de cuyos núcleos fundamentales estuvo en el llamado Club de La Habana (1847). Fueron sus integrantes conspicuos dueños de esclavos como José Luis Alfonso, Cristóbal Madan y Miguel Aldama, quienes creían que lo más conveniente para sus intereses de clase era la anexión al sur esclavista de los Estados Unidos. Estos mismos afanes eran compartidos por Narciso López, un general venezolano que trajo dos expediciones filibusteras a la Isla, en 1850 y 1851, y en esta última resultó apresado y ejecutado en garrote vil en La Habana, el 1.º de septiembre de 1851.

La atmósfera política de la ciudad cambió radicalmente con el levantamiento armado que se inició el 10 de octubre de 1868 en el ingenio Demajagua, la primera guerra independentista cubana del siglo XIX. Es un hecho que la Guerra de los Diez Años (1868-1878) tuvo en la capital un impacto menor, en comparación con la zona central y oriental de la Isla, donde tuvo su epicentro el conflicto bélico, pero ello no significa que La Habana permaneciera al margen de la revolución iniciada por Carlos Manuel de Céspedes. Para dar apoyo a los sublevados de Oriente y Camagüey hubo un intento de insurrección de relativa importancia, protagonizado por Agustín de Santa Rosa y varios conspiradores en Luyanó, en noviembre de 1868, al que seguirían otros de menor jerarquía.

Con la llegada del capitán general Domingo Dulce, en 1869, se produjo un breve período de libertad de imprenta, etapa en la que el adolescente habanero José Martí y Pérez, hijo de padre valenciano y madre canaria, redactó un periódico manuscrito, titulado simbólicamente *El Siboney*, donde publicó su soneto patriótico “¡10 de octubre!” Ese propio año Martí divulgó los periódicos *El Diablo Cojuelo* y *Patria Libre*, en el cual incluyó el poema alegórico “Abdala”, hasta su detención, acusado de infidencia, como autor de una carta donde censuraba a un antiguo compañero su condición de apóstata. Durante varios días hubo numerosos encuentros

y tiroteos entre partidarios del independentismo en la ciudad y las fuerzas colonialistas, atmósfera que alcanzó un punto de ebullición en los llamados sucesos del teatro Villanueva, en enero de 1869, donde durante una función de los bufos habaneros se dieron vivas a la independencia y a Carlos Manuel de Céspedes. Una joven actriz, Antonia Somodevilla, paseó la bandera insurrecta por el escenario y las fuerzas de voluntarios españoles reprimieron con inusitada crueldad a los concurrentes. Estos hechos abrieron un parte aguas definitivo entre quienes apoyaban la independencia y los que todavía se inclinaban por algún pacto con la Metrópoli, haciendo valer la disyuntiva que había planteado el joven Martí en *El Diablo Cojuelo*: “O Yara o Madrid”.

Se calcula que en los meses siguientes a los sucesos de Villanueva unas veinte mil personas salieron de La Habana al exilio, para escapar de la represión colonialista. Martí, condenado a seis años de presidio en las canteras de San Lázaro, en las inmediaciones del Vedado, fue deportado a España a comienzos de 1871³⁵ y ese propio año, en noviembre, La Habana vivió momentos de terror y angustia con el brutal asesinato de ocho estudiantes de medicina, falsamente acusados por un tribunal militar, y fusilados en la explanada de la Punta.³⁶

Tras la llamada Paz del Zanjón (1878) se abrió un compás de espera en los esfuerzos independentistas, que fue interrumpido por la Guerra Chiquita (1879-1880), pero la ideología dominante de la llamada por Martí “tregua fecunda” fue la corriente reformista, cuyo principal portavoz fue el Partido Liberal Autonomista, fundado en agosto de 1878. Este partido ponderaba una salida evolutiva de la condición colonial de Cuba bajo un

³⁵ Otras dos veces regresó Martí a su ciudad natal, de manera clandestina en 1877, en el vapor Ebro procedente de Veracruz, y en el verano de 1878, de modo legal tras la firma del Pacto del Zanjón. En esta última visita causó una gran impresión entre los habaneros por sus encendidas proclamas y discursos.

³⁶ César García del Pino, *La Habana a través de los siglos*, Ediciones Boloña, La Habana, 2012, pp. 103-150.

régimen autonómico, adaptando a la Isla la legislación metropolitana, con una constitución propia, la elección de diputados locales a las Cortes, una reforma arancelaria y el fomento de la inmigración blanca. Su propaganda política fue intensa y la relevancia intelectual de este nacionalismo moderado puede encontrarse en publicaciones como la *Revista Cubana*, divulgada por el polígrafo Enrique José Varona a partir de 1885.

La visión irónica y a veces fantasmagórica que Julián del Casal nos deja de la ciudad en sus “Crónicas habaneras” —escritas a finales de la década de los ochenta—, en las cuales retrata con crudeza a las autoridades coloniales y se burla de la atmósfera decadente de la burguesía criolla, podemos leerlas como un presagio de la agudización de las contradicciones Colonia-Metrópoli, que llevaron al estallido de la tercera guerra cubana por la independencia, liderada por José Martí y el Partido Revolucionario Cubano, el 24 de febrero de 1895. Un previsto alzamiento en La Habana se frustró por la incompetencia de quien debía dirigirlo, el general Julio Sanguily, pero los ecos de la guerra no tardaron en llegar a los habaneros cuando la invasión de oriente a occidente, encabezada por los generales Máximo Gómez y Antonio Maceo, tomó los poblados cercanos a la capital de Güira de Melena, Quivicán, Melena del Sur y Caimito.

La brutal política represiva del general Valeriano Weyler, de concentrar a la población rural en las ciudades, entre octubre de 1896 y marzo de 1897, reunió solo en La Habana a unas ciento veinte mil personas, y en todo el país dejó una estela de casi doscientos mil muertos por hambres y enfermedades. El genocidio de la población cubana provocó protestas en varios países, incluyendo los Estados Unidos, cuyas clases dirigentes vieron en el conflicto la oportunidad para hacerse con el dominio de la Isla, y a tal fin diseñaron una estrategia de presiones políticas y manipulación de la opinión pública. Ello estaba en sintonía con su tristemente célebre Doctrina Monroe, cuyo corolario para Cuba fue formulado en la teoría de la “fruta madura”, la cual disponía que, una vez rotos los

lazos de la Isla con España, forzosamente debía gravitar hacia el seno de la Unión americana.³⁷

En este contexto debe verse la explosión en la bahía de La Habana del acorazado Maine, el 15 de febrero de 1898, con doscientos sesenta y seis tripulantes a bordo, antesala de la llamada Resolución Conjunta aprobada por el Congreso de la Unión y sancionada por el presidente William McKinley el 20 de abril de 1898, que autorizaba la intervención militar de Estados Unidos en la guerra de los cubanos contra España. Finalmente, el 10 de diciembre de ese mismo año, el Tratado de París puso fin al conflicto con un acuerdo bilateral entre españoles y norteamericanos, sin presencia cubana, que garantizó la posesión a Estados Unidos de Guam, Filipinas y Puerto Rico, y la ocupación militar de Cuba. El 1ro. de enero de 1899 se inició el gobierno estadounidense en la Isla y el 3 de ese propio mes regresó a La Habana, de su exilio en Tampa, el poeta matancero Bonifacio Byrne, quien al contemplar la enseña norteamericana sobre el Palacio de los Capitanes Generales, compuso estos inolvidables versos llenos de tristeza y patriotismo:

*Con la fe de las almas austeras,
hoy sostengo con honda energía,
que no deben flotar dos banderas
donde basta con una: ¡la mía!*

IMAGINARIOS CULTURALES

Cirilo Villaverde fue, en buena medida, el gran cronista del siglo XIX habanero y su novela *Cecilia Valdés* (1839-1882) es la más exhaustiva muestra de los profundos contrastes que padecía la sociedad esclavista criolla. El filósofo positivista Enrique José Varona opinó que

³⁷Véase al respecto el clásico ensayo de Ramiro Guerra, *La expansión territorial de los Estados Unidos a expensas de España y de los países hispanoamericanos*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2008.

en sus páginas estaba concentrada “la historia social de Cuba”³⁸ y el historiador Elías Entralgo dijo que: “*Cecilia Valdés* es nuestro más representativo mito literario. Equivale, para la literatura cubana, lo que el *Quijote* para la española, *Hamlet* para la inglesa o *Fausto* para la alemana”.³⁹

La novela tuvo su origen en un relato costumbrista publicado en 1839 en *La Siempreviva* sobre las ferias del barrio habanero del Ángel y luego, durante un lapso de cuarenta años, el folletín inicial creció hasta convertirse en fábula de mayor calado, en la cual los amores incestuosos de Cecilia y Leonardo son el argumento de la ficción, pero no su esencia. El tiempo histórico de la narración se ubica entre 1812 y 1831, uno de los períodos más autoritarios y corruptos de la colonia, lo cual se enuncia en muchas de sus páginas. Sus actores expresan toda la diversidad de los sectores negros y mulatos urbanos, tanto libres como esclavos. También aparecen personajes reales de la intelectualidad criolla blanca, como José Antonio Saco y Agustín Govantes.

A través de la ficción es posible conocer ambientes como el del Seminario de San Carlos, así como los bailes de cuna de la gente negra y mulata. Villaverde describe con minuciosidad los paisajes urbanos de La Habana, los interiores de las casas y también su *hinterland* azucarero y cafetalero, con sus diferencias tecnológicas y socioeconómicas; las fiestas y ferias urbanas, los trajes y vestidos de los diferentes sectores sociales, y la reproducción de onomatopeyas propias del lenguaje de los esclavos y sectores urbanos como los curros del manglar. Las fiestas y los bailes ocupan un lugar central en la novela y es precisamente en una fiesta de “cuna”, donde se celebra el santo de la anfitriona, que se inicia la disputa entre Leonardo y Pimienta por la joven

³⁸ Enrique José Varona “Cirilo Villaverde. El autor de Cecilia Valdés”, en *Letras. Cultura en Cuba*, Editorial Pueblo y Educación, La Habana, 1987, t. 4, p. 200.

³⁹ Elías Entralgo, “El capitalinismo habanero”, en Loló de la Torriente, *La Habana de Cecilia Valdés*, ob. cit., p. 6.

y bella mulata.⁴⁰ El crítico literario Roberto González Echevarría también observa cómo Fernando Ortiz toma elementos de la novela para su clásico estudio sobre la fiesta afrocubana del Día de Reyes, un ritual festivo de los esclavos que se celebraba el día 6 de enero, ilustrado por Mialhe y pintado por Landaluze: “Lo más extraordinario de la fiesta era que en ese día los negros eran libres, elegían reyes de sus naciones respectivas, y se entregaban a la música, al baile y a la pantomima”.⁴¹

En el caso particular de la ciudad, la novela ofrece un amplio catálogo de sus construcciones, hitos urbanísticos, calles y mobiliario urbano, con preeminencia para el sector de intramuros, aunque para la fecha que describe la obra, ya el área extramural había crecido notablemente. Yolanda Wood ha hecho notar con acierto cómo los personajes de Leonardo y Cecilia viven en polos urbanos opuestos, él en el aristocrático barrio de San Francisco, en la esquina de San Ignacio y Luz; ella en el humilde barrio del Ángel, perteneciente a los cuarteles de Campeche y La Punta. De tal modo, la yuxtaposición de los diferentes niveles espaciales enfatiza la posición de los personajes en la pirámide social.⁴²

Pero no solo se trataba de una ciudad repleta de riquezas materiales y enormes contrastes sociales, existía también un dilatado mundo científico y literario, con la presencia de muchos intelectuales como anfitriones de varias tertulias en salones aristocráticos. La más importante de todas fue la que reunía Domingo del Monte en su morada, entre los años 1836 y 1843, adonde acudieron los más importantes miembros de la *intelligentsia* criolla del momento: Cirilo Villaverde, Anselmo Suárez y Romero, José Antonio

⁴⁰ Roberto González Echeverría, “Fiestas cubanas: Villaverde, Ortiz, Carpentier”, *América: Cahiers du CRICCAL, La fête en Amérique Latine*, n. 27, 2001, pp. 123-139.

⁴¹ Ídem, p. 132.

⁴² Yolanda Wood, “Urbanismo, arquitectura y sociedad habaneras en Cecilia Valdés”, en *Letras. Cultura en Cuba*, Editorial Pueblo y Educación, t. 6, La Habana, 1989, p. 576.

Echeverría, José Victoriano Betancourt, José María de Cárdenas, Manuel González del Valle, Felipe Poey, Ramón Zambrana, José Silverio Jorrín, el conde de Pozos Dulces, Gaspar Betancourt Cisneros, Ramón de Palma, José Jacinto Milanés y poetas de las clases subalternas como *Plácido* y el esclavo Juan Francisco Manzano. De esta tertulia salieron obras tan importantes para la literatura cubana como la narración *Una Pascua en San Marcos*, de Palma; la novela histórica *Antonelli*, de Echeverría; la obra de teatro *El conde Alarcos*, de Milanés y la novela *Francisco* de Suárez y Romero, a lo que habría que añadir la propia autobiografía de Manzano.⁴³

Otras tertulias famosas fueron las que convocó Nicolás Azcárate en su casa de Guanabacoa en la década de los sesenta, donde se dieron cita Felipe Poey, Rafael María de Mendive, Juan Clemente Zenea, Enrique Piñeyro, Luisa Pérez de Zambrana, Antonio y Federico Sellén; y la de Esteban Borrero Echeverría, en su casona de Puentes Grandes, que fue el punto de encuentro del movimiento modernista en la Isla, cuyo máximo exponente fue el poeta Julián del Casal.

Asimismo, La Habana de la primera mitad del siglo XIX fue pródiga en publicaciones periódicas, donde se trataban temas de política, literatura, química, industria, agricultura, moral, medicina, moda, geografía, música, filosofía, historia, teatro y otras materias. Entre ellas cabe mencionar *La Gaceta de La Habana*, *La Moda o Recreo Semanal del Bello Sexo*, *Revista Bimestre Cubana*, *Noticioso y Lucero de La Habana*, *Repertorio Cubano de Ciencias, Literatura y Artes*, *La Siempreviva*, *El Plantel* y *Faro Industrial de La Habana*.⁴⁴ En el caso de las revistas y diarios culturales, existieron más de cuarenta dedicadas total o parcialmente a la música, desde *El Filarmónico Mensual* (1812) hasta la *Gaceta Musical de La Habana* (1899).

⁴³ Fina García Marruz, *Estudios Delmontinos*, Ediciones Unión, La Habana, 2008, p. 220.

⁴⁴ José María Aguilera Manzano, "Publicaciones periódicas e imprentas de La Habana entre 1824 y 1845 en los archivos cubanos y españoles", *Anuario de Estudios Americanos*, enero-junio, Sevilla, 2007, pp. 293-328.

Junto a este nutrido grupo de revistas y periódicos, funcionaban en la ciudad un número significativo de imprentas privadas y del gobierno, entre ellas las más importantes fueron las de Esteban Boloña y sus hijos, la Imprenta de la Real Marina, la de Blas Olivos, Arazoza y Soler, Pedro Nolasco Palmer, Imprenta de la Universidad y del Comercio, la Imprenta de T. Jordán (Mercaderes 89) y la Imprenta Litográfica de la Sociedad Económica.⁴⁵

Tras el fin de la Guerra de los Diez Años, la implantación del código español de la Restauración, que autorizó el asociacionismo, la libertad de imprenta, la aparición de partidos políticos y la paulatina abolición de la esclavitud, fomentó una nueva generación de órganos de prensa y un número mayor de sus consumidores. Entre los periódicos y revistas más importantes estuvieron *El Triunfo*, *El País*, *La Discusión*, *La Lucha*, *La Fraternidad*, *Revista de Cuba*, *Revista Cubana*, *La Habana Elegante*, *La Revista Habanera*, *La Ilustración Cubana* y *El Fígaro*. En su inmensa mayoría respondían al universo de las ideas políticas y sociales del liberalismo autonomista, y dedicaban sus páginas a la polémica pública con los diarios integristas, reproducir la ideología reformista y divulgar los más recientes movimientos y conocimientos filosóficos, históricos, jurídicos, científicos, artísticos y literarios de Europa y los Estados Unidos. Otros periódicos como *La Aurora*, *La Razón* y *La Unión* fueron órganos del movimiento obrero reformista y *El Productor* fue vocero de los trabajadores anarquistas.⁴⁶ Dentro de este panorama letrado destaca, por su singularidad y persistencia en el tiempo, el fenómeno de las lecturas en las tabaquerías, iniciado en 1865 en la fábrica habanera El Fígaro.⁴⁷

⁴⁵ Ídem.

⁴⁶ Hacia 1894, de los 150 periódicos existentes en Cuba, 85 se publicaban en La Habana, y de ellos 11 eran diarios. *El Fígaro*, Habana, 9 de septiembre de 1894, p. 439.

⁴⁷ Ambrosio Fonet, *El libro en Cuba*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 2014, p. 192.

DEPORTES Y OCIO

Un espectáculo que gozó de gran popularidad entre los habaneros de la primera mitad del siglo XIX fue la aeronáutica en globo; el primero en ascender al cielo habanero fue el francés Eugenio Robertson, quien lo hizo desde el Campo de Marte el 19 de marzo de 1828, dentro de los festejos por la erección de El Templete. El primer viajero en globo cubano fue José Domingo Blinó, quien se lanzó a los aires el 30 de mayo de 1831 desde la plaza de toros del Campo de Marte a las seis y cuarto de una tarde de tormenta. No obstante, el más conocido de todos fue el portugués fabricante de toldos Matías Pérez, cuyo globo desapareció en junio de 1856 y dio motivo a una frase en el imaginario popular que refiere la desaparición de alguien diciendo: “Voló como Matías Pérez”.

Entre los lugares de diversión pública que tenía la ciudad decimonónica, ocupó un lugar central la plaza de toros. La primera corrida celebrada en La Habana fue en ocasión de la coronación de Carlos III y la plaza de toros como espacio público apareció a finales del siglo XVIII. Su popularidad tuvo altibajos, y sucesivos inmuebles dedicados a las corridas existieron en la calle Águila (1821), en el Campo de Marte (1825), en el poblado ultramarino de Regla (1842) y en la calle Belascoaín (1853), cerca de la Casa de Beneficencia, en los años que alcanza cierta notoriedad un torero cubano: Betancourt, *El Habanero*. En la década de los sesenta, el viajero Samuel Hazard censuró las corridas de toros y las llamó “innoble diversión”, aunque dejó una extensa descripción de estas.⁴⁸ En el decenio de 1880, con la visita a La Habana del célebre torero vasco Luis Mazantini se produjo un cierto renacer de esta sangrienta práctica, pero fue su canto de cisne, pues era muy criticada por los cubanos cultos y ya le había surgido a los toros un formidable adversario en el juego de pelota, que tuvo el decidido apoyo de la intelectualidad criolla y causó frenesí en la juventud habanera, en cuyo territorio se formaron decenas de equipos.

⁴⁸ Samuel Hazard, *Cuba a pluma y lápiz*, Cultural S. A., La Habana, 1928, t. 1, pp. 241-256.

Los conjuntos Habana (rojo) y Almendares (azul) fueron los grandes rivales y animadores de la pelota invernal habanera, a los que se unían eventualmente otros equipos de Jesús del Monte, Guanabacoa, Matanzas y Cárdenas. En total más de un centenar de equipos de beisbol de diferentes categorías, incluyendo conjuntos infantiles, se disputaban reñidos torneos a lo largo del año, mientras que las portadas de las revistas y periódicos “de literatura y *sports*” mostraban los rostros de los “semidioses” del deporte y Julián del Casal, en su reseña para la prensa de la primera historia del beisbol cubano hablará de:

El entusiasmo de los jóvenes que se escapan de las aulas para ir a la práctica; las figuras de los jugadores, ya sean del bando azul, ya del bando rojo; las desavenencias entre los partidarios de distintos clubs; el efecto que produce la concurrencia que asiste al espectáculo; las mil peripecias del juego; los gestos y chillidos de las turbas apoyadas en los escaños, los comentarios que se hacen al terminar la fiesta, en las calles, y en los cafés...⁴⁹

En el primer número de *El Figaro*, el periodista Mariano Ramiro publicó estos versos festivos, que dan cuenta de la exaltación de la juventud habanera por el beisbol:

*En el mundo de Colón
Vino, de golpe y porrazo,
A llevar un pelotazo
Toda una generación.
Ufano con su chichón
Del béisbol alza bandera
De filiación extranjera,
Y, porque le da la gana,
Hoy vivimos en La Habana
En continua pelotera.*⁵⁰

⁴⁹ Julián del Casal, “El Base Ball en Cuba”, *La Discusión*, Habana, 28 de noviembre de 1889.

⁵⁰ *El Figaro*, Habana, 23 de julio de 1885, p. 2.

Si bien la pelota habanera fue auspiciada principalmente por personas e instituciones afines al ámbito del Partido Autonomista, al iniciarse la guerra de 1895 varios peloteros de renombre como Emilio Sabourín, Carlos Maciá, Alfredo Arango, Ricardo Cabaleiro y José Manuel Pastoriza se involucraron en tareas conspirativas y se incorporaron a la lucha independentista. La importancia del beisbol fue tan grande como referente de la identidad nacional, unido a otros fenómenos de la cultura popular como el danzón, el teatro vernáculo y la literatura modernista, que un viajero español, el poeta Manuel Curros Enríquez, exclamó al desembarcar en La Habana: “Cuando un pueblo es influido por otro hasta dejarse arrebatar los juegos de la infancia y de la juventud ¿qué puede quedar de él que ya no esté dominado? (...) por eso la pérdida de la soberanía española en Cuba no data de 1898. Es muy anterior (...) He aquí porqué la popularidad del béisbol me advirtió que, sino de un modo formal, virtualmente, al desembarcar en Cuba me hallaba en tierra extranjera”.⁵¹

Además del beisbol, La Habana del siglo XIX fue una ciudad donde se practicaron numerosos deportes. El primer gimnasio de la ciudad fue fundado en 1839, dando inicio a una larga tradición de este tipo de instituciones atléticas. El boxeo y la lucha, con ingredientes circenses, fueron conocidos y ejercitados desde finales de la década de los cuarenta. Ya en la década de los ochenta son frecuentes las exhibiciones de andarines, saltarines y corredores.⁵² El juego de billar tuvo a su gran campeón Alfredo de Oro, vencedor de varios rivales estadounidenses. En 1888 un grupo de profesores se reunieron para promover la práctica de la esgrima.⁵³ El yatismo hizo furor entre la juventud de las élites.⁵⁴ Las pesas

⁵¹ M. Curros Enríquez, “Introducción”, *El Base Ball en Cuba y América*, Habana, Imprenta Comas y López, 1908.

⁵² “Andarines y corredores”, *El Sport*, Habana, 19 de agosto de 1886, p 1 y 2.

⁵³ “La Esgrima en la Habana”, *El Sport*, Habana, 29 de marzo de 1888, p. 1.

⁵⁴ “Habana Yacht Club”, *El Sport*, Habana, 16 de diciembre de 1886, p. 1.

tuvieron su mayor exponente en Filiberto Font.⁵⁵ En 1894 apareció publicada una convocatoria para un campeonato de carreras de bicicletas bajo el título “Champion Ciclista”, auspiciado por el Club Biciclista de La Habana. El ajedrez, que contaba con un club habanero desde 1861, alcanzó un alto nivel con los jugadores Andrés Clemente Vázquez, Vicente Martínez Carvajal y el español Celso Golmayo, al tiempo que las visitas a La Habana de afamados ajedrecistas extranjeros como Paul Morphy, William Steinitz y el ruso Chigorin, ampliaron su popularidad. Finalmente, en el Castillo del Morro nació, el 19 de noviembre de 1888, el más genial de todos los ajedrecistas cubanos, José Raúl Capablanca.⁵⁶

El historiador Julio Le Riverend señala como, hacia 1880, comienza en la ciudad la vida de barrio y no hay lugares exclusivos de atracción. Ello es así porque ya los paseos antiguos han perdido su capacidad de convocar a las personas, las que prefieren reunirse al pie de la estatua de Isabel II, al final de la Alameda de Extramuros, para escuchar la retreta e intercambiar noticias, y otros muchos prefieren como lugar de reunión los diversos cafés. Entre estos establecimientos, los de más renombre fueron el Café de los Franceses, Café de Las Copas, La Columnata Egipcíaca, La Dominicana, el León de Oro, Gran Café Europa y en la zona de Extramuros el de Escauriza y el de Marte y Belona.

Otros lugares de ocio que alcanzaron un notable desarrollo en La Habana del siglo XIX fueron los hoteles. El primero fue el Hotel Telégrafo, en el año 1835, que a finales de ese siglo se trasladó para el Paseo del Prado y la calle San Miguel. Este hotel tenía la ventaja de su céntrico emplazamiento, muy cercano a los mejores cafés y al Teatro Tacón, y contaba entre sus comodidades con baños en su interior y un fastuoso restaurante. Fue aquí donde se hospedó, en su cuarto viaje a La Habana en 1886, el célebre arqueólogo prusiano Heinrich Schliemann, descubridor de los vestigios de la ciudad

⁵⁵ “Ejercicio de fuerza”, *El Sport*, Habana, 3 de noviembre de 1887, p. 4.

⁵⁶ Miguel Ángel Sánchez, *Capablanca, leyenda y realidad*, Ediciones Unión, La Habana, 2017.

de Troya. El exigente viajero estadounidense Samuel Hazard, que lo visitó a finales de la década de los sesenta, lo consideró: "...probablemente el mejor hotel cubano de la Isla. (...) En él se hablan todos los idiomas, y tiene además la ventaja de disponer de baños, y uno puede tomar sus comidas *à plaisir*".⁵⁷

En la ciudad intramural existieron varios establecimientos hoteleros, entre ellos La Unión, inaugurado en 1846 y Santa Isabel, abierto en 1867 por iniciativa de un coronel estadounidense, en la que fuera majestuosa residencia de los condes de Santovenia, frente a la Plaza de Armas. Entre sus atracciones destacaba el servicio de camareras en las habitaciones y su estilo de hotel "americano". Fuera del área amurallada, y después del derribo de estas, proliferaron nuevos hoteles como el Pasaje, propiedad de la familia Zequeira y terminado en 1877; el Saratoga, construido en 1879 y el más famoso de todos: el Hotel Inglaterra, que acogió sus primeros huéspedes en 1875. Entre sus comodidades contaba con habitaciones dotadas de cuarto de baño, teléfono y timbre de servicio. Poseía además instalaciones que dispensaban agua helada a toda hora. Una estación de telégrafos lo enlazaba con el exterior y su promoción insistía en el dominio del inglés y el francés que tenían sus empleados. La cercanía de este hotel al café El Louvre y a su acera homónima, centro de reunión de la juventud habanera nacionalista, le dio gran fama, y entre sus huéspedes ilustres estuvo el general Antonio Maceo, de paso por la ciudad en afanes conspirativos en el año 1890.

En El Vedado, sobresalía el hotel Trotcha, ubicado en una de las arterias principales del barrio, la calle Calzada. Inaugurado en 1886, tenía veinte habitaciones, con baños y servicios sanitarios comunes, cocina y bar. Pocos años más tarde lo visitó el poeta Julián del Casal, quien afirmó: "Dentro de este sitio encantador, se han levantado, en los últimos años, numerosos edificios, construidos a la moderna y de diversas proporciones. El más grande de todos es el salón Trotcha, nombre igual al de su propietario. En los

⁵⁷ Samuel Hazard, *Cuba a pluma y lápiz*, ob. cit., t. 1, p. 33.

primeros años ha sido el punto de reunión de los temporadistas, y se ha convertido en magnífico hotel, semejante a los de Niza, Cannes, San Sebastián y otras ciudades balnearias”.⁵⁸

EPÍLOGO

El siglo XIX habanero puede ser considerado con justicia el verdadero Siglo de las Luces de la ciudad, por su significado excepcional en la historia de Cuba. Durante su transcurso la capital se expandió y trascendió sus anquilosadas murallas, diversificando sus barrios y repartos en una escala urbana nunca antes vista, y del mismo modo creció su población, una parte no despreciable por la inmigración forzada de africanos y la llegada de contingentes migratorios europeos. Este período significó un notable aceleramiento en el tiempo histórico de la ciudad, que modificó permanentemente su talante físico y también simbólico, si comparamos la urbe casi desprovista de vida nocturna y espectáculos de 1780 con la ciudad cosmopolita, llena de teatros y diversiones de 1870. Los cambios en la vida cotidiana de las personas fueron también extraordinarios, y nuevos usos y maneras de pensar se expresaron continuamente en el imaginario cultural. En este sentido, La Habana decimonónica fue el ejemplo más acabado en las Antillas de la modernidad y el progreso al estilo europeo y norteamericano, expresado en el desarrollo del ferrocarril, la construcción de grandes alamedas y teatros, el alumbrado eléctrico, el nacimiento de la telefonía y la aparición de nuevos esparcimientos como el juego de pelota. Al mismo tiempo, la ciudad también fue testigo de hechos atroces, como el fusilamiento de los estudiantes de medicina, la pavorosa política de Reconcentración de Weyler o el estallido en su bahía del acorazado Maine. Asimismo, en el siglo XIX nacieron en La Habana personalidades muy significativas del devenir histórico cubano, como son los casos del pedagogo José de la Luz y Caballero,

⁵⁸ Julián del Casal, “Un hotel francés”, *La Discusión*, jueves 23 de enero de 1890. Reproducido en Julián del Casal, *Prosas*, Consejo Nacional de Cultura, La Habana, 1963, t. 2, p. 32.

el economista Francisco Frías y Jacott, el bibliógrafo Antonio Bachiller y Morales, el poeta y educador Rafael María de Mendive, el pianista y compositor Nicolás Ruiz Espadero, el afamado músico Ignacio Cervantes, el orador y patriota Manuel Sanguily, el sabio antropólogo Luis Montané, y quien es quizá el más ilustre de sus hijos, el apóstol de la independencia José Martí.

Noviembre de 2019

LA CIUDAD COMO METÁFORA DE DESEO Y DESCONCIERTO



Para Luisa Campuzano, que sabe tanto de estas cosas.

La Habana del siglo XIX fue una de las ciudades más visitadas del Nuevo Mundo por una legión de viajeros y viajeras de diferentes latitudes, quienes dejaron un caleidoscópico y excepcional cuerpo de textos sobre la urbe, en los cuales resalta con fuerza una imagen paradójica: la *polis* del exotismo romántico y la hermosura paradisiaca de su rada y de sus monumentos era al mismo tiempo un territorio anárquico, lleno de suciedad, ruidos, impurezas y desorden. A principios del siglo XIX, la ciudad que fuera llamada por uno de sus primeros cronistas, el regidor José Martín Félix de Arrate, como “Llave del Nuevo Mundo y Antemural de las Indias Occidentales”, asombraba a los peregrinos por la majestad de su puerto, su traza urbana y la fastuosidad de sus construcciones, pero también por sus enormes contrastes sociales, la intensidad y variedad de sus olores, la penetrante polifonía de su recinto amurallado y la riqueza material de una sociedad que, al decir del historiador Juan Pérez de la Riva, mostraba una “insolente prosperidad”.¹

¹ Juan Pérez de la Riva, *La isla de Cuba en el siglo XIX vista por los extranjeros*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1981, p. 5.

Exploraré en el presente ensayo algunas de esas visiones contradictorias y discordantes sobre La Habana decimonónica, expuestas en la narrativa de viajes de diversos autores, quienes después de un primer momento de éxtasis ante las bellezas naturales de la bahía y la magnificencia arquitectónica de la urbe, se dedican a exponer minuciosamente una perspectiva caótica y desordenada del cuerpo físico y social habanero, donde los visitantes se quejan, entre numerosos desarreglos, de las calles sucias y olores nauseabundos, del enjambre de transportes y personas que merodean por doquier, de la indolencia y corrupción de las autoridades coloniales y de la atmósfera saturada con toda clase de ruidos y escándalos.

Mi punto de partida es que los textos de los viajeros deben ser leídos como artefactos literarios y estéticos que disfrutan de relativa autonomía y que al mismo tiempo construyen una mirada ideológica sobre los lugares que son narrados, desde una perspectiva subjetiva y condicionada culturalmente. En tal sentido observo lo expresado por la ensayista Nara Araújo, de que: “La literatura de viajes es por antonomasia literatura de espacios, no solo físicos sino también culturales. El tránsito de lo conocido a lo desconocido, de lo propio a lo ajeno, de lo Uno a lo otro, de la mismidad a la alteridad, impone ciertas exigencias a este tipo de escritura. Escritura de lo público, pues el espacio a recorrer se inscribe, básicamente, en esta esfera”.²

LA CIUDAD COMO METÁFORA DE DESEO

El primer contacto, visual y olfativo, de los que llegan a la ciudad es con el amplio y bien protegido puerto. Su exaltación en la mirada de los viajeros alcanza perspectivas grandiosas. Así, el capitán inglés sir John Maxwell Tylden (1787-1866) expresó a la vista de la ciudad en 1815:

² Nara Araújo, “Otra vez viajeras al Caribe”, *Temas*, no. 5, enero-marzo, La Habana, 1996, p. 52. Véase también de esta autora: “La isla de Cuba: viaje, imagen y deseo”, *La Siempreviva. Revista Literaria*, no. 4, La Habana, 2008, pp. 54-66.

Uno se siente de nuevo cerca de la civilización al ver una ciudad bien construida, un hermoso puerto lleno de barcos de todos los países, un campo aparentemente bien cultivado, numerosos veleros navegando en todas direcciones, los muelles llenos de gente: nativos de todos los colores, y vestidos con toda clase de indumentarias. Por lo que hasta ahora llevo visto, La Habana es la mejor ciudad española en todas sus posesiones americanas.³

Semejante visión maravillosa, que se convertirá en un tópico recurrente en textos de similar naturaleza, es la que reitera el sabio naturalista alemán Alejandro de Humboldt (1769-1859), quien afirma:

La vista de la Habana, a la entrada del puerto, es una de las más alegres y pintorescas de que puede gozarse en el litoral de la América equinoccial, al norte del ecuador. Aquel sitio, celebrado por los viajeros de todas las naciones, no tiene el lujo de vegetación que hermosea las orillas del Guayaquil, ni la majestad silvestre de las costas rocallosas de Río de Janeiro, que son dos puertos del hemisferio austral; pero la gracia que en nuestros climas adorna las escenas de la naturaleza cultivada, se mezcla allí con la majestad de las formas vegetales, y con el vigor orgánico característico de la zona tórrida.⁴

Menos optimista que el sabio alemán, el oficial inglés Francis Robert Jameson visitó la ciudad en 1820 y también discurre sobre la “apariencia grandiosa de la urbe”, pero su mirada perspicaz no pasa por alto cuestiones de índole más pragmática, cuando afirma que “el costo de la vida en La Habana es extremadamente elevado”

³ “La Habana en 1814-15 según sir John Maxwell Tylden”, ob., cit., p. 88.

⁴ Alejandro de Humboldt, *Ensayo político sobre la Isla de Cuba*. Introducción por Fernando Ortiz. Cultural S. A., La Habana, 1930, t. I, p. 9.

y subraya como para los extranjeros “la idea de riqueza y lujo impresionada profundamente”.⁵

Dos décadas más tarde, en 1840, el poeta romántico gallego Jacinto de Salas y Quiroga (1813-1849) describe la bahía de La Habana como “el primer puerto español, por su importancia y riqueza, tan concurrido y animado, con esa multitud de naves, de banderas, de botes y esa confusión de voces, fardos y trabajadores en los espaciosos y cómodos muelles (...) aquel continuo rumor, aquel laberinto, aquella animada existencia, esparce orgullo y alegría en el alma”.⁶ Y adorna aún más esta visión impresionista con un discurso edénico que advierte, en los bordes del seno habanero, la presencia de una profusa y rica vegetación, que representa con adjetivos que recuerdan a los poetas neoclásicos cubanos y su exuberante cornucopia de frutas:

Se ven las delgadas y poéticas palmeras, los sombríos cedros, las colosales ceibas, los aromáticos naranjos y los ricos caobos. Se ven los árboles que producen el delicioso caimito, el suave mango, los torcidos cocoteros, las doradas cañas y, tendidas por el suelo, esas frescas y regaladas piñas, reina de las frutas del universo. Se ven los mangles, amorosos de las aguas, y el término de algunos ríos, que traen de lejos sus puras cristalinas aguas.⁷

Por estos años visitó también La Habana el médico estadounidense, meridional por más señas, John G. Wurdemann (1810-1849), para quien las bondades de la urbe recaían menos en la hermosura de su puerto o su espléndida bahía, y más en las condiciones benéficas de su clima para la salud. Observa también, en gesto romántico, una cierta condición “exótica” de sus habitantes, resultado

⁵ Francis Robert Jameson, “Cartas habaneras”, en Juan Pérez de la Riva, *La isla de Cuba en el siglo XIX vista por los extranjeros*, ob. cit., pp. 29 y 49.

⁶ Jacinto Salas Quiroga, *Viajes*, Consejo Nacional de Cultura, La Habana, 1964, p. 22.

⁷ Ídem, p. 24.

de la mezcla, dice: “de sus países progenitores: el culto español y el tosco africano recién salido de sus salvajes florestas”; aunque con ademán práctico señala que era un lugar que ofrecía bastante confianza para el extranjero, pues “los caminos son por lo general tan seguros como los de los Estados Unidos y las ciudades de La Habana y Matanzas lo son mucho más que las de Nueva York y Baltimore”.⁸

Un refugiado húngaro afirma en 1850 que La Habana “centro de los plantadores ricos cubanos y del gobierno, es un lugar de reposo muy interesante y, seguramente el más agradable en toda la América, a lo que también contribuye su verano perpetuo. Este encanto puede ser uno de los móviles de las visitas masivas de turistas extranjeros”.⁹ Añadido a sus encantos naturales, el magiar destaca la presencia de una “ópera ilustre, el Teatro Tacón, en donde actúa una compañía insigne”¹⁰ y se sorprende con deleite de la gran cantidad de intérpretes europeos, la mayoría italianos y algunos en el ocaso de sus facultades musicales, que realizan temporadas de canto en la ciudad.

Un último ejemplo de estas visiones de La Habana como ciudad maravillosa y deseada es el que ofrece la gran novelista sueca Fredrika Bremer (1801-1865) en 1851, cuya primera representación habanera es una verdadera sinfonía ecologista, pródiga en descripciones de la naturaleza que rodea la bahía, con sus colinas verdes tapizadas por bosquecillos de cocoteros y palmeras, y refiere la existencia de “plantas extrañas, semejantes a altos candelabros verdes con muchos brazos”; todo le parece en este instante bienhechor y puro: “...sobre todo esto se respiraba el aire más delicioso. El agua del puerto parecía clara como el cristal, y el aire y los colores

⁸ John G. Wurdemann, *Notas sobre Cuba*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1989, p. 2.

⁹ “Carta de un refugiado húngaro”. Anónimo. *Diario de Pest*, octubre 1ro. de 1850. Citado por Gustavo Eguren, *La fidelísima Habana*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1986, pp. 285-286.

¹⁰ *Ibíd.*

eran de la más diáfana claridad y serenidad”.¹¹ En otro momento afirma que la ciudad intramuros “tiene un aspecto especial” y retoma la misma metáfora translúcida que utilizó para la bahía cuando afirma que “La atmósfera de la ciudad es transparente como el cristal”.¹²

CORRUPCIÓN ADUANERA

Luego de las primeras impresiones de los viajeros sobre la ciudad vista desde el mar, con sus descripciones sublimadas del puerto colmado de barcos y de la bahía con sus bellezas naturales, sobreviene un instante traumático al enfrentarse a la implacable y corrupta burocracia de la aduana española. El joven noble francés Eugenio Ney da cuenta en 1830 de que fue detenido por un aduanero “que tuvo la bondad de no inspeccionarnos” por encontrarse comiendo, e incluso lo invitó a sentarse a su mesa. Y acota con suspicacia que “la costumbre española era de ofrecer siempre, pero que no había que aceptar nunca”.¹³

Un caso insólito fue el de Salas y Quiroga, quien pese a su condición de funcionario español debió sortear un arduo trámite administrativo. A su llegada no le fue admitido su pasaporte expedido por el gobernador de Puerto Rico y debió esperar por una licencia, pero se encontró con las oficinas cerradas, y de hecho tuvo que acudir al soborno para obtener su aprobación de ingreso a la ciudad, amén de las cuatro firmas (incluida la del capitán general) y cuatro reales de plata que debió sufragar, y aun así se sintió dichoso de ser eximido de la presentación de un fiador. Advirtió de este modo la condición fraudulenta y venal de los burócratas coloniales, a

¹¹ Fredrika Bremer, *Cartas desde Cuba*, Fundación Fernando Ortiz, La Habana, 2002, p. 22.

¹² Ídem, p. 30.

¹³ *Cuba en 1830. Diario de viaje de un hijo del mariscal Ney*. Introducción, notas y bibliografía por Jorge J. Beato Núñez; traducción del francés por Miguel F. Garrido. Ediciones Universal, Miami, 1973, p. 24.

los cuales, sin importar su rango o clase, todo viajero debía pagarle un equívoco “derecho de firma”.¹⁴

La molesta necesidad de que un extranjero para ingresar a la ciudad debiera presentar a alguien que respondiera por él, el citado fiador, fue señalada por el escritor y diplomático inglés sir Charles A. Murray (1806-1895), quien hizo notar durante su estancia habanera en 1836 que:

Las regulaciones para el desembarco son muy estrictas, ya que los pasaportes deben ser enviados al Gobernador y no se permite abandonar el barco hasta que, obtenido el permiso, estos son devueltos al barco. Me es difícil comprender como un recién llegado, completamente desconocido y sin amigos, puede desembarcar aquí, ya que es necesario que después que se envía el pasaporte, algún residente en la Isla solicite personalmente el permiso y garantice la conducta del recién llegado durante su permanencia en esta; sin embargo, no puede encontrarse falta en estas aparentes restricciones, ya que forman parte de la disciplina introducida por

¹⁴ Jacinto Salas Quiroga, ob. cit., p. 25. Esta extraña situación no concuerda con lo afirmado por J. M. de Andueza unos años antes, cuando señala: “Tampoco en La Habana había necesidad de presentar en 1825 pasaporte y fiador para saltar a tierra, el gobierno de Fernando VII había dispuesto que todo español que pasase a las Indias debía obtener primer licencia real, acreditando antes que estaba bautizado, que no descendía de raza hebrea, ni de Moctezuma, ni de ninguno de los conquistadores de América, y otras impertinencias de esta jaez; pero el gobierno del general Vives que había conocido el objeto político de estas impertinencias, objeto que se dirigía a imposibilitar la expatriación de los *negros*, nombre con que los *blancos*, esto es, los realistas, designaban a los liberales, en aquella desventurada época de intolerancia y de proscripción, había abierto las puertas de La Habana a todos los infelices fugitivos que llegaban a ella buscando un pedazo de pan y una nueva patria”. J. M. de Andueza, *Isla de Cuba pintoresca, histórica, política, literaria, mercantil e industrial. Recuerdos, apuntes, impresiones de dos épocas*, Boix Editor, Madrid, 1841, pp. 4-5.

el gobernador Tacón, quien ha conseguido un cambio extraordinario en el estado de la Isla.¹⁵

Jean-Baptiste Rosemond de Beauvallon (1819-1903), oriundo de la isla de Guadalupe y proveniente de una familia criolla de hacendados blancos, permaneció en Cuba entre finales de 1841 y 1843. A su arribo al puerto lo contrarió mucho la presencia de una barcaza inglesa en la bahía, en su opinión “bajo el pretexto falaz de vigilar la trata de negros”, algo que los súbditos de Francia, dice, jamás habrían aceptado. Pero lo esperaba todavía una desdicha mayor, y tuvo lugar al momento de atravesar la aduana, donde se lamenta: “Allí han sido agotadas todas las formas de la grosería, se han alcanzado y sobrepasado todos los límites de la arbitrariedad, allí se recauda, se decomisa, se imponen tarifas, se destruye, al gusto y a la idea de los aduaneros. El placer de esos señores es la única ley que siguen”.¹⁶ La narración del suplicio aduanal consigna los detalles siguientes:

Primero me vi obligado a esperar toda una jornada por el agente de servicio, a quien había sido asignado como parte del botín. Para comenzar fue su cigarrillo, que quería acabar de fumarse en paz; después llegó un amigo, con el cual aspiraba conversar y reír también en paz; después, lo separó de mí la hora de la siesta... El español, por naturaleza y por inclinación, no se apura nunca; para él el tiempo no es, como para el [norte] americano, la sustancia de que está hecha la vida. Por último, comenzaba a desesperarme, cuando mi aduanero regresó y me anunció con una señal que se dignaría a abrir mis baúles. Jamás había visto proceder de una manera tan minuciosa e hiriente. Me obligó a pagar derechos, ¡y qué derechos! Sobre

¹⁵ Sir Charles A. Murray, “Visita a Cuba en 1836”, *Orígenes. Revista de Arte y Literatura*, año VI, no. 21, primavera, La Habana, 1949, p. 41.

¹⁶ Jean-Baptiste Rosemond de Beauvallon, *La isla de Cuba*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 2002, p. 86.

mis zapatos, sobre mis ropas, sobre mis libros y hasta sobre mi dinero español...¹⁷

En la narración de su viaje a La Habana, María de las Mercedes Santa Cruz y Montalvo (1789-1852), condesa de Merlin, en el momento de desembarcar recordó que había dejado su pasaporte en París, pese a lo cual había logrado atravesar Inglaterra y los Estados Unidos sin que nadie le preguntara por el documento. Sugiere entonces un momento de zozobra: “Si bien es verdad que las cosas se llevan aquí de otra manera, confío en que no tendré que volverme sin haber pisado la tierra natal”.¹⁸ La autora no nos cuenta cómo logró eludir el trámite de la ausencia del pasaporte para desembarcar en la ciudad, pero sus palabras al respecto no dejan dudas: “¿Qué derecho más sagrado que el de vivir en el suelo donde se ha nacido? La sola propiedad incontestable del hombre debe ser esta, la patria”.¹⁹

En el caso de Fredrika Bremer, se le negó la autorización para desembarcar por la presencia en el buque donde viajaba de un personaje pintoresco, el coronel White, de quien se alegaba había formado parte de las expediciones filibusteras del general Narciso López. Las seis horas de espera no menguaron el espíritu de la inefable Bremer, distraída con el hermoso paisaje y satisfecha tras un copioso almuerzo saturado de plátanos maduros, su fruta favorita, y cañas de azúcar. La escritora sueca enfrentó con serenidad las vicisitudes aduanales, pero no dejó de señalar con tristeza que: “...en ninguna parte he encontrado tan grandes dificultades para bajar a tierra como aquí”.²⁰

¹⁷ Ídem, p. 87.

¹⁸ María de las Mercedes Santa Cruz, *Viaje a La Habana*. Precedido de una biografía de esta ilustre cubana por la señorita Da. Gertrudis Gómez de Avelleda, Imprenta de la Sociedad Literaria y Tipográfica, Madrid, 1844, p. 11.

¹⁹ Ídem, p. 12.

²⁰ Fredrika Bremer, *Cartas desde Cuba*, ob. cit., p. 23.

A finales de la década de los sesenta, el editor estadounidense Samuel Hazard realiza una reflexión sobre la conservación del pasaporte por parte de las autoridades españolas, cuya devolución suponía trámites engorrosos y el pago de dinero, lo que lo lleva a decir: “Con la experiencia de un viaje anterior, guardé en el bolsillo mi pasaporte y ya en el hotel me valí del agente del mismo, que generalmente siempre tiene algún amigo empleado, para que el documento fuera visado, evitándome así muchas molestias”.²¹ La ausencia de pasaporte significaba el pago de una multa de diez pesos, y si el visitante decidía pasar más de tres meses debía solicitar una “carta de domicilio” facilitada por el cónsul del país de origen. En el caso de Hazard el trámite aduanal, comparado con lo que sufrieron otros viajeros, fue amable: “Los aduaneros son muy expeditos y corteses en la inspección del equipaje procediendo de una manera meramente nominal, particularmente si se facilita la operación presentándoles en seguida las llaves”.²²

ASAMBLEA DE MALOS OLORES

Algo que siempre identificó a La Habana desde sus orígenes fueron sus fuertes y desagradables olores, como resultado de la cercanía del puerto —drenaje natural de las aguas negras y desperdicios de la urbe y de los centenares de navíos surtos en su fondeadero— y la indolencia del gobierno y de sus habitantes en la limpieza de calles y barrios, origen permanente de dolencias mortales; otras causas significativas del vaho urbano eran las colinas circundantes y el extendido circuito amurallado, cuya altura impedía el natural traslado de las corrientes de aire y también la presencia de grandes almacenes que contenían pescados, carnes saladas y otros alimentos de fácil descomposición bajo los ardores del trópico.

El novelista Alejo Carpentier nos ha dejado una magistral descripción de todos los olores posibles en la ciudad de fines del

²¹ Samuel Hazard, *Cuba a pluma y lápiz*, ob. cit., t. I, p. 23.

²² Ídem, p. 25.

siglo XVIII, en una verdadera sinfonía de efluvios, emanaciones, hedores y fragancias:

A arcilla olían los tejados húmedos; a musgos viejos los paredones todavía mojados; a aceites muy hervidos las frituras y torrejas de los puestos esquineros; a fogata en Isla de Especies, los tostaderos de café (...). Pero el tasajo, sin equívoco posible, olía a tasajo; tasajo omnipresente, guardado en todos los sótanos y trasfondos, cuya acritud reinaba en la ciudad, invadiendo los palacios, impregnando las cortinas, desafiando el incienso de las iglesias, metido en las funciones de ópera (...) como antídoto de tanta cecina presente, desembocaba de pronto, como por el respiradero de una calle sin salida, el noble aroma del tabaco (...) todavía viviente y vegetal en medio del tasajo que lo encuadraba y dividía.²³

Otro tipo de olor era el que emanaba de las calles fétidas y desaseadas, al no existir alcantarillado público hasta la primera mitad del siglo XIX, bajo el gobierno del general Miguel Tacón. En sus *Cartas habaneras*, el funcionario inglés Francis Robert Jameson dejó una visión deplorable del estado higiénico de la ciudad en 1820 y sus consiguientes pestilencias:

La situación de La Habana es demasiado favorable a la propagación y desarrollo de enfermedades, encontrándose rodeada, además de por sus fortificaciones, por un círculo de terrenos elevados que impiden la libre circulación del aire y ocasiona una atmósfera estancada de vapores fétidos, emitidos por una población amontonada y por las orillas pantanosas del puerto. (...) al entrar en el puerto, uno se da cuenta de un poderoso motivo de la enfermedad, el insoportable mal olor de los almacenes y bacalao que se importan para sustento de los negros. Aparecen a la vista una multitud de calles estrechas,

²³ Alejo Carpentier, *El Siglo de las Luces*, Ediciones Unión, La Habana, 1993, p. 19.

cada una de las cuales hace su aporte a la asamblea de malos olores, por la carencia de alcantarillado y pavimento, y los surcos, hechos en la tierra por las ruedas y los caballos, llenos siempre de basura.²⁴

Humboldt también fue enfático en esta arista que tiene que ver con el terrible cuadro sanitario de la ciudad cuando afirma:

Durante mi estancia en la América española, pocas ciudades de ella presentaban un aspecto más asqueroso que La Habana, por falta de una buena política; porque se andaba en el barro hasta la rodilla; y la muchedumbre de calesas y *volantas*, que son los carruajes característicos de la Habana; los carros cargados de cañas de azúcar, y los conductores que daban codazos a los transeúntes; hacían enfadosa y humillante la situación de los de a pie. El olor de la carne salada o del tasajo apestaba muchas veces las casas y aun las calles poco ventiladas.²⁵

Otro alemán ilustrado, el botánico y malacólogo Carl Friedrich Eduard Otto (1812-1885), relató con disgusto ese tufo penetrante del tasajo y del bacalao, omnipresente en todos los rincones de la ciudad: “Lo que más llama la atención y al mismo tiempo resulta más desagradable es el olor del tasajo o de la carne mal secada y del bacalao o pescado seco, que son los principales alimentos de los criollos de clase media y pobre. Estos olores no solo infectan las casas sino las calles y barrios, sobre todo, cuando hay mucho calor y no corre la brisa”.²⁶

El 23 de mayo de 1828, el reverendo estadounidense Abiel Abbot (1770-1828) salió en volanta de la ciudad intramuros, franqueó la puerta de Monserrate y cruzó el puente sobre la Zanja Real, la

²⁴ Francis Robert Jameson, “Cartas habaneras”, ob. cit., pp. 50-51.

²⁵ Alejandro de Humboldt, *Ensayo político sobre la Isla de Cuba*, ob. cit., p. 11.

²⁶ Eduard Otto, *Reiseerinnerungen an Cuba, Nord-und Südamerika, 1838-1841*, Berlin, 1843. Citado por Gustavo Eguren, *La fidelísima Habana*, ob. cit., pp. 246-247.

cual permitía regar extensos terrenos del Jardín Botánico, las parcelas del cementerio y dar servicio a otras instituciones religiosas y públicas, y ello le provoca la reflexión de que: “...es casi una vergüenza que las calles de la ciudad estén tan sucias, infestas y casi pestilentes habiendo agua de suficiente presión y caudal para poder lavar todo el pavimento de la ciudad”.²⁷

A Eugenio Ney la calle Obrapía le pareció “una calle pequeña y sucia”, y este criterio lo hace extensivo a otras arterias, en una descripción devastadora de la limpieza de las calles habaneras: “Yo creo que no hay en el mundo calles más sucias que las de La Habana. Apenas se puede caminar más que en fila junto a las casas, salpicados por las volantas que se cruzan, detenidos por las carretas que llevan el azúcar y el café, y por inmensas hileras de mulas, de negros, de capuchinos, de entierros y de procesiones que se suceden sin interrupción. (...) El centro de la calle, surcado por las carretas, muestra una sucesión de montañas, de lagos y de precipicios que es difícil afrontar caminando”.²⁸ Y al regresar de una excursión campestre advierte las diferentes calidades del aire que respiraba: “Se nota un gran cambio en el aire al volver del campo a la ciudad; en esta es pesado y cargado de exhalaciones lo más desagradable, semejantes a las del buey ahumado de Río de Janeiro”.²⁹

Una descripción particularmente áspera y naturalista es la que realiza el viajero francés Étienne Michel Masse (1778-1862) en 1819, en la que resalta la presencia en las calles de cadáveres animales en descomposición y la pudrición asociada a la cría de cerdos en las marismas:

Los rayos verticales del sol al caer sobre el fango de las calles hacen salir de éste miasmas fétidas. Pero eso no es todo: perros,

²⁷ Abiel Abbot, *Cartas escritas en el interior de Cuba: entre las montañas de Arcana, en el este, y las de Cusco, al oeste, en los meses de febrero, marzo, abril y mayo de 1828*, ob. cit., p. 346.

²⁸ *Cuba en 1830. Diario de viaje de un hijo del Mariscal Ney*, ob. cit., pp. 34-35.

²⁹ Ídem, p. 72.

gatos y aves muertas en las calles ofenden a la vez la vista y el olfato de los transeúntes. He visto permanecer por dos días el cadáver de un caballo en medio del camino, a pocos pasos de la puerta que conduce al castillo de la Punta (...). Absténgase de ir hacia la orilla del mar. A un espectáculo pintoresco sucedería el espectáculo más desagradable. Allí van a parar todas las inmundicias y basuras de las casas; allí se forman los pantanos cuyas aguas verdosas parecen amenazar con la muerte al que se aproxime a ellas; allí millares de puercos se revuelcan en un fango negruzco y pestilente.³⁰

En contraste con estas narrativas del hedor habanero, otros viajeros aspiraron a su llegada a la ciudad aromas más amables, quizás como resultado de las políticas de saneamiento llevadas a cabo por Tacón o por la índole romántica de sus autores, como es el caso de Salas y Quiroga, quien dice haber respirado desde la bahía el perfume de “la brisa de tierra que había inclinado la frente erguida del mango aromático y el caobo”.³¹

En un fragmento semejante Rosemond de Beauvallon afirma que sintió: “Una brisa fresca [que] partía de la tierra para llegar a nosotros cargada de olores penetrantes. Eran los exhalados por las acacias de San Lázaro y los naranjos de Jesús María, esos dos jardines de La Habana. Colmaban el aire, aunque nuestra proahendía también en su avance olas de perfumes, que bebíamos a largos tragos, con la vida que se derrama suavemente por esas riberas encantadas”.³² Fredrika Bremer va más allá, cuando respira, en una noche estrellada, el olor de la ciudad a sus pies, y lo describe de esta manera tierna: “el aire es delicioso y quieto, o como el aliento de un niño dormido”.³³

³⁰ Étienne Michel Masse, *L'Île de Cuba et La Havane*, Paris, 1825. Citado por Gustavo Eguren, *La fidelísima Habana*, ob. cit., pp. 210-211.

³¹ Jacinto Salas y Quiroga, *Viajes*, ob. cit., p. 15.

³² Jean-Baptiste Rosemond de Beauvallon, *La isla de Cuba*, ob. cit., p. 84.

³³ Fredrika Bremer, *Cartas desde Cuba*, ob. cit., p. 30.

RESONANCIAS Y RUIDOS

La Habana tiene fama de haber sido siempre una ciudad cuya atmósfera estaba saturada de numerosos sonidos y ruidos. Entre los viajeros que ponen mayor énfasis en la condición estridente de la urbe está el médico estadounidense John G. Wurdemann, quien da noticia de “el rumor de voces mezcladas de la activa ciudad, los alegres toques de sus numerosas campanas, el resonar de trompetas y el golpear de tambores desde las almenas”. Al día siguiente a su llegada, un domingo, Wurdemann fue sorprendido por una nueva andanada de sonoridades: “...los alegres repiques de las numerosas campanas de los diferentes conventos e iglesias, los disparos de cañones desde las fortalezas y buques artillados y el sonar de las trompetas y tambores desde los cuarteles y fortificaciones”.³⁴ En otro momento apunta su desasosiego por “ese súbito estallido de música de las campanas de los numerosos conventos, haciendo oír sus alegres tañidos, como si quisieran despertar una vez más a los encerrados monjes a los goces de la vida. Ora cesan, ora resuenan otra vez con un vigor que despertaría a un bombero del sueño de la muerte”.³⁵

La narrativa habanera de Samuel Hazard también recoge referencias al ruido de la ciudad, que nuevamente aparece con el repicar despiadado de los campanarios:

Apenas despunta el día, que en Cuba es en hora muy temprana, cuando el recién llegado viajero se ve despertado de su delicioso dormitar mañanero por el alarmante sonido de campanas, proveniente de todos los ámbitos de la ciudad. En un verdadero desconcierto de sonidos, atruenan en el aire de la mañana cual si se tratara de una general conflagración, y el infortunado viajero se tira frenéticamente de la cama para inquirir si hay alguna esperanza de salvarse de las llamas que se imagina amenazar ya a toda la ciudad (...). Sin aparente

³⁴ John G. Wurdemann, *Notas sobre Cuba*, ob. cit., p. 27.

³⁵ Ídem, pp. 289-290.

ritmo ni razón suenan las campanas, empeñado cada campanero de cada diferente iglesia en producir el mayor ruido posible, con el propósito de llamar a los fieles para que asistan a las misas de la mañana.³⁶

El joven aristócrata Eugenio Ney, en una afirmación a todas luces exagerada, insiste que: "...todo el mundo es músico en La Habana, y andando por la calle no se oye más que guitarras, pianos y música de Rossini".³⁷ Pero estas armonías musicales europeas palidecían ante el atronador ruido producido por los cañonazos que daban la bienvenida a los buques y las andanadas que disparaban los innumerables barcos de guerra (fragatas, corbetas, goletas...) que entraban en el puerto, los que, según Ney, sumados daban la cuenta de sesenta y ocho cañonazos por un solo buque "y a menudo entran cuatro y cinco al día".³⁸

La condesa de Merlin hace referencia al ajetreo comercial de la urbe y las tareas que desempeñaba la población esclava, trasegando cajas de azúcar y fardos de café, o llevando pesados carros tirados por mulos y caballos: "...sin dejarse de oír un momento las canciones y los gritos de aquellos pobres negros que no saben trabajar sino al compás de estrepitosos gritos, marcados por pronunciada cadencia. Todo el mundo se mueve, todo el mundo se agita, nadie para un momento. La diafanidad de la atmósfera presta a este ruido, así como a la claridad del día, algo de incisivo, que penetra los poros y produce escalofríos".³⁹ Hazard, por su parte, en su descripción de los mercados habaneros, sostiene que: "Una gran parte de los placeros son negros, en su mayoría libres y en extremo parlanchines, particularmente las mujeres, que entre ellas riñen, ríen y se burlan unas de otras de la manera más ensordecedora".⁴⁰

³⁶ Samuel Hazard, *Cuba a pluma y lápiz*, ob. cit., pp. 57-58.

³⁷ *Cuba en 1830. Diario de viaje de un hijo del Mariscal Ney*, ob. cit., p. 32.

³⁸ Ídem, p. 72.

³⁹ María de las Mercedes Santa Cruz, *Viaje a La Habana*, ob. cit., p. 11.

⁴⁰ Samuel Hazard, *Cuba a pluma y lápiz*, ob. cit., p. 92.

El actor, dramaturgo y novelista francés Léon Beauvallet (1828-1885) tuvo que sufrir en una noche habanera una algarabía múltiple formada por el maullido de un trío de gatos “capaces de espantar a un sordo”, los relinchos de un caballo irritado por los felinos “y otro animal, que yo había supuesto se trataba de un puerco, pero que en realidad no era sino un carnero asmático, [que] se aprovecha para tomar parte en este concierto ridículo; mientras tanto añádase el pregón monótono de los serenos, que dan la hora a cada minuto a los vecinos”.⁴¹ En las fiestas por Nochebuena, vislumbra la presencia de “innumerables tropas de trovadores (negros, blancos, como uno los prefiera) todos con genuinas guitarras españolas”, quienes celebran “la más prolongada, alegre y ruidosa de todas las fiestas del calendario habanero. ¡Que alboroto! ¡que ruido! ¡se diría que esta alegre ciudad se ha convertido en el lugar de cita universal de todos los caldereros de las cinco partes del mundo”.⁴²

Una jornada particularmente escandalosa era la celebración por los esclavos y negros libres de la ciudad del Día de Reyes, descrita por el escritor francés Xavier Marmier (1808-1892), ocasión en la cual, a una señal del jefe de la festividad “pronto acuden los músicos con sus instrumentos. ¡Y qué instrumentos! todo lo que silba, todo lo que hace ruido, todo lo que suena en los tonos más agudos y discordantes, sirve para esta diabólica orquesta. A esta algarabía, a esta cencerrada, se mezclan los roncos acentos de las gargantas prisioneras dentro de las máscaras; gritos de búho, silbidos de víboras, ladridos de perros”.⁴³

Otros ecos urbanos eran producidos por los innumerables pregoneiros y vendedores de todo tipo de géneros y mercancías, desde dulces y alimentos hasta mulas cargadas de maloja o ropas, que recorrían

⁴¹ Léon Beauvallet, *Rachel and the New World, a trip to United States and Cuba*, New York, 1856. Citado por Gustavo Eguren, *La fidelísima Habana*, p. 289.

⁴² Ídem.

⁴³ Xavier Marmier, *Lettres sur L'Amérique*, Paris, 1851. Citado por Luciano Pérez de Acevedo, *La Habana en el siglo XIX descrita por viajeros extranjeros*, Sociedad Editorial de Cuba Contemporánea, La Habana, 1919, p. 35.

la ciudad desde muy temprano ensordeciendo el éter con sus anuncios y sonsonetes. El viajero colombiano Nicolás Tanco Armero (1830-1890) escribe que: "...desde que amanece empiezan a recorrer las calles multitud de vendedores llevando caballos cargados de todo cuanto se pueda necesitar, jamás tocan a las puertas, pero van sin cesar gritando a voz en cuello cuanto llevan", y acota: "...cada vendedor adopta un modo de gritar particular, y se necesita mucha práctica para poder adivinar algunas veces lo que quieren decir, por lo raro que gritan. En los Estados Unidos y Francia, las mujeres venden cantando; en La Habana, los isleños y negros venden tarareando y bailando. Cada país indica en todo sus instintos"...⁴⁴ Al lado de tanto ruido, alboroto y gritería, encontramos un remanso de paz urbana en la delicada descripción que realiza Fredrika Bremer de unos "deliciosos gorjeos" que escuchó en la oscuridad, desde una azotea de La Habana intramuros, y que le recordaron a los gorriones de Suecia, pero luego descubrió con candidez que en realidad procedían de unas "pequeñas lagartijas que hay aquí en gran cantidad y que tienen voz".⁴⁵

Septiembre de 2019

⁴⁴ Nicolás Tanco Armero, *Viaje de Nueva Granada a China y de China a Francia*, París, 1881. Citado por Juan Pérez de la Riva, *La isla de Cuba en el siglo XIX vista por los extranjeros*, ob. cit., pp. 138-139.

⁴⁵ Fredrika Bremer, *Cartas desde Cuba*, ob. cit., p. 30.

EMILIO ROIG DE LEUCHSENRING: *EL ENFANT TERRIBLE*

Ya era Emilito, el enfant terrible...

JOSÉ LUCIANO FRANCO

*Y a medida que se engolfe en la lucha humana y social,
llegará a ser un inconforme, un desdeñoso, un rebelde y
un justador sin tregua.*

GERARDO CASTELLANOS

*Roig de Leuchsenring es, como Rubén Martínez Ville-
na, Juan Marinello y Alejo Carpentier, una expresión
genuina de la intelectualidad revolucionaria que surgi-
ría en los años veinte.*

CARLOS RAFAEL RODRÍGUEZ

En el año en que celebramos el medio milenio de La Habana, es un acto de gratitud y homenaje al mismo tiempo la recordación de su primer historiador, el doctor Emilio Roig de Leuchsenring, de quien se conmemoran ciento treinta años de su natalicio, ocurrido el 23 de agosto de 1889 en la calle Acosta no. 40, en el habanero barrio de Belén. Pocos meses antes se había inaugurado en París la Torre Eiffel, y Roig siempre conservó sobre su escritorio una reproducción de aquel formidable símbolo de la modernidad y el progreso humano. El apellido Roig, Rojo, le viene de sus abuelos

paternos que eran de origen catalán y el Leuchsenring por la vía de su familia materna que era oriunda de Hamburgo.

Es un hecho poco conocido que su padre, Emilio Roig y Fonte Saavedra, prestó ayuda material al Ejército Libertador durante la guerra de 1895, y por este motivo el niño visitó algunos campamentos insurrectos y guardó como recuerdo una pequeña bandera cubana que solía usar prendida a su sombrero mambí. Luego, entre 1896 y 1906 cursó los estudios primarios y secundarios en el Colegio de Belén, donde se destacó como estudiante de matemáticas.¹

De estos años de formación dirá el historiador Gerardo Castellanos: “Pero el cristiano Belén, en vez de moldearlo al credo sectario, incubó un enemigo de la iglesia y del culto divino. Y este sentimiento antirreligioso cada día irá en satánico *crescendo*, manteniéndolo en el tope de la incredulidad y condenación rotunda de todas las religiones, hasta negar la existencia de Jesucristo y de Dios”.² El gran historiador y amigo íntimo de Roig, José Luciano Franco, afirma que lo conoció en el bufete del doctor José Antolín del Cueto, en la calle de Aguiar. Y añade: “A veces tropezaba con él, en aquellas tardes bulliciosas del Paseo del Prado donde frecuentaba la barra del Anón del Prado y acostumbraba reunirse con D. Manuel Sanguily, su guía y maestro, en tanto mi grupo se estacionaba en la acera de enfrente, en el Café Alemán, a veces lugar de encuentro con D. Juan Gualberto Gómez”.³

Otro destacado mentor intelectual de Roig fue el distinguido bibliógrafo Domingo Figarola Caneda, a cuya tertulia con sede en

¹ Araceli García Carranza, *Bio-bibliografía de Emilio Roig de Leuchsenring*, Ediciones Boloña, La Habana, 2007, p. 13.

² Gerardo Castellanos, *Emilio Roig de Leuchsenring*, Molina y Compañía, La Habana, 1938, p. 17.

³ José Luciano Franco, “Emilio Roig de Leuchsenring, Historiador de la Ciudad de La Habana”. Conferencia inédita, cortesía de su hija Rosario Franco, p. 4.

la calle Cuba 24, el joven habanero fue asiduo. De esta época narra Gerardo Castellanos que:

Figarola le aplicaba su usual pedagogía de afectuosa fustigación. Don Domingo era un académico de pies a cabeza; intolerante y macizo; conservador de viejas fórmulas; apegado a la letra y el ritual. La tertulia era exquisita, por la calidad de los problemas que se debatían. Entonces esta Academia contaba con miembros que ya nos han abandonado, o por muerte, o por desvío; pero sus cánones eran más exigentes y herméticos que hoy. Don Domingo tenía un tanto de dureza para la juventud, por entender que sólo los años dan calidad y experiencia para el vivir y cultivar. Ya por esta época Roig venía dedicado a las letras con consejos del eminente bibliógrafo.⁴

Su participación en las lides políticas de la Cuba republicana, a cuyos males y remedios dedicó importantes estudios, se remontan a sus años juveniles, cuando integró la Asociación Liberal Universitaria en 1908, presidida por Eusebio Hernández, y un año más tarde la Juventud Liberal Progresista, que apoyó la candidatura de José Miguel Gómez.⁵ Durante la llamada “guerrita de febrero” de 1917, en tiempos de Mario García Menocal, en unión de Juan Gualberto Gómez y su tío Enrique Roig, se opuso airadamente a un acuerdo de suspensión de las garantías constitucionales aprobada por el Congreso sin el *quorum* necesario. En esa ocasión fueron atacados por esbirros menocalistas, quienes se llevaron preso al ilustre Juan Gualberto.⁶ Por aquellos días Roig frecuentaba también la barra del hotel Ambos Mundos, integrada por veteranos de la guerra de independencia, donde los más jóvenes escuchaban el rico anecdótico de aquellos próceres en el testimonio del general

⁴ Gerardo Castellanos, *Emilio Roig de Leuchsenring*, ob. cit., p. 13.

⁵ Araceli García Carranza, *Bio-bibliografía de Emilio Roig de Leuchsenring*, ob. cit., p. 14.

⁶ José Luciano Franco, “Emilio Roig de Leuchsenring, Historiador de la Ciudad de La Habana”, ob. cit., p. 4.

Castillo Duany, el coronel Lino D'Ou, Juan Tranquilino Latapier y otros.⁷

Emilio Roig fue un escritor precoz, a los dieciséis años publicó su primer texto, titulado "Impresiones de viaje", que firmó con el seudónimo Hermann, tradición que luego sería común en muchos de sus textos firmados por Cristóbal de La Habana, El Curioso Parlanchín, Enrique Alejandro de Hermann, Juan Matusalén Junior, U. Noquelovió y U. Noquelosabe. Muy joven también incursionó en el género costumbrista, al ganar en 1912 el concurso de artículos convocado por la revista *El Figaro* con el texto "¿Se puede vivir en La Habana sin un centavo?", al que seguirían su conferencia sobre escritores costumbristas cubanos, pronunciada en el Aula Magna del Instituto de La Habana. Su temprana veta de escritor costumbrista es ya un esbozo del historiador en ciernes, y lo señala como:

...retoño esporádico de aquel pasado, resucitador del olvidado género, robusteciéndolo y remozándolo con estudios complementarios del llamado carácter cubano y de perfiles de palpitaciones históricas y políticas; todo lo cual da a sus páginas atractivo y originalidad, que bien merecen acoplarse a toda historia nacional para mejor comprensión de épocas y hombres (...). Porque la labor de Roig en esta fina rama sociológica-psicológica, es rica por su profundidad y fecundidad, sobre ese pedestal se ha de asentar su mejor timbre en la literatura cubana.⁸

Estudió derecho en la Universidad de La Habana, donde se graduó en 1917 en Derecho Civil y Notarial, tras lo cual laboró durante un año en el bufete de su tío, el destacado criminalista Enrique Roig; fue miembro de la Comisión Nacional Codificadora para redactar el nuevo Código Civil y participó en la redacción de la Ley de divorcio, una de las primeras de América Latina. Se cuenta la anécdota de que con motivo de esta ley, la que tenía no

⁷ Ídem.

⁸ Gerardo Castellanos, *Emilio Roig de Leuchsenring*, ob. cit., pp. 22-23.

pocos detractores, se le pidió a la madre de Roig, que era una mujer muy católica, que firmase una exposición en contra de esa legislación, a lo cual se negó rotundamente, “alegando que se abstenía en atención a que su hijo era paladín del divorcio”.⁹

Pero además fue partidario de que a los hijos naturales la ley y la sociedad les reconocieran idénticos derechos que a los legítimos; y de la igualdad económica, política y civil de la mujer; de la igualdad de las razas; antiintervencionista y antiimperialista; contra la censura, aun frente a la dictadura de Machado; contra las lidias de gallos y toros; contra la tendencia españolizaste, y en favor de la cubanización: “...para librar estas campañas, con belicosa vehemencia en cada uno de los casos, le ha servido mucho el prestigio de su independiente criterio, ya que no se ha afiliado a ningún organismo ortodoxo o doctrinariamente conocido. Se ha mantenido alejado de luchas partidaristas”.¹⁰

Ya desde entonces colaboraba en diversas publicaciones de su especialidad y en otras como *Cuba Contemporánea*, de la que fue redactor; *Archivos del Folklore Cubano*, creada por Fernando Ortiz; *Gráfico*, en el cual fue jefe de redacción; *Social*, en la que fue director literario durante diez años; *Carteles*, que lo tuvo como subdirector; además su pluma aparece en otras numerosas revistas y periódicos: *Crítica*; *Actual*; *Revista Bimestre Cubana*; *Estudios Afrocubanos*; *La Última Hora*; *Alma Latina*; *El Fígaro*; *El Teatro*; *Diario de la Marina*; *Heraldo de Cuba*; *La Discusión*; *El Mundo*; *El País*; *La Nación*; *Cuba y América*; *Repertorio Americano*, de Costa Rica; *Cosmópolis*, de Madrid; *El Sol*, de Madrid; *Revista Mexicana de Derecho Internacional*; *Ahora*; *Revista Cubana*; *Revista de la Universidad de La Habana*.

En 1919 publicó su estudio *La ocupación de la República Dominicana por los Estados Unidos y el derecho de las pequeñas nacionalidades de América*, al que Enrique José Varona llamó “un estudio luminoso, que está aquí en todas las manos y ha sobrecogido el

⁹ Ídem, p. 27.

¹⁰ Ídem, p. 27.

ánimo de cuantos tratan de leer lo porvenir en los signos de lo presente”;¹¹ desde estas tempranas páginas contribuyó de manera decisiva al pensamiento antiimperialista cubano del siglo xx, al que aportó además títulos de tanta valía como *Martí, antiimperialista*, *El internacionalismo antiimperialista en la obra político-revolucionaria de José Martí*, *Tradición antiimperialista de nuestra historia*, *Historia de la Enmienda Platt*, *Cuba no debe su independencia a los Estados Unidos* y *Hostilidad permanente de los Estados Unidos contra la independencia de Cuba*. Una cita memorable puede resumir el pensamiento antiimperialista de Roig cuando, en el centenario martiano, publicó su estudio titulado *El americanismo de Martí* en el cual expresó: “Hecho carne de su carne, sangre de su sangre, todo su pensamiento y toda su dedicación, este ‘problema de tanto alcance y honor tanto’, Martí ofrendó su vida por la libertad de Cuba, pero también por libertar a Hispanoamérica y al Mundo de la futura y temible invasión del capitalismo yanqui”.¹² Fue a instancias suyas que la casa editora Cultural S. A. publicó en 1932 la primera edición cubana de *La edad de oro*, precedida de su estudio “Martí y los niños, Martí niño”.

De mayor edad que la mayoría de los jóvenes que formaban el Grupo Minorista, fue reconocido como su mentor espiritual, apoyó públicamente su acusación en la Academia de Ciencias conocida como Protesta de los Trece y formó parte de la Falange de Acción Cubana al lado de José Antonio Fernández de Castro, José Zacarías Tallet, José Manuel Acosta y Félix Lizaso. Perseguido por sus ideas en contra de la dictadura machadista, se salvó de la prisión gracias al concurso de su gran amigo Ruy de Lugo Viña, en cuya casa permaneció oculto durante varias semanas. Precisamente a instancias de Lugo Viña, que había creado el cargo de Comisionado Intermunicipal de La Habana, Roig aceptó

¹¹ Enrique José Varona, “La lección de Santo Domingo y el discurso del Doctor Roig de Leuchsenring”, *Social*, La Habana, agosto, 1919, p. 27.

¹² Emilio Roig de Leuchsenring, *El americanismo de Martí*, La Habana, 1953, p. 31.

este nombramiento en 1927, que contó con la anuencia del entonces alcalde habanero Miguel Mariano Gómez y del que fue cesanteado en 1931 al crearse el Distrito Central de La Habana.

Tras la caída de Machado, fue restituido en sus funciones por el alcalde Alejandro Vergara, y este fue el antecedente del cargo de Historiador de la Ciudad, para el cual fue nombrado en 1935 por el alcalde Guillermo Belt. Ese propio año publicó su monumental estudio *Historia de la Enmienda Platt*, catalogado por la prensa de la época, por la profundidad de sus análisis, como “un libro sensacional”.¹³ A sugerencia de Roig, y con la intención de preservar el patrimonio histórico y artístico habanero, se creó en 1938 la Oficina del Historiador, que rápidamente contó con el apoyo de otras corporaciones como la Institución Hispanocubana de Cultura, dirigida por Fernando Ortiz y la Sociedad Colombista Panamericana. Ese mismo año, con un discurso titulado “Martí en España”, ingresó al cenáculo de la Academia de la Historia de Cuba. Cuando pronunció las palabras de bienvenida al ya reconocido historiador, el académico Gerardo Castellanos exclamó:

Al fin, la Academia de la Historia ve entrar por su pórtico de honor a este robusto cultivador y mantenedor del saber (...). Porque si durante largos años, con obras ya conocidas y de mérito, ha conquistado galardones por esos afanes, tal parecería que ellas debieran ser suficientes para que, como airones dé triunfo, ésta, y todas las academias de su clase y aspiraciones, le abriesen sus puertas (...). Su elección surge cuando es un crecido pino nuevo, pletórico de acometividad y anhelos; características que conserva con bríos. En espera de los demás, el acervo cultural de Roig confiamos que será de provecho, porque su ideal son las letras y la historia: paladín que goza más con el trabajo mental que con lucros y conquistas vanas. Afirmaré que lo más arraigado e íntimo de Roig es lo que ha escrito,

¹³ Araceli García Carranza, *Bio-bibliografía de Emilio Roig de Leuchsenring*, ob. cit., p. 35.

escribe y proyecta escribir. Dejadle pensar, escribir y publicar, y, a cambio, sólo exigirá un rayo de sol que lo anime. Desde luego que entra al cenáculo académico a la par que ofreciendo sus experiencias y saber históricos, y contribución a las menudas y espinosas tareas inferiores, su incontrolable y combativo carácter y opiniones.¹⁴

La Oficina del Historiador fue desde su génesis un hervidero de ideas y proyectos culturales, que promovió la creación del Archivo Histórico, la Biblioteca Histórica y el Museo de la Ciudad, y entre sus más fieles colaboradores estuvieron Francisco González del Valle, Manuel Isidro Méndez, Enrique Gay Galbó, Joaquín Llaverías, José Antonio Ramos, Carlos Rafael Rodríguez, Salvador García Agüero, José Antonio Portuondo y Nicolás Guillén; en ella trabajaron desde los primeros momentos Raquel Catalá y Alfredo Zayas, a los que se sumaron más tarde su esposa María Benítez, el poeta Ángel Augier y el paleógrafo canario Jenaro Artiles.¹⁵

Más tarde, al ámbito de la Oficina y con la participación activa de Roig se sumaron otras sociedades e instituciones consagradas al saber historiográfico y a la salvaguarda del patrimonio habanero, como fue el caso de la Comisión de Monumentos, Edificios y Lugares Históricos y Artísticos Habaneros, la Junta Nacional de Arqueología y Etnología, la Sociedad de Librepensadores de Cuba y la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales, auspiciadora de la celebración de los primeros Congresos Nacionales de Historia. La Oficina, y Roig en particular, también contribuyó a la organización de la Junta de Patronos de la Biblioteca Nacional. En el caso de la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales, su fin principal sería el conocimiento, estudio y divulgación de la historia de Cuba, de América y Europa, y sus vínculos en el proceso de la historia moderna y contemporánea.

¹⁴ Gerardo Castellanos, *Emilio Roig de Leuchsenring*, ob. cit., pp. 9 y 12.

¹⁵ José Luciano Franco, "Emilio Roig de Leuchsenring, Historiador de la Ciudad de La Habana", ob. cit., p. 9.

En las tertulias que Roig celebraba en su oficina participaron distinguidas personalidades del mundo político, académico, artístico y científico y entre sus contertulios estuvieron nombres de la talla de Juan Marinello, Max Henríquez Ureña, José María Chacón y Calvo, Felipe Pichardo Moya, René Herrera Fritot, Juan Cosculluela, José María Bens Arrarte, Manuel Isaías Mesa Rodríguez, Emilio Vasconcelos, Evelio Govantes, Teodoro Ramos Blanco, Juan José Sicre y Gonzalo Roig.¹⁶

Numerosos fueron los proyectos culturales en los que Emilio Roig fue el creador o uno de sus promotores principales: las Conferencias de Historia Habanera, los Conciertos de Música Cubana, la primera Feria Popular del Libro (1935-1936), las lecciones del curso de introducción a la Historia de Cuba (1937-1938), así como la publicación de los *Cuadernos de historia habanera*, las *Actas Capitulares del Ayuntamiento* y la *Colección histórica cubana y americana*. Infatigable cultor de la memoria histórica, Roig promovió las conmemoraciones de los centenarios de personalidades y hechos destacados de la historia de Cuba y América: José de la Luz y Caballero, Máximo Gómez, Antonio Maceo, José Martí, José María Heredia, Gabriel de la Concepción Valdés (*Plácido*), Federico Henríquez y Carvajal, Eugenio María de Hostos, la Conspiración de la Escalera y de las expediciones de 1851 y de la Bandera Cubana. No faltaron entre estas evocaciones las dedicadas a Nicolás Estévez, defensor de los estudiantes de medicina en la Acera del Louvre y al natalicio de Bolívar en el Parque de la Fraternidad Americana, donde se colocaron además bustos de libertadores y próceres americanos como Benito Juárez y Alejandro Pétion.

Muchos de los más importantes hitos históricos de La Habana colonial, como el Castillo de la Fuerza, el Convento de Santa Clara, la Garita de la Maestranza, el Palacio de Aldama, el Torreón de San Lázaro o la Iglesia de Paula, no existirían hoy si Emilio Roig no hubiera hecho amplias campañas públicas para evitar su demolición. Acompañado por los arquitectos Luis

¹⁶ Ídem, p. 10.

Bay Sevilla, Joaquín Weiss, Evelio Vasconcelos, Evelio Govantes y Félix Cabarrocas restauró el palacio del Segundo Cabo, el Templete, el Convento de San Francisco, la Plaza de Armas y de la Catedral y asimismo defendió y logró que la imagen del Padre de la Patria, Carlos Manuel de Céspedes, sustituyera en la Plaza de Armas la del odioso monarca Fernando VII.

Su prolija obra sobre temas históricos habaneros abarca numerosos volúmenes, entre ellos destacan: *La Habana de ayer, de hoy y de mañana*; *La Habana antigua. La Plaza de Armas*; *Historia de La Habana, desde sus primeros días hasta 1565*; *La calle del Obispo de la Ciudad de La Habana*; *Veinte años de actividades de la Oficina del Historiador de la Ciudad*; *El cuarto centenario de La Habana*; *La casa de Gobierno o Palacio Municipal de La Habana* y *La Habana. Apuntes históricos* (2da. edición notablemente aumentada).

Fue Emilio Roig un ardiente defensor de las mejores tradiciones del pueblo cubano, y unas de las causas más nobles que encabezó fue por una Escuela Cubana en Cuba Libre, en la que evocaba siempre a María Luisa Dolz, la insigne educadora que él tomó como motivación para su cruzada, y en la que lo acompañaron entre otros la doctora Sara Ysalgué de Massip, el doctor Fermín Peraza, el doctor José Antonio Portuondo y Antonio Penichet. No menos importante fue la presencia de Roig en asociaciones de carácter solidario e internacionalista con las luchas de los pueblos en contra de la opresión y el colonialismo, tal fue el caso de su participación en la protesta encabezada por Varona en contra de la intervención yanqui en Nicaragua en 1927, su exigencia de libertar al poeta venezolano Andrés Bello y su presencia en la Liga Antifascista a favor de la República española, la Asociación de Auxilio al Niño del Pueblo Español, el Comité Cubano Pro Libertad de Patriotas Puertorriqueños, el Comité Pro-Abisinia, de los Amigos del Pueblo Chino, de la Asociación Nacional contra las Discriminaciones Racistas y de la Sociedad de Relaciones Culturales Cubano-Soviética.

Su estilo como escritor y como intelectual multifacético, crítico y polémico fue justipreciado como el de un hombre que:

Jamás ha usado antifaz; su lema de combate es visible; su finta no es secreta ni traidora. Y ha podido serlo por circunstancias varias favorables, y por su posición al margen de sectarias filiaciones. Por eso su obra polifacética es tan sugerente y, a pesar de su vibrar de acero, y la sátira y el humorismo, presiona en nuestro medio (...). No cultiva la sonrisa. Su pose exterior es de seriedad pensativa. Hay en su laboreo mental mucho de Juvenal y de Larra. Su palabra es de fognazo.¹⁷

Otra de sus inestimables contribuciones, menos conocida, es la que hizo a la revolución de Fidel Castro, cuando, a través de Carlos Rafael Rodríguez, hizo llegar a la Sierra Maestra libros y folletos de historia de Cuba, destinados a la formación histórica de los combatientes del Ejército Rebelde. Ello explica que el Che Guevara tuviera un ejemplar de su libro *Cuba no debe su independencia a los Estados Unidos*, deteriorado por los avatares de la vida guerrillera, que el comandante quiso que Emilio Roig se lo dedicara.

Fue Roig, al decir de su gran amigo José Luciano Franco:

Espíritu amplio, generoso, amigo leal. Un hombre como lo hubiera definido Martí, que alentaba y sentía en lo profundo de su alma, abrigaba un gran amor por la libertad y las rebeldías contra todas las injusticias. Sentía por los oprimidos, por los que sufren desde la cuna al sepulcro el horror de los criminales procedimientos de los regímenes burgueses, un amor fraternal. “Ciudadano del Mundo”, guardaba rencor por todo lo que condujera a separar o dividir a los hombres. Para el hermano negro fue siempre el paladín dispuesto a luchar por sus

¹⁷ Gerardo Castellanos, *Emilio Roig de Leuchsenring*, ob. cit., pp. 25-26.

legítimos derechos. También la mujer y el niño encontraron en su pluma un tenaz y consecuente defensor.¹⁸

Gerardo Castellanos caracterizó su existencia como:

...impulso, deseo y energía. No tiene más fe y creencia que le aliente y adorne que su afán por acumular saber, y escribir, y el amor y devoción a la memoria de su madre, aunque sí es un tanto sibarita y sensual. (...) Roig, como saludable epicúreo, vive sin tener que vencer muchos inconvenientes materiales. A pesar de su avispismo, vocación de esgrimir, y a veces paradójicos y teóricos propósitos de ponerse al margen de los hombres y de la sociedad, gústale servir, más si el servicio es de carácter cultural.¹⁹

En palabras del destacado intelectual comunista Carlos Rafael Rodríguez, en ocasión de conmemorarse el 40 aniversario de la creación de la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales, Roig formó parte de aquella cohorte gloriosa de jóvenes que intentaron cambiar los destinos de Cuba, en la llamada por Juan Marinello “Década crítica” de 1920 a 1930:

Surge Emilio Roig en toda su entereza de pensador y militante, como personalidad que puede figurar, a título propio, entre los precursores de nuestro actual proceso revolucionario. Roig de Leuchsenring es, como Rubén Martínez Villena, Juan Marinello y Alejo Carpentier, una expresión genuina de la intelectualidad revolucionaria que surgirá en los años 20 (...). Surge así ante nosotros Emilio Roig de Leuchsenring, no como un iconoclasta arbitrario ni como un rebelde desorientado, sino como un hombre de auténtico pensamiento revolucionario, capaz de practicar aquel

¹⁸ José Luciano Franco, “Emilio Roig de Leuchsenring, Historiador de la Ciudad de La Habana”, ob. cit., p. 13.

¹⁹ Gerardo Castellanos, *Emilio Roig de Leuchsenring*, ob. cit., p. 28.

apoteagma de Séneca que nos llamaba a igualar nuestro pensamiento con la vida (...). Los que tuvimos el privilegio de ser sus compañeros recogimos más de una vez sus sueños y sus esperanzas, que hoy cuajan en nuestra realidad revolucionaria.²⁰

Armando Hart Dávalos, en el discurso pronunciado en el Aula Magna de la Universidad de La Habana, con motivo del centenario de su natalicio, el 5 de septiembre de 1989, hizo una exégesis de su antiimperialismo, acrisolada moral ciudadana, depurada y profunda cubanía, su combate a la corrupción, su rechazo a toda conciliación con los enemigos acérrimos de nuestro pueblo, sus virtudes cívicas y su patriotismo y dijo además que la Revolución Cubana era heredera de una inmensa cultura política, de la que Emilio Roig “fue uno de los más altos exponentes en el terreno de la investigación y del análisis histórico”. Y concluyó Hart su discurso con estas emotivas palabras: “Alcemos los estandartes de la dignidad, del decoro, del antiimperialismo y del socialismo que están en el sustrato histórico de la cultura cubana, de la cultura de Emilio Roig, para ser más fuertes y alcanzar nuevas victorias de la patria y el socialismo”.²¹

Quiero terminar estas breves líneas dedicadas a ese gigante de nuestra historiografía, citando las del más brillante de sus discípulos, el doctor Eusebio Leal, cuando dijo:

Era un hombre de izquierda, absolutamente laico, opuesto totalmente a la irrupción de la cuestión religiosa en la educación pública. Protagonizó una de las más grandes campañas que se hicieron en Cuba por una escuela cubana, libre. Luchó por un culto y respeto al magisterio cubano. Fue profundamente

²⁰ Carlos Rafael Rodríguez, “Emilio Roig de Leuchsenring. Discurso en la clausura del homenaje por el 40 aniversario de la fundación de la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales”, *Granma*, La Habana, 6 de julio de 1980, p. 2.

²¹ Armando Hart Dávalos, *Roig de Leuchsenring, promotor de la cultura del antiimperialismo*, Ministerio de Cultura, La Habana, 1989, p. 20.

antiimperialista y apoyó a Mella en la fundación de la Liga Antiimperialista y en la creación de la Universidad Popular José Martí. Todas las guerras para él terminaron con la victoria de la Revolución. Ya mi vida no tiene sentido —le dijo Roig a Leal— porque la Reforma Agraria es la obra magna de la Revolución Cubana, porque hoy Cuba sabe que no debe su independencia a los Estados Unidos, porque hay una tradición antiimperialista en nuestra historia, por todas esas razones ya no tiene sentido, habrá que buscar otras.²²

Nos toca hoy a los historiadores cubanos y a todos los que trabajamos en la Oficina del Historiador de La Habana, seguir encontrando razones para continuar su formidable y patriótica obra.

La Habana, 1ro. de julio de 2019

²²Eusebio Leal Spengler, “Emilio Roig de Leuchsenring: el fundador”, disponible en: <http://www.eusebioleal.cu/noticia/emilio-roig-de-leuchsenring-el-fundador/>

EL AÑO EN QUE EMILIO ROIG DE LEUCHSENRING FUE NOMBRADO HISTORIADOR DE LA HABANA¹

Roig de Leuchsenring libró muchas batallas de huella perdurable en el camino de la Revolución. Caso singular el suyo: sin compromiso de Partido, siempre fiel a los principios de la verdadera liberación nacional.

JULIO LE RIVEREND

El 1ro. de julio de 1935 el doctor Emilio Roig de Leuchsenring fue nombrado Historiador de La Habana, un hecho de la mayor trascendencia, no solo en el ámbito cultural y patrimonial de la capital cubana, sino en el de la nación toda. Al momento de su designación, Roig era un hombre maduro que estaba próximo a cumplir cuarenta y seis años (había nacido el 23 de agosto de 1889 en la calle Acosta no. 40, en el habanero barrio de Belén) y era ya una personalidad reconocida en el ámbito de las letras, el derecho y la historiografía cubana, al tiempo que gozaba de un enorme prestigio entre sus contemporáneos, por sus verticales posturas políticas nacionalistas y antiimperialistas.

El año 1935 fue decisivo en el desenlace, contradictorio para las fuerzas populares y progresistas, del proceso histórico de la

¹ Palabras leídas el 1ro. de julio de 2020 en el Convento de San Francisco de Asís de La Habana Vieja.

Revolución de los años 30, marcado por el fracaso de la huelga de marzo y el asesinato del líder socialista de Joven Cuba Antonio Guiteras en El Morrillo; y comenzó para Emilio Roig con una causa judicial, en la que se vio envuelto por su colaboración con la revista *Masas*.² Desde el año anterior, Roig había empezado a publicar en las páginas de ese mensuario, órgano de la Liga Antiimperialista de Cuba, entre cuyos directivos estaban los intelectuales comunistas Juan Marinello, Regino Pedroso y José Manuel Valdés Rodríguez. *Masas* se definía como: "...una revista revolucionaria en el más amplio y genuino sentido de la palabra y entiende que, para serlo cabalmente, precisa, ante todo, denunciar sin miedos ni hipocresías, la realidad colonial de Cuba... Pero conocer la realidad no es todo. Se hace necesario orientar adecuadamente la lucha para transformar esa realidad en beneficio de las masas trabajadoras de Cuba. También a eso aspira *Masas* con la colaboración de todos".³

Sin ser miembro del Partido Comunista de Cuba de aquel momento, ni de ningún otro, Emilio Roig fue desde su juventud un hombre de ideas de izquierda, como lo demuestra su temprana amistad con Julio Antonio Mella y Rubén Martínez Villena, su estrecha participación en la Falange de Acción Cubana y el Grupo Minorista, del cual fue considerado "mentor espiritual", así como su valiente y abierta oposición a la dictadura machadista; y la causa del antiimperialismo fue siempre uno de sus grandes temas como historiador y hombre público. Ello explica su presencia en la citada revista, junto a un valioso grupo de colaboradores, seguidores o no de la doctrina comunista, como fueron los casos de Emilio Ballagas, Luis Felipe Rodríguez, Leonardo Fernández Sánchez, Ofelia Domínguez, Ramón Guirao, Gerardo del Valle, Gustavo Aldereguía, José Zacarías Tallet, Mirta

² Emilio Roig de Leuchsenring, "La verdadera liberación política y económica de Cuba", *Masas*, La Habana, septiembre de 1934; "El nuevo convenio de reciprocidad", *Masas*, La Habana, enero de 1935.

³ Palabras de Juan Marinello en el primer número de la revista *Masas*, citado en *Diccionario de la Literatura Cubana*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, t. II, p. 582.

Aguirre, Ángel Augier, María Villar Buceta, Loló de la Torriente, Raúl Roa, Pablo de la Torriente Brau y José Chelala Aguilera.

A inicios de 1935, con la publicación del número siete, correspondiente al 10 de enero de ese año, *Masas* finalizó su salida al ser acusados los integrantes de su consejo de redacción de hacer “propaganda sediciosa”. La imputación provino del Tribunal de Urgencia no. 1 de La Habana, con el argumento de que la revista realizaba “una campaña contraria a las instituciones republicanas”.⁴ En su condición de escritor para la revista, Emilio Roig resultó absuelto, pero Juan Marinello y los demás miembros del consejo de redacción fueron condenados a seis meses de cárcel. Roig, desde su posición de abogado, pidió la amnistía para los procesados, con el razonamiento de que “la labor antiimperialista no representaba un peligro para la nacionalidad, ni un ataque a sus instituciones fundamentales, sino un ideal nacionalista y de cubanidad fervorosa”.⁵ Para demostrar lo anterior, escribió dos artículos publicados en el periódico *Ahora*, titulados “Antiimperialismo es sinónimo de cubanismo” (28 de febrero de 1935) y “Causa y razón cubana del antiimperialismo” (3 de marzo de 1935).

Luego de estar involucrado en el proceso de la revista *Masas*, Roig publicó su texto “El internacionalismo antiimperialista en la obra político revolucionaria de José Martí”, incluido en el volumen de homenaje a Enrique José Varona editado por la Dirección de Cultura y publicado como folleto independiente ese propio año.⁶ Este texto debe verse como una reafirmación, desde su honda raíz martiana, del antiimperialismo de Roig, y una respuesta abierta a sus espurios acu-

⁴ Araceli García Carranza, *Bio-bibliografía de Emilio Roig de Leuchsenring. 1889-1964*, ob cit., t. I, p. 33.

⁵ *Ibidem*.

⁶ Emilio Roig de Leuchsenring, “El internacionalismo antiimperialista en la obra político revolucionaria de José Martí”, en *Homenaje a Enrique José Varona, en el Cincuentenario de su primer curso de Filosofía (1880-1930)*, Dirección de Cultura, La Habana, 1935. *El internacionalismo antiimperialista en la obra político revolucionaria de José Martí*, Imprenta Molina, La Habana, 1935.

sadores, para quienes el sentimiento antiyanqui era contrario al ideal republicano. Pero sin duda los dos grandes acontecimientos vividos por Emilio Roig en 1935 fueron su nombramiento como Historiador de La Habana, de lo que se desprendería enseguida un sinnúmero de tareas de salvaguarda del patrimonio histórico habanero y labores diversas de índole cultural; y la publicación de su monumental estudio historiográfico titulado *Historia de la Enmienda Platt*.

La designación de Roig como historiador habanero ocurrió, como ya hemos dicho, el 1.º de julio de 1935, por el alcalde municipal Guillermo Belt Ramírez, pero su labor como encargado de realizar tareas históricas en el gobierno de la ciudad se remontaba a 1927, cuando ocupó, a sugerencia de su anterior titular Ruy de Lugo Viña, el cargo de Comisionado Intermunicipal de La Habana, designado por el alcalde Miguel Mariano Gómez Arias. Cesanteado de este contrato por la dictadura, fue repuesto a la caída de Machado, el 30 de noviembre de 1933, y allí permaneció hasta asumir con propiedad como Historiador de la Ciudad. El cargo estuvo inicialmente agregado al despacho del alcalde, y en fechas sucesivas fue adscrito a la Dirección de Cultura con carácter autónomo (1938), al Departamento de Educación (1942) y nuevamente a las oficinas municipales en 1947. A pesar de todos estos desplazamientos institucionales, fue un hecho que: “En todo tiempo, desde 1935, en que se creó el cargo de Historiador de la Ciudad de La Habana, el doctor Roig de Leuchsenring, ha gozado de completa autonomía en el desempeño de sus funciones, despachando directamente con los señores Alcaldes, y mereciendo de éstos sean siempre atendidas sus recomendaciones para el nombramiento y cesantía de los empleados de su Oficina”.⁷

De hecho, el alcalde Belt Ramírez y el doctor Roig formaron un equipo de trabajo armonioso y dinámico, y las propuestas del historiador contaron siempre con la total aprobación del político,

⁷ Emilio Roig de Leuchsenring, *Veinte años de actividades del Historiador de la ciudad de La Habana. 1935-1955*, Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana, Municipio de La Habana, 1955, vol. I, p. 4.

como veremos enseguida. Entre sus resultados de mayor trascendencia encontramos que, por decreto del alcalde Belt, de 28 de agosto de 1935, comenzaron a editarse los *Cuadernos de historia habanera*, una iniciativa de Roig destinada a:

Divulgar popularmente, con fines educativos y culturales, la historia del Término Municipal de La Habana, tanto en lo que se refiere a acontecimientos acaecidos en el mismo, a lugares, edificios o monumentos de interés o valor históricos, como igualmente a conmemorar y enaltecer la vida y la obra de personalidades habaneras de significación y prestigio relevantes en las letras, las ciencias, las artes y la enseñanza o que más hayan figurado como benefactores públicos o como mantenedores y defensores de la libertad e independencia de Cuba.⁸

Estos cuadernos salían en pulcros breviarios con una extensión variable, entre ochenta y doscientas páginas, una tirada de mil ejemplares y se distribuían gratuitamente: "...como valiosísima contribución del Municipio de La Habana a la cultura popular, encontrando tanta aceptación por parte del público que cada número se agota muy poco después de haber visto la luz".⁹ El primer cuaderno en ver la luz fue *Homenaje al Ilustre Habanero Pbro. D. José Agustín Caballero y Rodríguez en el Centenario de su muerte. 1835-1935* (un volumen con setenta y nueve páginas, 1935), escrito por Roig en colaboración con Francisco González del Valle; a los que seguirían el estudio de Emilio Roig: *La Habana antigua: La Plaza de Armas* (un volumen con ciento cuatro páginas, 1935) y el cuaderno de Nicolás Guillén, *Claudio José Domingo Brindis de Salas. El Rey de las Octavas. Apuntes Biográficos* (un volumen con cuarenta y ocho páginas, 1935).

Otras tareas desplegadas por Roig a raíz de su nombramiento fueron el estudio relacionado con la denominación de las calles del municipio habanero, una faena ardua, pues: "...además de su ca-

⁸ Ídem, p. 60.

⁹ Ídem, p. 128.

rácter intrínsecamente histórico, significaba un verdadero problema para el Municipio, tanto en el orden administrativo como en el urbanístico, el desbarajuste existente en la denominación de las calles de este término municipal”.¹⁰ En el informe encargado por el alcalde Guillermo Belt, Roig desglosó las numerosas problemáticas que debían ser solucionadas, entre ellas: el cambio indiscriminado y arbitrario de nombres de las calles, algunas de las cuales podían tener dos o tres denominaciones; la disparidad en la manera de colocar esos calificativos; la existencia de varias arterias con un mismo nombre; la sustitución de nombres antiguos de gran arraigo popular por otros, sin el debido análisis o con apelativos de ciertas personalidades sin mérito para ello. Asimismo, Roig denunciaba que: “Además, estos cambios se han realizado, no en virtud del clamor o la demanda popular, sino (...) por la presión de intereses o simpatías o compromisos particulares o políticos personalistas”.¹¹

Tras un detallado recorrido por las sucesivas denominaciones de las calles habaneras y sus incontables avatares, Roig en su informe propuso al alcalde la restitución de los nombres antiguos, tradicionales y populares de las calles habaneras “por juzgar que ello es patriótico, cultural, práctico, útil y productivo”.¹² Sugería además suprimir otros calificativos, heredados del pasado hispánico, pues simbolizaban el despotismo colonial y herían los sentimientos patrióticos de los cubanos, que ninguna calle llevara el nombre de una persona viva y esperar como mínimo diez años en caso de poner el nombre de una persona fallecida. Asimismo, en los casos de las calles con nombres de patriotas, que debían suprimirse por tratarse de una vía con una denominación antigua, estos se asignarían a arterias innominadas.¹³

¹⁰ Emilio Roig de Leuchsenring, *Veinte años de actividades del Historiador de la ciudad de La Habana. 1935-1955*, ob. cit., vol. II, p. 213.

¹¹ Ídem, p. 214.

¹² Ídem, p. 222.

¹³ Emilio Roig de Leuchsenring, “Las calles de La Habana. Bases para su denominación. Restitución de nombres antiguos, tradicionales y populares”, *Cuadernos de historia habanera*, no. 5, Municipio de La Habana, 1936.

De igual modo, Roig propuso a Guillermo Belt cambiar algunos hitos urbanos relevantes, como en el caso de la pilastra que estaba frente a la Fuente de la India, en el Parque de la Fraternidad Americana, donde, en lugar de un texto que existía referente a Gerardo Machado, el historiador propuso colocar una tarja o lápida: “En la que aparecieran sintéticamente narradas la historia y la significación de dicho monumento estatuario, considerado, de entre todos los que posee La Habana correspondiente a la época colonial, como el que merece mayor y más singular atención, por su belleza artística, por su simbolismo, y por representar alegóricamente a la ciudad de La Habana”.¹⁴

También en 1935 el alcalde Guillermo Belt emprendió importantes obras de restauración y embellecimiento de la Plaza de Armas, para lo cual fueron decisivas la cooperación del jefe del Departamento de Fomento del Municipio, el arquitecto Emilio Vasconcelos, y del Historiador de la Ciudad, quien contribuyó proporcionando los datos fidedignos y grabados antiguos, que facilitaron la mayor veracidad histórica y urbanística en esos trabajos de rehabilitación. Esos datos históricos, así como la “Memoria descriptiva de las obras de reconstrucción del parque de la Plaza de Armas”, fueron recogidos en el ya citado volumen de los *Cuadernos de historia habanera*, titulado “La Habana Antigua: La Plaza de Armas”, con ilustraciones de su amigo el pintor Enrique Caravia. En esta ocasión, a pesar de los ingentes esfuerzos desplegados por el historiador, no pudieron localizarse las cuatro fuentes antiguas de mármol que adornaban la plaza, y tampoco fue posible realizar el patriótico empeño de Roig de sustituir la infausta imagen de Fernando VII por la de Carlos Manuel de Céspedes, cuyo glorioso nombre ostentaba aquel sitio desde 1923. Finalmente, la inauguración de las obras restauradoras de la Plaza de Armas se produjo el 16 de noviembre de 1935, día del patrón de la villa de San Cristóbal. Junto con la plaza fundacional, la Plaza de la Catedral

¹⁴ Emilio Roig de Leuchsenring, *Veinte años de actividades del Historiador de la ciudad de La Habana. 1935-1955*, ob. cit., vol. II, p. 246.

también recibió la atención de Roig aquel año, con la publicación del ensayo “El más bello rincón de La Habana colonial: la Plaza de la Catedral”, donde abogó por una restauración respetuosa e integral de ese espacio público.¹⁵

En otros casos, las acciones del binomio Roig-Belt estuvieron encaminadas a honrar a destacadas personalidades de la historia y la cultura universal, como sucedió al conmemorarse los aniversarios cerrados del nacimiento del pensador y polígrafo hebreo-español Maimónides y del poeta y dramaturgo Lope de Vega, y se promovió colocar cuadros de estos ilustres personajes en el Salón de Actos del Palacio Municipal, los cuales serían trasladados posteriormente a la Biblioteca Municipal. La comisión encargada de este homenaje estuvo integrada por Emilio Roig de Leuchsenring, Historiador de La Habana; Emilio Vasconcelos, jefe de Fomento Municipal; José Luciano Franco, jefe de Despacho del Catastro; Nicolás Guillén, auxiliar del Historiador y el doctor Fermín Peraza, director de la Biblioteca Municipal. Otros homenajes de la Oficina del Historiador a distinguidas figuras extranjeras fueron el develamiento de una escultura del sabio científico francés Luis Pasteur, inaugurado el 20 de julio de 1935 en el parque de Línea y H y, meses más tarde, el 18 de noviembre, se inauguró el conjunto escultórico del artista italiano Aldo Gamba, consagrado a la memoria del generalísimo Máximo Gómez Báez.

El prestigio alcanzado por Emilio Roig lo llevó a formar parte en este período de comisiones relacionadas con la defensa del patrimonio cultural, en la Sección de Protección a Monumentos Públicos de la Corporación Nacional del Turismo, y de agrupaciones de carácter social y político progresista, como la Asociación Nacional contra las Discriminaciones Racistas, presidida por Fernando Ortiz y de la cual Roig fue vicepresidente y de la Comisión Organizadora del Comité Nacional Pro-Abisinia. Para finales de 1935, a iniciativa de Roig, se

¹⁵ Emilio Roig de Leuchsenring, “El más bello rincón de La Habana colonial: la Plaza de la Catedral”, en *Festival Lope de Vega*, La Habana, Imprenta Escobar, 1935, pp. 12-17.

constituyó la Sociedad de Amigos de la Biblioteca Nacional: "...con el propósito de rescatar esta institución del estado desastroso que sufría y colocarla a la altura que requería un país culto y civilizado".¹⁶ Ese propio año comenzó a colaborar en la revista *Universidad de La Habana*, con un artículo titulado "La Enmienda Platt, consecuencia y ratificación de la inalterable política seguida por el estado norteamericano contra Cuba desde 1805",¹⁷ (el capítulo XIX de su libro sobre la Enmienda Platt) y publicó el ensayo "Los orígenes de la prensa periódica en Cuba".¹⁸

El año 1935 fue también pródigo en las colaboraciones de Roig para la importante revista *Carteles*, en la cual mantenía una sección fija bajo el rótulo "Páginas desconocidas u olvidadas de nuestra historia". En este apartado, el historiador publicó a lo largo del año un total de cuarenta y cinco artículos, en ellos abordó desde diferentes aristas las figuras históricas de Félix Varela, José Agustín Caballero, José María de Cárdenas, Ignacio Agramonte, Antonio Maceo, Enrique José Varona, José Martí y Máximo Gómez y se pronunció sobre temas como las corridas de toros, las calles habaneras, la historia colonial de La Habana, con especial destaque para las murallas que rodeaban la urbe, el Liceo de Regla, la Plaza de la Catedral, la Parroquial Mayor y la Ceiba y el Templete de la Plaza de Armas. También reseñó el libro de Gerardo Castellanos: *Panorama histórico. Ensayo de cronología cubana desde 1492 hasta 1933*.¹⁹

¹⁶ Araceli García Carranza, *Bio-bibliografía de Emilio Roig de Leuchsenring. 1889-1964*, ob. cit., t. I, p. 35.

¹⁷ Emilio Roig de Leuchsenring, "La Enmienda Platt, consecuencia y ratificación de la inalterable política seguida por el estado norteamericano contra Cuba desde 1805", *Universidad de La Habana*, enero-febrero, La Habana, 1935, pp. 119-147.

¹⁸ Emilio Roig de Leuchsenring, "Los orígenes de la prensa periódica en Cuba", *El periodismo en Cuba. Libro conmemorativo del Día del Periodista*, La Habana, 1935, pp. 19-29.

¹⁹ Araceli García Carranza, *Bio-bibliografía de Emilio Roig de Leuchsenring. 1889-1964*, ob. cit., t. II, pp. 158-161.

A solicitud de los tres candidatos que se postulaban para alcaldes de La Habana en las elecciones de enero de 1936 (Guillermo Tapia, Antonio Beruff Mendieta y Pelayo Cuervo), Emilio Roig redactó un texto de contenido normativo, en el cual plasmó lo que debía ser, a su juicio, las cuestiones fundamentales de índole administrativa, económica y social, que necesitaban ser incorporadas en sus respectivos programas de gobierno. La razón para ello la explica Roig del siguiente modo:

Como jamás me he negado a exponer, privada o públicamente, mi opinión, siempre y cuando goce de absoluta libertad de pensamiento, accedí gustoso y muy reconocido a las demandas anteriores, que para mí tienen la singular significación del unánime reconocimiento, por esas destacadas personalidades políticas, de mi interés constante, sin compromisos partidaristas, por los problemas políticos, económicos y sociales de Cuba, en general, y de La Habana, en particular.²⁰

Las consideraciones del historiador se publicaron con el sugestivo título de *Notas para un programa de buen gobierno municipal habanero*, un folleto en el que Roig expone de manera sintética su ideario social progresista y propone al ayuntamiento un conjunto de medidas enfocadas en los siguientes tópicos: la protección de la infancia, garantizar la educación infantil y crear escuelas de comercio, mecanografía y artes y oficios para los jóvenes; el mejoramiento de los servicios públicos de electricidad, gas, alumbrado y teléfonos; la supresión del monopolio sobre los artículos de primera necesidad; la defensa de la salud pública, velando por la higiene de las industrias elaboradoras de alimentos, droguerías y farmacias, así como en las casas de vecindad y ciudadelas; ofrecer asistencia social a quienes no tuvieran trabajo u otros medios de subsistencia; promulgar un reglamento contra la vagancia; actualizar el catastro de fincas rústicas y urbanas a fin de que realizaran el pago de

²⁰ Emilio Roig de Leuchsenring, *Notas para un programa de un buen gobierno municipal habanero*, La Habana, Molina y Cía., 1935, p. 5.

sus impuestos con honradez; disponer la rotulación de las calles y la correcta numeración de las casas; promover el cuidado del urbanismo y el ornato público; el establecimiento de un sistema eficiente de mercados en los barrios, poniendo fin al monopolio del Mercado Único; el fomento de la cultura, la creación de bibliotecas, museos, academias de bellas artes y teatros; la divulgación del acervo histórico; el mejoramiento del empleo; la atención al problema racial; el derecho al salario mínimo de los trabajadores; la construcción de viviendas dignas para la clase obrera; la organización adecuada del transporte de tranvías y ómnibus; proveer servicios de enterramientos dignos para las clases humildes y regular el funcionamiento de los cementerios, en particular el Cementerio de Colón, poniendo fin al abusivo control de la Iglesia Católica en ese camposanto.²¹ Un texto que, en opinión de la estudiosa de la obra de Roig, Araceli García Carranza, constituye un “verdadero programa social que respondía a los intereses del pueblo”.²²

Por último, me referiré, como dije al inicio, a la gran obra historiográfica dedicada por Roig a la Enmienda Platt. Desde hacía varios años, él había publicado trabajos relacionados con la injerencia de los Estados Unidos en los asuntos internos de Cuba, incluyendo la nefasta enmienda que había lesionado gravemente desde sus orígenes la soberanía cubana. Entre estos textos podemos mencionar: *La Enmienda Platt. Su interpretación primitiva y sus aplicaciones posteriores hasta 1921* (1922); *La injerencia norteamericana en los asuntos interiores de Cuba (1913-1921)* (1922); *Análisis y consecuencias de la intervención norteamericana en los asuntos interiores de Cuba* (1923) y *El intervencionismo, mal de males de Cuba republicana* (1931).

El ensayo de Roig consagrado al examen integral del ominoso y perjudicial anexo a la Constitución cubana de 1901, apareció publicado en dos volúmenes compactos, bajo el rótulo: *Historia de la*

²¹ Ídem, *passim*.

²² Araceli García Carranza, *Bio-bibliografía de Emilio Roig de Leuchsenring...*, ob. cit., p. 35.

*Enmienda Platt. Una interpretación de la realidad cubana.*²³ Este texto formaba parte de una trilogía que Roig pensaba consagrar al estudio de los que consideraba “los más hondos y vitales problemas de Cuba”, expresados por la presencia deletérea de los Estados Unidos en el devenir histórico cubano. La serie la conformarían tres volúmenes; I. *Los Estados Unidos contra Cuba Libre (1805-1902)*; II. *Historia de la Enmienda Platt* y III. *El imperialismo yanqui en Cuba (1902-1933)*. La obra debió ser alterada en su orden original, por la coyuntura histórica de haberse producido en 1934 la sustitución de la Enmienda y su Tratado Permanente por un Nuevo Tratado de Relaciones entre los Estados Unidos y Cuba.

La aspiración de Roig con este cardinal estudio consistía en denunciar cabalmente el nefasto mecanismo de dominación que la citada Enmienda había constituido para Cuba, provocando lo que denomina una “crisis de nacionalidad”, y dice que lo hace, metiendo “toda nuestra sangre en nuestras ideas”.²⁴ De tal modo, el objetivo se anuncia transparente desde el inicio con esta declaración de principios: “Este libro es un libro francamente antiimperialista, porque la absorción y explotación de Cuba por el imperialismo yanqui es una realidad que descubren y comprueban el historiador, el sociólogo y el economista, sea cual fuere su ideología”.²⁵ También declara que su paradigma de investigación es materialista, original en su análisis y dialéctico en su exposición, como lo fueron también los ensayos de Mella y Mariátegui, dos criaturas a las que Roig admiró tanto:

En nuestro estudio hemos aplicado el método materialista al análisis y explicación de los fenómenos históricos cubanos,

²³ Emilio Roig de Leuchsenring, *Historia de la Enmienda Platt. Una interpretación de la realidad cubana*, Cultural, La Habana, 1935. 2 t.; 2a. ed., Oficina del Historiador de la Ciudad, La Habana, 1961. 2 t.; 3a. ed., pról. de Eusebio Leal Spengler, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1973. El libro tuvo buena recepción crítica en artículos y reseñas escritas por Ángel Augier, Elías Entralgo y José Manuel Valdés Rodríguez, entre otros.

²⁴ Emilio Roig de Leuchsenring, *Historia de la Enmienda Platt*, ob. cit., t. I, p. XIV.

²⁵ Ídem.

porque lo juzgamos el propio y adecuado a la índole de estos fenómenos y el único que puede llevarnos, libres como estamos de intereses sectaristas y oportunistas que defender, a encontrar remedios y soluciones para los males políticos, económicos y sociales que padece nuestro país, los caminos a seguir para la construcción del futuro cubano, que no puede nunca estar cimentado en el cambio simplista de hombres y leyes, aunque sean indispensables desde luego, la eliminación de aquellos y la sustitución de estas, sino en la transformación total del régimen de colonia factoría que Cuba ha padecido y padece, en el rescate, para los elementos genuinamente populares y trabajadores, de la tierra y de la economía nacionales.²⁶

Con su prosa característica, ágil y combativa, Roig explora todas y cada una de las aristas del fenómeno histórico que conllevó a la adopción de la Ley Platt. Y con palabras afiladas llama las cosas por su nombre: a Estrada Palma lo considera el “padre cubano” de la Enmienda, y a esta un ilegítimo mecanismo de dominio, sucedáneo de la anexión directa, y continuador de la política secular de los Estados Unidos para controlar los destinos de Cuba. A la tiranía de Machado la define como “creada, mantenida y explotada por capitalistas y gobernantes yanquis”. Al nuevo Tratado de Relaciones, negociado con posterioridad a la caída de la dictadura, lo califica como una modificación del anterior de 1903 “para mejor servir los intereses imperialistas yanquis” y del Convenio de Reciprocidad Comercial derivado de aquel, firmado el 24 de agosto de 1934, concluye que “hunde aún más a Cuba en su condición de colonia factoría, gobernada a distancia, del imperialismo yanqui”.

Todo ello explica la absoluta identificación de Emilio Roig con la Revolución Cubana de 1959, resultado de una vida consagrada a luchar por los principales valores de nuestra historia y de nuestra identidad como nación, frente a los intereses neocoloniales de

²⁶ Ídem, p. XV.

Estados Unidos, y no hay palabras para expresarlo mejor que las del Comandante Fidel Castro, Primer Ministro del Gobierno Revolucionario, en el acto celebrado por la sociedad espeleológica de Cuba en la Academia de Ciencias, el 15 de enero de 1960, cuando afirmó: “Y aquí a nuestro lado está un verdadero maestro de nuestra historia, Roig de Leuchsenring (APLAUSOS), que ha escrito la historia de los esfuerzos de nuestra nación durante más de un siglo por ser una nación libre, por ser una nación soberana, donde pudiese desarrollarse un pueblo libre y feliz”.²⁷

Esos fueron, expresados de manera diáfana y elocuente, los verdaderos ideales que siempre defendió, con su pluma de escritor y con su compromiso cívico, quien fue nombrado el 1ro. de julio de 1935 Historiador de La Habana.

1ro. de julio de 2020

²⁷ Discurso pronunciado por el Comandante Fidel Castro Ruz, Primer Ministro del Gobierno Revolucionario, en el acto celebrado por la Sociedad Espeleológica de Cuba, en la Academia de Ciencias, el 15 de enero de 1960. Disponible en: <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1960/esp/f150160e.html>

LA SOCIEDAD CUBANA DE ESTUDIOS HISTÓRICOS E INTERNACIONALES Y LA DEMOCRATIZACIÓN DE LA CULTURA (1940-1964)

Los miembros de la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales se han consagrado a una gran empresa de crítica y revaloración históricas, inspirada en un sano patriotismo y un alto sentido de responsabilidad cívica, porque saben que todo pueblo necesita conocer la verdad de su historia, ya que en ella radica la razón de su existencia, y en ella ha de encontrar su guía para el presente, su luz para el futuro.

EMILIO ROIG DE LEUCHSENRING

En el año 1940 vio la luz, bajo el sello de la imprenta La Verónica, propiedad del poeta malagueño Manuel Altolaguirre, un breve folleto titulado: *Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales. Reglamento*,¹ de la autoría del doctor Emilio Roig de Leuchsenring, quien fue el promotor y presidente de esa corporación desde ese propio año hasta su fallecimiento en 1964. El Reglamento de la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales (SCEHI) fue escrito en trece hojas a máquina y

¹ *Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales. Reglamento*, La Habana, Imprenta La Verónica, 1940, 27 pp.

firmado el 30 de mayo de 1940,² se presentó al Negociado de Asociaciones del Gobierno Provincial de La Habana el 4 de junio, fue aprobado por el gobernador provincial cuatro días más tarde y finalmente la asociación quedó constituida legalmente el 25 de junio de 1940, al ser inscrita con el número 10 982 en los Libros de Registros Especiales del Gobierno Provincial.

En el ejemplar que se conserva en la Biblioteca Histórica Cubana y Americana Francisco González del Valle, de la Oficina del Historiador de la Ciudad, el texto del reglamento aparece precedido por varias páginas mecanografiadas y en ellas se consignan las diferentes juntas directivas de la Sociedad, las cuales eran electas cada dos años. La primera de esas juntas, escogida para el bienio 1940-1942, tenía como presidente al doctor Roig; vicepresidente a Francisco González del Valle; secretario a Julio Le Riverend; vicesecretario a José Antonio Portuondo; tesorero a Miguel Jorrín y vicesesorero a Fermín Peraza Sarauza. Los vocales de este gremio lo integraban Fernando Ortiz, Gerardo Castellanos García, Mario Guiral Moreno, Julio Villoldo, Manuel Bisbé, Salvador Massip, Raquel Catalá, Enrique Gay Calbó, Manuel Piedra Martel, Herminio Portell Vilá, Federico Castañeda, Elías Entralgo, José Antonio Ramos, José Luciano Franco, Manuel Isidro Méndez y José María Bens Arrarte.³

² Ídem, p. 27. Los firmantes del documento original fueron: Emilio Roig de Leuchsenring, Enrique Gay Calbó, Francisco González del Valle, Raquel Catalá, Mario Guiral Moreno, Gerardo Castellanos García, Federico Castañeda, Julio Villoldo, Julio Le Riverend, Manuel Isidro Méndez, José Luciano Franco, José Antonio Ramos, Salvador Massip, Herminio Portell Vilá, Miguel Jorrín, Manuel Bisbé y Manuel Piedra Martel.

³ Durante toda la existencia de la Sociedad (1940-1964) fue Roig electo como su presidente, y el resto de los cargos fueron rotativos, aunque desde 1950 y hasta su desaparición ocupó la vicepresidencia José Luciano Franco. Entre los vocales que formaron parte de la junta directiva en años sucesivos estuvieron Manuel Bisbé (1948-50, 1950-52, 1952-54, 1954-56, 1956-58); Herminio Portell Vilá (1948-50, 1952-54, 1954-56, 1956-58, 1958-60); Leví Marrero (1948-50, 1950-52, 1952-54, 1954-56, 1956-58, 1958-60); Carlos Rafael Rodríguez (1948-50, 1950-52, 1954-56, 1956-58, 1958-60, 1960-62, 1962-64); Fernando

Se trataba de un grupo de personalidades de profesiones distintas, ideologías dispares y generaciones diferentes, que básicamente coincidían en dos aspectos esenciales: ser amantes, escritores y divulgadores de la historia, y pertenecer al círculo de amigos y cómplices de Emilio Roig, quien desde 1935 había sido nombrado Historiador de La Habana y tres años más tarde había fundado la Oficina del Historiador de la Ciudad. Eran estos: "...un grupo de los más asiduos amigos y colaboradores del Historiador de la Ciudad de La Habana en diversos empeños cívicos y culturales (...) movidos del deseo de infundir un hálito de renovación en el estudio y la divulgación de la historia, prestándole un mayor dinamismo, una aplicación más directa a las realidades actuales de nuestra vida nacional, y tratando de atraer hacia los asuntos históricos una más interesada atención por parte del público en general".⁴ Precisamente por la heterogeneidad de sus integrantes, el propio Roig consideraba que: "La Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales ha sido siempre ajena a todo interés partidista, político o religioso, quedando en libertad cada uno de sus miembros de ejercitar, individualmente, los derechos democráticos sobre afiliación en asociaciones o partidos y profesión de religión y ejercicio de culto que la Constitución de la República reconoce y garantiza".⁵

Portuondo (1948-50, 1950-52, 1952-54, 1954-56, 1956-58); René Herrera Fritot (1950-52, 1954-56); Manuel Isaías Mesa Rodríguez (1950-52, 1958-60, 1960-62, 1962-64); Hortensia Pichardo (1950-52, 1952-54, 1956-58, 1958-60, 1960-62, 1962-64); Carlos García Robiou (1954-56, 1956-58, 1958-60, 1960-62); Antonio Núñez Jiménez (1954-56, 1956-58, 1960-62, 1962-64); José Conangla Fontanilles (1958-60, 1960-62, 1962-64); Francisco Ponte Domínguez (1960-62); José López Sánchez (1960-62, 1962-64); Juan Marinello (1962-64); Sergio Aguirre (1962-64); Salvador Vilaseca (1962-64) y Luis Felipe Le Roy (1962-64).

⁴ Emilio Roig de Leuchsenring, *Veinte años de actividades del Historiador de la ciudad de La Habana, 1935-1955*, ob. cit., p. 295.

⁵ Ídem, p. 303.

La afirmación de que se trataba de una asociación de nuevo tipo, transformadora de los estudios historiográficos y cuyos fines eran la democratización de los saberes propios del conocimiento histórico, constituía una crítica implícita a los procedimientos y resultados intelectuales de la otra institución dedicada a este menester, la Academia de la Historia de Cuba, una corporación de más antigua data (creada en 1910), varios de cuyos integrantes fueron invitados a formar parte de esta organización renovadora. Antes de su conformación, Emilio Roig envió copia del Reglamento que debería regir la nueva corporación a varios intelectuales y amigos, con el ánimo de que le dieran sus opiniones y dictaminaran sobre sus diferentes puntos. Una de las respuestas más elocuentes la ofreció Gerardo Castellanos García, para quien el documento estaba “bien enfocado, bien estudiado y planteado” y señalaba de manera particular varios apartados como “un trompetazo clamorosamente político”, toda vez que la Sociedad “según ellos, tendrá a la vez carácter combativo-político, porque se propone mezclarse en infinidad de problemas que no son los esenciales de los estudios históricos”.⁶

Menos atractivo resultó el proyecto para Emeterio Santovenia, Joaquín Llaverías y Gonzalo de Quesada y Miranda, miembros de la Academia de la Historia de Cuba, quienes respondieron a Roig con cortesía, agradeciéndole su envío, pero declinando participar en la nueva institución en virtud de los siguientes argumentos:

No dudamos, tras su lectura, de la buena fe de quienes lo han redactado. Pero es lo cierto, sin duda a causa de la índole de la Sociedad en organización, que resulta evidente y sería inevitable la similitud de algunas de sus funciones principales con las privativas de la Academia de la Historia de Cuba. Creemos sinceramente que, a despecho de las rectas intenciones de los iniciadores de la Sociedad, el desarrollo de sus actividades dará

⁶ “Carta de Gerardo Castellanos a Emilio Roig, 18 de abril de 1940”, en Emilio Roig de Leuchsenring, *Epistolario*. Compilación y notas de Nancy Alonso González y Grisél Terrón Quintero. Libro Primero. Ediciones Boloña, La Habana, 2009, p. 192.

la sensación de ser un organismo semejante a la Academia y aparecerá frente a esta como su rival. Pensando y hablándote con la franqueza a que nos obliga nuestra estrecha y antigua amistad, tenemos que decirte que nos consideramos impedidos de participar del honor de ser componentes de la Sociedad, mientras permanezcamos en el seno de la Academia.⁷

Roig contestó a esta misiva, recordándoles a los remitentes que la nueva Sociedad no solo tendría resultados dedicados al cultivo del conocimiento histórico, sino que esta propendía a desenvolver “actividades cívicas colectivas en defensa de todo cuanto pueda afectar nuestra soberanía, los altos intereses políticos, económicos e internacionales de la República, o signifique olvido de los ideales patrióticos y revolucionarios cubanos”.⁸ El historiador de la ciudad deploraba la negativa de Santovenia, Llaverías y Quesada y se asombraba de que su única razón fuera suponer una interferencia de la Sociedad en las labores de la Academia de la Historia, de la cual Roig también era miembro.⁹ Asimismo, les echaba en cara la pretensión de que “en Cuba solo debe existir una sociedad dedicada al estudio de la historia, y que esta sea oficial”.¹⁰ Y concluía razo-

⁷ “Carta de Emeterio Santovenia, Joaquín Llaverías y Gonzalo de Quesada y Miranda a Emilio Roig, 19 de abril de 1940”, en Emilio Roig de Leuchsenring, *Epistolario*, ob. cit., p. 194.

⁸ Ídem, p. 195. “Carta de Emilio Roig a Emeterio Santovenia, Joaquín Llaverías y Gonzalo de Quesada y Miranda, 25 de abril de 1940”.

⁹ El ingreso de Emilio Roig a la Academia de la Historia fue propuesto en 1921, en sustitución del académico Alfredo Miguel Aguayo, pero su entrada efectiva no se produjo hasta el 29 de septiembre de 1938. El tema elegido por el doctor Roig para su trabajo de ingreso fue “Martí en España y la España de Martí” y su discurso de recepción estuvo a cargo de Gerardo Castellanos García. Véase: Academia de la Historia de Cuba, *Discursos leídos en la Recepción pública del Dr. Emilio Roig de Leuchsenring, la noche del 29 de septiembre de 1938. Contesta en nombre de la Corporación el Sr. Gerardo Castellanos G., Académico de Número*, Impr. El Siglo XX, La Habana, 1938, 302 pp.

¹⁰ “Carta de Emilio Roig a Emeterio Santovenia, Joaquín Llaverías y Gonzalo de Quesada y Miranda, 25 de abril de 1940”, ob. cit., p. 196.

nando que: “Lejos de hallarse en pugna la Academia y la Sociedad, pueden convivir sin rozamientos y hasta ayudarse mutuamente, sobre todo la Sociedad a la Academia, demandando para esta, de los poderes públicos, en forma que no le es dable llevarlo a cabo la Academia por ser parte interesada y por su carácter oficial, la debida protección económica y de toda índole, para que pueda cumplir cabalmente sus funciones”.¹¹ Al final de la carta, Roig les recuerda a cada uno sus antiguas críticas y resentimientos en contra de la Academia que decían defender¹² y los invita a rectificar en su juicio y unirse a la nueva corporación, lo que finalmente hicieron. Tanto Llaverías como Quesada, alcanzaron la condición de Socios de Honor posteriormente, pero las fricciones entre la Academia de la Historia de Cuba y la Sociedad... afloraron dos años más tarde, bajo la primera presidencia de Emeterio Santovenia, lo que conllevó a la renuncia de Roig, so pretexto de una disputa formal relacionada con la entrada de Enrique Gay Calbó a la Academia,

¹¹ Ídem, p. 196.

¹² *Ibidem*. “Me asombra, por último, ese desbordado entusiasmo que ustedes revelan en su carta, por la Academia de la Historia, y que los lleva al más cerrado de los exclusivismos, cuando tú, Emeterio, me manifestaste no hace mucho estar de tal modo disgustado e inconforme con la marcha de la Academia que ya habías suprimido en tus últimas obras poner debajo de tu nombre, ‘de la Academia de la Historia’; cuando tú, Gonzalito, al anunciarte por teléfono el envío de esa carta, me expusiste que tu interés primordial en seguir perteneciendo a la Academia de la Historia era ver lograda la publicación de los papeles de tu padre; y tú, Joaquín, más de una vez me has dado a conocer tu desacuerdo con ciertas inactividades o con actividades equivocadas de la Academia. Y siempre que yo he cambiado impresiones con alguno de ustedes tres sobre el desenvolvimiento de la Academia de la Historia, hemos coincidido en casi todas las críticas y censuras, basadas muchas de ellas en la heterogeneidad de su composición y trabas a su desenvolvimiento, por su carácter oficial y abandono en que la tiene el Estado, lo cual no quiere decir, como ustedes son claros ejemplos, que yo pueda ser considerado enemigo de la Academia de la Historia y mucho menos partidario de poner frente a ella una sociedad que le haga sombra o la anule (...). ¿O es que la Academia de la Historia sufre tan precaria vida que no podría resistir la aparición de otra sociedad, particular, que entre sus varias actividades tuviera los estudios históricos?”.

y a su abandono del cenáculo académico en el verano de 1942.¹³ Sin embargo, la ruptura de relaciones entre ambas instituciones no fue definitiva y, en opinión del estudioso de la Academia, Reinaldo Funes:

Sin duda la salida de Roig fue una sensible baja. Aparte del conflicto por los formalismos académicos, sería difícil determinar otros motivos que pudieron estar detrás de su separación. En el trasfondo se podría tratar de una confrontación entre la postura antimperialista y nacionalista de los Congresos Nacionales de Historia y la SCEHI frente a otra más conservadora, representada por la Academia de la Historia. No obstante, es preciso advertir que esto no llevó a una ruptura absoluta entre Roig y la Academia o entre los académicos y la SCEHI. En los años siguientes Roig asistió a algunas de las sesiones públicas de la AHC e incluso se le invitó a formar parte de la presidencia y también solicitó documentos del archivo. En sentido inverso, una notable parte de los académicos de número o correspondientes participó asiduamente en los congresos y actividades de la SCEHI.¹⁴

Otro invitado que renunció a ingresar en la Sociedad en aquel momento fue el estudioso martiano Félix Lizaso, so pretexto de que deseaba permanecer aislado en su torre de marfil; desconfiaba de la eficacia de instituciones que no contaran con medios suficientes para

¹³ En su minucioso estudio sobre la Academia de la Historia de Cuba, Reinaldo Funes afirma que en el mayor dinamismo de esta bajo la presidencia de Emeterio Santovenia (1942-1958) “debió tener cierta influencia la mencionada aparición desde 1940 de la SCEHI”. Funes narra la disputa Roig-Gay Calbó-Santovenia y conjetura que este hecho quizás pudo estar motivado por “el recelo de la Academia y su nuevo presidente por la creación de la SCEHI. Sin embargo, ya habían pasado dos años desde la aparición de esta asociación, lo que complica buscar una relación causal tan directa”. Reinaldo Funes, “La Academia de la Historia de Cuba: panorama de su primera época (1910-1962)”, en *Memoria fundacional de la Academia de la Historia de Cuba*, La Habana, p. 45.

¹⁴ Ídem, pp. 45-46.

desenvolver su actividad y no quería ser responsable de acciones como las que propugnaba la Sociedad de índole política, nacionales e internacionales.¹⁵ Lo haría años más tarde y fue vocal durante varios bienios.

En términos estrictamente legales, la Sociedad Cubana... era una asociación privada, que colaboraba estrechamente con otra institución pública, como era la Oficina del Historiador, al coincidir en ambos casos la misma persona como dirigente máximo, y ello explica que:

Ha sido un caso peculiar de íntima colaboración fructífera entre una institución privada y un organismo oficial, sin que esta actuación conjunta que en muchos casos llega casi hasta la identificación, haya impedido que, cuando las circunstancias lo han exigido, la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales se haya pronunciado, por sí sola y con entera independencia, sobre asuntos de interés nacional, en uso de su derecho como entidad particular animada de alto espíritu cívico.¹⁶

Entre los propósitos de esta agrupación ilustrada, cuyo domicilio legal se encontraba ubicado en la calle Cuba no. 205 de la ciudad antigua, se destacaban, según lo expresado en el Reglamento:

1. Desarrollar el conocimiento y estimular el estudio de la historia de Cuba, en particular, y de la del resto de América, en general, así como los de aquélla y ésta en relación con los pueblos del Viejo Mundo vinculados a los países americanos, política, económica o socialmente.
2. Llevar a cabo investigaciones y estudios de historia nacional y continental.

¹⁵ Ídem, p. 199. "Carta de Félix Lizaso a Emilio Roig de Leuchsenring, 23 de mayo de 1940".

¹⁶ Emilio Roig de Leuchsenring, *Veinte años de actividades del Historiador de la ciudad de La Habana, 1935-1955*, ob. cit., p. 303.

3. Divulgar dichos estudios mediante conferencias, debates, discursos y publicaciones de toda índole, utilizando ya los medios orales y tipográficos tradicionales, ya los modernos del radio, la televisión y el cinematógrafo, etc.
4. Celebrar actos públicos conmemorativos de acontecimientos nacionales o continentales y enaltecedores o enjuiciadores de personalidades cubanas o americanas, o de otros países que hayan actuado o intervenido de alguna manera en asuntos de Cuba o de la América.
5. Crear y mantener, abierta al servicio público, en esta capital, una Biblioteca Histórica Cubana y Americana, y promover la creación y el mantenimiento de otras análogas en la República.¹⁷

A los fines antes citados, se sumaban un número de tareas relacionadas con la enseñanza de la historia de Cuba en las escuelas, preferiblemente por profesores cubanos graduados de las escuelas normalistas o de las facultades de Filosofía y Letras y Educación de la Universidad de La Habana; y otras encaminadas a la divulgación histórica; la conservación y restauración de monumentos y documentos de valor histórico excepcional; la defensa de los archivos, tanto privados como oficiales, impidiendo su ocultamiento o traslado al extranjero y el estudio y preservación de las tradiciones populares y folclóricas. Varias disposiciones tenían un matiz decididamente nacionalista y de defensa de la soberanía cubana, e incluso se pronunciaba contra las agresiones imperialistas a los pueblos de Nuestra América:

13. Velar, mediante actuación directa ante las autoridades de la República, por el prestigio de ésta en el orden internacional y el reconocimiento y respeto de su soberanía,

¹⁷ *Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales. Reglamento*, ob. cit., pp. 9-10.

tanto por los nacionales como por los extranjeros residentes en Cuba, y por los gobiernos, entidades o ciudadanos de los demás países.

14. Protestar ante la opinión pública y denunciar ante los tribunales de justicia, si procediere, a cuantos pretendieren recabar o recabasen la injerencia extranjera en los asuntos internos e internacionales cubanos.
15. Combatir la actuación de aquellos gobernantes cuyos actos constituyan por comisión u omisión una amenaza a la soberanía nacional.
16. Estimular por todos los medios posibles la integración de una economía nacional, como base de la independencia política.
17. Pronunciarse, previo el estudio de cada caso, contra las manifestaciones imperialistas de cualquier país de América a expensas de otro país americano, e igualmente contra campañas o actuaciones que pudiesen quebrantar la solidaridad continental.¹⁸

Otros aspectos progresistas de este Reglamento tenían que ver con lo que denomina: “Plantear científicamente los problemas relacionados con la convivencia de las diversas razas que integran la población cubana, a fin de propiciar la efectiva compenetración entre ellas, mediante la extinción de los prejuicios que se le opongan” y de igual manera se proyectaba a: “Insistir en la completa devaluación de los prejuicios sociales de clase o familia, incompatibles con las categorías universales y legítimamente humanas del talento, la cultura y el esfuerzo personales”.¹⁹ Se trataba de un verdadero programa cívico y de conciencia pública, que rebasaba los límites de lo estrictamente histórico, y tocaba varios de los males más lacerantes de la vida republicana, como la pérdida de la soberanía a manos de gobiernos antipopulares, la formación

¹⁸ Ídem, pp. 12-13.

¹⁹ Ídem, pp. 13-14.

patriótica de los niños en las escuelas o los temas relacionados con la discriminación racial y otras formas prejuiciosas.

Los miembros de la corporación se dividían en tres tipos: socios titulares en número de veintidós, correspondientes al de los fundadores, socios de honor²⁰ y socios colaboradores.²¹ La condición de socios colaboradores también se extendía a otros países de América Latina y los Estados Unidos.²² La categoría de socio de honor se

²⁰ En ocasión de recibir la condición de socio de honor, escribió Fernando Ortiz a Emilio Roig, en agosto de 1947: “He recibido su comunicación por la cual se me notifica haberme concedido el título de Socio de Honor de esa Sociedad por usted presidida. Esta distinción, hija de la generosidad de usted y de los miembros de dicha sociedad es para mí muy honrosa y la agradezco profundamente, rogándole se sirva recibir por muy sinceras, estas expresiones de mi gratitud y transmitirla a sus compañeros”. “Carta de Fernando Ortiz a Emilio Roig de Leuchsenring, 29 de agosto de 1947”, en *Correspondencia de Fernando Ortiz. 1940-1949*, ob. cit., p. 395.

²¹ A mediados de los años cincuenta, los socios colaboradores formaban un extenso listado, donde descollaban nombres como los de Ángel Augier, Enrique Caravía, Gustavo Du-Bouchet, Aníbal Escalante, Salvador García Agüero, Ramiro Guerra, Antonio Hernández Travieso, Francisco Ichaso, Luis F. Le Roy, Juan Marinello, Rafael Nieto Cortadellas, Felipe Pazos, Felipe Pichardo Moya, José Rivero Muñiz, Emeterio Santovenia, Salvador Vilaseca, Medardo Vitier y Sara Ysalgué. En las provincias el número de socios colaboradores era menor, pero también podía mostrar nombres de valía como Enrique y Pedro Cañas Abril, Gregorio Delgado Fernández, Francisco Fina García, Segundo A. Marín García, Felipe Martínez Arango, José Antonio Portuondo y Leonardo Griñán Peralta.

²² Fueron socios colaboradores de La Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales en el extranjero: Enrique de Gandía (Argentina); Enrique Ortega Ricaurte (Colombia); Tulio E. Tascón (Colombia); Sinforoso Aguilar (Guatemala); José Humberto R. Castellanos (Guatemala); J. Fernando Juárez Muñoz (Guatemala); José Joaquín Pardo (Guatemala); Carlos Gándara Durán (Guatemala); Carlos Martínez Durán (Guatemala); Ricardo Castañeda Paganini (Guatemala); Ernesto Alvarado García (Honduras); Pedro Rivas (Honduras); Esteban Guardiola (Honduras); María Trinidad del Cid (Honduras); Salvador Turcios T. (Honduras); Jenaro Artilles (Estados Unidos); John Tate Lanning (Estados Unidos); Ralph S. Boggs (Estados Unidos); Miguel Jorrín (Estados Unidos); William H. Morales (Estados Unidos); Enrique Noble (Estados Unidos); Duvon

confería a aquellos que fueran designados para presidir los Congresos Nacionales de Historia (iniciados a partir de 1942),²³ y a extranjeros que se hubieran destacado por sus grandes servicios a la sociedad y a los estudios históricos. Aun así, existía una cierta flexibilidad en esta membresía:

No se trata de categorías inmutables: comoquiera que la Sociedad se considera primordialmente un organismo de trabajo, cualquier socio titular pasa a la categoría de colaborador cuando por ausencia o por cualquier otra causa no puede prestar su concurso con plena eficacia, eligiéndose para sustituirlo como titular a alguno de los socios colaboradores que hayan demostrado su mayor compenetración con los fines y especialmente con las labores de la Sociedad. Por esta razón, los titulares han de residir exclusivamente en La Habana, en tanto que los colaboradores se nombran en esta capital, en el interior de la Isla o en el extranjero.²⁴

Un dato revelador de la índole democratizadora de la cultura que estimulaba la Sociedad Cubana..., era la disposición de que todos los actos públicos celebrados por la asociación serían de libre asistencia de los interesados “sin necesidad de invitación personal ni reserva de puestos especiales”; asimismo, los miembros titulares de la corporación se comprometían a “poner sus bibliotecas particulares al servicio del público, a través de la Biblioteca Histórica

C. Corbitt (Estados Unidos); Manuel Piedra (Estados Unidos); Manuel Pedro González (Estados Unidos); Roscoe R. Hill (Estados Unidos) y Jorge Vivó (México).

²³ Entre los socios de honor estaban, en su condición de presidentes de los Congresos Nacionales de Historia: Fernando Ortiz, Eduardo Martínez Dalmau, Gerardo Castellanos García, Federico Pérez Carbó, Joaquín Llaverías, José A. Martínez Fortún, Ulises Cruz Bustillo, Mario Guiral Moreno, Miguel Varona Guerrero, Enrique Gay Calbó, Félix Lizaso, Manuel Isidro Méndez, Manuel I. Mesa Rodríguez, Gonzalo de Quesada Miranda y Manuel J. Béquer.

²⁴ *Veinte años de actividades del Historiador de la ciudad de La Habana, 1935-1955*, ob. cit., pp. 295-296.

Cubana y Americana, que será integrada por estas aportaciones individuales, pero conservando cada socio la propiedad de las obras en tal forma facilitadas”.²⁵ Del mismo modo, se estipulaba que, en caso de fallecimiento del titular, su archivo particular y biblioteca privada serían objeto de examen por al menos dos miembros de la Sociedad Cubana..., quienes aconsejarían y auxiliarían a la familia sobre el mejor destino de esos bienes intelectuales.

El Reglamento también protegía la condición de sus socios como trabajadores intelectuales y en tal sentido establecía un grupo de prohibiciones relacionadas con la participación sin retribución en tribunales o jurados de certámenes y concursos, y la impartición gratuita de conferencias, charlas, cursos, lecciones o lecturas en actos patrocinados por el estado, provincias, municipios o entidades privadas, exceptuándose de lo anterior aquellas acciones que tuvieran lugar con fines cívicos, de bien público, educativos o culturales.²⁶

El ideal de Roig, tanto en la labor de la Oficina y en sus organismos auxiliares (la Biblioteca, el Museo y el Archivo), como en la Sociedad Cubana... era lograr que el conocimiento de la historia nacional se convirtiera en un fin de utilidad pública, en la puesta en valor de este conocimiento como función social. Se trataba, en palabras de Roig de: “...lo que podríamos llamar la democratización de los conocimientos históricos, mediante el esfuerzo deliberado y continuo de dar a todas sus actividades una amplia proyección popular”.²⁷ Y agregaba que para sus miembros, la faena historiográfica: “...ni ha sido, ni será nunca simple tarea erudita, narrativa o apologética, sino estudio y discernimiento de los verdaderos factores económicos, sociales y humanos que constituyen las raíces de nuestra integración nacional”.²⁸

²⁵ *Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales. Reglamento*, ob. cit., pp. 18-19.

²⁶ Ídem, pp. 21-24.

²⁷ *Veinte años de actividades del Historiador de la ciudad de La Habana, 1935-1955*, ob. cit., p. 298.

²⁸ Ídem, p. 299.

Resulta indudable que el mayor esfuerzo intelectual desplegado por la Sociedad Cubana..., de conjunto con la Oficina del Historiador, estuvo relacionado con la organización, celebración y difusión de los Congresos Nacionales de Historia, celebrados de manera sistemática entre 1942 y 1960, con un total de trece ediciones. En estos cónclaves de historiógrafos y divulgadores del pasado se dieron cita los mejores exponentes del pensamiento cubano de la época, y fue un verdadero semillero de ideas renovadoras, de interpretaciones fecundas y de significativo progreso en el conocimiento de procesos, figuras y hechos históricos. En su alocución en el Primer Congreso, Roig hacía patente la consagración nacionalista, popular y patriótica de sus miembros:

Y todos cuantos formamos parte de la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales sentimos la necesidad imperiosa de revalorar nuestra historia y la historia de América y darle el dinamismo indispensable para hacer llegar la cultura histórica al pueblo a fin de reforzar la conciencia cubana y americana. No es nuestra Sociedad, por lo tanto, una reunión, capilla o panteón de hombres más o menos ilustres, ni una concentración de *pachecos* intelectuales, sino que constituye un grupo de trabajadores del pensamiento que se preocupan fundamentalmente por los destinos de nuestro pueblo y por el robustecimiento de la conciencia nacional. Pensamos que la inteligencia y la sabiduría sólo tienen un valor humano apreciable cuando se proyectan en forma de servicio popular.²⁹

Y agregaba que: “En la Sociedad se agrupan hombres y mujeres de diversas ideologías, pero unidos fraternalmente por el amor a Cuba, por la fe democrática, por la devoción a la libertad y al progreso, por la ausencia total de prejuicios discriminadores, por amplio espíritu de solidaridad americana, y por la repulsión a todo reaccionarismo despótico y explotador, ya lleve la máscara del viejo absolutismo, ya la del moderno totalitarismo”.³⁰

²⁹ Ídem, p. 302.

³⁰ Ídem, p. 304.

Desde su misma fundación, la Sociedad Cubana desplegó un activo programa de conferencias y cursos sobre diferentes temáticas historiográficas, entre ellas las dedicadas a la “Conmemoración del 150 aniversario de la fundación del *Papel Periódico de La Habana*”; “Los grandes movimientos políticos cubanos en la Colonia y en la República (Colonialismo, Reformismo, Anexionismo, Autonomismo, Independentismo, Injerencia, Reconquista y Nacionalismo)”; “Actitud de Cuba ante el conflicto bélico europeo y posibilidades de la participación de América en el mismo”; “Vida y pensamiento de Martí”; “Historia de la independencia en América”; “Homenaje a Martí en el cincuentenario de la fundación del Partido Revolucionario Cubano”; “Contribución de Cuba a la causa de la democracia: dos siglos de lucha por la libertad”; “Homenaje a los mártires de 1851” y a figuras descollantes del devenir insular como el propio Martí, el presbítero Félix Varela, José de la Luz y Caballero y los próceres de la gesta independentista. También fueron homenajeados en sus centenarios Domingo Figarola Caneda (enero 1952) y Víctor Hugo (junio 1952). Asimismo, se realizó una exposición fotográfica por los 400 años de los monumentos en La Habana (marzo 1955); un acto por el 130 Aniversario del Congreso Anfictiónico de Panamá (junio 1956) y por el sesquicentenario de la Junta de Caracas, iniciadora de la independencia de Venezuela (abril 1960). Con todo este ambicioso programa de coloquios, charlas, conferencias, exposiciones y cursos, la Sociedad Cubana... trataba de cumplir su propósito de:

Continuar, intensificándola cada vez más, la prédica nacionalista, iniciada (...), por nuestra Sociedad, desde su fundación, hasta que logremos escalar la cumbre de nuestras más caras aspiraciones patrióticas: vencer el derrotismo, destruir el complejo de inferioridad que sufre nuestro pueblo, y conseguir que renazcan y se arraiguen en él la fe y la confianza en el propio esfuerzo, virtudes máximas que poseyeron los cuatro grandes de nuestra guerra libertadora del 95: Martí, Maceo,

Gómez y García. Precisamente como historiadores nos incumbe de modo especialísimo esta tarea patriótica, porque en la tergiversación de la verdad histórica sobre nuestra última contienda emancipadora descubrimos las raíces de nuestro derrotismo republicano.³¹

Entre los logros fundamentales de la Sociedad Cubana... expresados en las conclusiones y recomendaciones de los Congresos Nacionales de Historia, estuvo suscribir y divulgar las tesis nacionalistas de Roig sobre la guerra hispano-cubano-americana, cuyo corolario fue la sentencia de que Cuba no debía su independencia a los Estados Unidos. Al decir de Julio Le Riverend, la mayor trascendencia de los Congresos estuvo en: "...la participación de muchos profesores y maestros que, sin duda, transmitieron a sus alumnos las conclusiones fundamentales de las variadas temáticas discutidas en sus sesiones. Fueron crisol de investigación y forja de conciencia".³²

Y si los Congresos fueron "la actividad principalísima de la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales en el terreno de lo nacional",³³ a ello se sumó también una intensa labor latinoamericanista y de solidaridad continental, ejemplificada en la iniciativa de colocar en el Parque de la Fraternidad Americana:

La efigie de los más grandes hombres del Continente en quienes se han personificado los ideales de América. Lanzó la Sociedad esta idea, consagrando sus mejores entusiasmos a su realización, y merced a la colaboración de otras instituciones culturales y cívicas, y de algunos organismos del Gobierno, se ha convertido en hecho tangible, con las imágenes, en espléndidas obras del arte escultórico, que representan a Bolívar, Lincoln, Juárez, San Martín, Pétion y Artigas —próceres que

³¹ Ídem, p. 309.

³² Julio La Riverend, "Emilio Roig de Leuchsenring. Como un estilete de luz", *Bohemia*, La Habana, año 81, no. 34, 25 de agosto de 1989, p. 60.

³³ *Veinte años de actividades del Historiador de la ciudad de La Habana, 1935-1955*, ob. cit., p. 313.

en la epopeya libertadora y en sus patrias respectivas encarnaron el ideal de la magna ideación americana—, y que se alzan en sendos ángulos de los cuadrantes del Parque, faltando solamente, para completar el proyecto de la Sociedad, que sean erigidos los monumentos en honor del gran antillano Eugenio María de Hostos y del gran centroamericano Francisco Morazán.³⁴

Toda la faena intelectual de Roig se caracterizó por su labor aglutinadora en otras instituciones de la ciencia, la sociedad civil y la educación republicana, de conjunto con las cuales organizó su formidable plan democratizador de la cultura. Entre ellas pueden citarse: Archivo Nacional, Asociación de Antiguos Alumnos del Seminario Martiano, Asociación Nacional de Emigrados Revolucionarios, Comisión de Monumentos, Edificios y Lugares Históricos y Artísticos Habaneros, Corporación Nacional del Turismo, Club Atenas de La Habana, Escuela Nacional de Periodistas, Escuela Normal de La Habana, Gran Logia de Cuba, Instituto de Investigaciones Folklóricas, Junta Nacional de Arqueología y Etnología, Sociedad Colombista Panamericana, Sociedad Cubana de Historia de la Medicina, Sociedad de Geografía e Historia de Oriente y las universidades de La Habana, Las Villas y Oriente.

Numerosas publicaciones vieron la luz bajo el amparo de la Sociedad Cubana... entre las cuales podemos mencionar: “Abraham Lincoln”, discurso pronunciado por el doctor Herminio Portell Vilá, en el acto de la inauguración del monumento a Lincoln, en la Plaza de la Fraternidad Americana, La Habana, octubre 12 de 1942; “Los grandes movimientos políticos cubanos en la República: Ingerencia, Reacción, Nacionalismo”, por Emilio Roig de Leuchsenring, 1943; “La República de Martí”, por Emilio Roig de Leuchsenring, 1943; “Primer Congreso Nacional de Historia”, La Habana, octubre 8-12, 1942; “Historia y cubanidad”,

³⁴ Ídem, p. 313.

discurso pronunciado en la inauguración del Segundo Congreso Nacional de Historia por el presidente del Comité Organizador doctor Emilio Roig de Leuchsenring y por el presidente del Congreso, monseñor Eduardo Martínez Dalmau, 1943; “Weyler en Cuba, un precursor de la barbarie fascista”, por Emilio Roig de Leuchsenring, 1947; “Defensa de Cuba: Vida y obra de Manuel Sanguily”, por Emilio Roig de Leuchsenring, 1948; “Sugerencias para un programa de buen gobierno”, presentada al doctor Carlos Prío Socarras, presidente de la República, por la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales, 1948; “Cuba y los Estados Unidos, 1805-1898. Historia documentada de la actitud disímil del Estado y del pueblo norteamericanos en relación con la independencia de Cuba”, por Emilio Roig de Leuchsenring, 1949; “Cuba NO debe su independencia a los Estados Unidos”, trabajo presentado por Emilio Roig al Noveno Congreso Nacional de Historia, 1950; “Sugerencias para una oportuna y digna conmemoración del centenario del nacimiento de Martí, presentadas a los poderes Ejecutivo y Legislativo de la república”, La Habana, 1951; “Antonio Maceo, ideología política. Cartas y otros documentos”. Edición nacional del centenario de su nacimiento, 1950-1951; “Antonio Maceo. Apuntes para una historia de su vida”, por José L. Franco, 3 vols.; “Don Federico Henríquez y Carvajal, hermano de Martí en la defensa de la justicia y la libertad”, por Emilio Roig de Leuchsenring, 1952; “La República de Martí”, por Emilio Roig de Leuchsenring, 1953; “Martí, antiimperialista”, por Emilio Roig de Leuchsenring, 1953; “El americanismo de Martí”, por Emilio Roig de Leuchsenring, 1953 y “Gerardo Castellanos, patriota e historiador, símbolo de cubanía”, por Emilio Roig de Leuchsenring, 1956.

Otras actividades desplegadas por la Sociedad Cubana... tuvieron un marcado acento nacionalista, antifascista y en defensa de la soberanía cubana. En tales circunstancias, se verificó lo que la investigadora Orieta Álvarez califica como carácter de “grupo de presión” que los miembros de la SCEHI ejercían sobre las

instituciones burocráticas y gubernamentales republicanas, al: “...proyectarlos corporativamente en la vida pública de la nación, desbordando el marco académico y desempeñando el papel de conciencia crítica de la sociedad, lo que implicaba mantener una conducta cívica consecuente con los ideales patrióticos que enaltecían en sus obras”.³⁵

Algunos ejemplos de esta faceta fueron la solicitud al presidente de la República para que fueran suprimidos los centros falangistas en Cuba y la propaganda nazi-franquista, por ser actividades contrarias a la democracia (1940); la declaración contra un proyecto de ley presentado por el Congreso de los Estados Unidos que proponía la anexión de Cuba a la Unión (enero 1941); la petición al Ministerio de Estado para que presentara un decreto ante el presidente de la República que prohibiera el uso de los emblemas de la nación en todo acto que no fuera oficial (1941); la impugnación del proyecto de ley de la Cámara que creaba la Dirección de Deporte y Turismo y la defensa de la integridad de la Corporación Nacional de Turismo (1941); el develamiento de una tarja en la Loma de San Juan en Santiago de Cuba, por acuerdo del II Congreso Nacional de Historia sobre la guerra hispano-cubano-americana, sancionado por la Ley de la República (mayo 1945); el acuerdo sobre la devolución de bases militares construidas en Cuba por Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial (abril 1946); el pronunciamiento en contra de las llamadas Cenas Martianas (enero 1947); la carta dirigida al presidente de la República, Ramón Grau San Martín, protestando por la intención de ese gobierno de conmemorar la *Joint Resolution* con una emisión de sellos, así como una declaración contra el imperialismo y el coloniaje en América (1948) y el rechazo a un proyecto de implantar en Cuba corridas de toros (1959).

Una de las peticiones más trascendentes de la Sociedad... fue la realizada a los poderes ejecutivo y legislativo de la República con

³⁵ Orieta Álvarez Sandoval y Alfredo Álvarez Hernández, “La Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales”, texto inédito, p. 40. Se cita con permiso de los autores.

motivo de acercarse la celebración del centenario de Martí, en un documento titulado: “Sugerencias para una oportuna y digna conmemoración del centenario del nacimiento de Martí”, fechado en marzo de 1951. Este escrito recogía los acuerdos del IX Congreso Nacional de Historia, celebrado en octubre de 1950 en la ciudad de Cárdenas, donde se promovían un grupo de acciones para conmemorar la fecha, divididas en tres grandes grupos: obra de recordación y homenaje; obras de divulgación y comprensión de la vida y la labor martiana; y actitudes y conductas cívicas, conformes con la vida y los principios martianos. Entre estas iniciativas estaban la construcción de la Plaza Cívica José Martí y la erección de un monumento al héroe de Dos Ríos; conservar adecuadamente la casa natal de Martí en la calle Paula, declarada Monumento Nacional; conservar el Rincón Martiano en las canteras de San Lázaro y concluir la construcción del inmueble de la Fragua Martiana, donde tendría su sede un centro de instrucción para adultos sin recursos, inspirado en los preceptos martianos; conservar la casa y el batey de la finca El Abra en Isla de Pinos; conservar los lugares relacionados con Martí y la guerra del 95: Playitas de Cajobabo, La Mejorana y el lugar de su caída en combate en Dos Ríos y conservar como reliquia histórica el monumento erigido en el Parque Central de La Habana. Asimismo, se promovían la publicación, en ediciones populares de no más de cien páginas y grandes tiradas, de fragmentos de las obras martianas subdivididas en diferentes tópicos: revolución, república, cuestiones económicas, sociales, políticas, culturales, raciales, trabajo, religión, cuestiones agrarias e industriales, americanismo, Estados Unidos, antiimperialismo, historia, literatura, arte, epistolarios, anexionismo, autonomismo, poesías, discursos y *La edad de oro*. Del mismo modo, la Sociedad... anunciaba la realización de su congreso de 1953 dedicado al estudio de Martí y la publicación de dos libros de homenaje al Apóstol.

Lo anterior era muestra de la ingente labor desplegada por la Sociedad Cubana... en los más diversos ámbitos culturales, cívicos y

políticos, la cual puede resumirse en las palabras de Roig cuando exclamó: “Digamos, simplemente, que la Sociedad ha estado siempre en primera fila en la defensa de nuestro patrimonio histórico, en la justa exaltación de los legítimos valores patrios, y en el empeño de infundir en los cubanos, con el conocimiento de su pasado, la fe en sus propias fuerzas y en sus propios destinos”.³⁶

Al cumplirse cuarenta años de aquella gran empresa cultural, uno de sus protagonistas, Carlos Rafael Rodríguez, la definió magistralmente al expresar que Roig: “Proyectó la Sociedad de Estudios Históricos e Internacionales no como una academia sino como la antiacademia volcada hacia el pueblo (...). Los Congresos de Historia fueron organizados no como foros cerrados sino como tribunas abiertas enclavadas en las distintas poblaciones del país, a los cuales la historia de Cuba llegó no como un ejercicio profesoral sino como una obra de cultura popular”.³⁷

Con la desaparición física de su fundador y principal inspirador, el doctor Emilio Roig de Leuchsenring, en 1964, se clausuró el ciclo vital de la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales, dejando como legado más de dos décadas de pensamiento y acciones patrióticas, en pro de los mejores valores de la historiografía y la cultura de Cuba.

Octubre de 2020

³⁶ Ídem, p. 312.

³⁷ Carlos Rafael Rodríguez, “Emilio Roig de Leuchsenring. Discurso en la clausura del homenaje por el 40 aniversario de la fundación de la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales”, *Granma*, La Habana, 6 de julio de 1980, p. 2.

LOS TRABAJOS Y LOS DÍAS DE JENARO ARTILES EN LA OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA (1940-1947)

La figura del intelectual canario Jenaro Artiles Rodríguez (1897-1976) y su destacada participación en diversos ámbitos de la cultura cubana en la década de los cuarenta, ha sido poco atendida entre los estudiosos cubanos. Con la excepción de Jorge Domingo Cuadriello, que le dedica una reseña en su diccionario biobibliográfico de los españoles en las letras cubanas del siglo xx¹ y aporta más información sobre su labor como paleógrafo y bibliotecario en su valiosa monografía sobre el exilio republicano español en la Isla² y de Victoria María Sueiro Rodríguez, quien traza un mapa panorámico de su presencia en Cuba,³ no es mucho más lo que se ha investigado sobre esta importante figura. La reciente reedición de su libro *La Habana de Velázquez*, ofrece una semblanza biográfica de Jenaro Artiles, escrita por los editores Juan Gómez Pamo y Guerra del Río y Fernando Bruquetas de Castro, en la que se enfatizan algunos momentos de su estancia en Cuba, en

¹ Jorge Domingo Cuadriello, *Los españoles en las letras cubanas durante el siglo XX. Diccionario bio-bibliográfico*, Sevilla, Editorial Renacimiento, 2003, p. 34.

² Jorge Domingo Cuadriello, *El exilio republicano español en Cuba*, Madrid, Siglo XXI Editores, 2009, pp. 225-226.

³ Victoria María Sueiro Rodríguez, "Jenaro Artiles Rodríguez, un grancanario exiliado en Cuba entre la historia y la bibliotecología. (Un recuerdo a 110 años de su nacimiento)", *Tebeto: Anuario del Archivo Histórico Insular de Fuerteventura*, no. 19, 2006, pp. 159-186.

particular lo relacionado con el intento de deportación a España y el agravio de María Teresa de Rojas a su condición de autor del *Índice y extractos del Archivo de protocolos de La Habana*.⁴

Durante sus ocho años de exilio cubano (1939-1947), Jenaro Artiles se vinculó a importantes fundaciones culturales, entre ellas la Institución Hispanocubana de Cultura, la Escuela Libre de La Habana y la Universidad de La Habana, pero quizás su labor de mayor trascendencia intelectual fue la que desplegó como paleógrafo e investigador de la Oficina del Historiador de la Ciudad, donde se convirtió además en cercano colaborador y amigo de su fundador, el doctor Emilio Roig de Leuchsenring. En las páginas que siguen intentaremos seguir una parte de esa travesía intelectual de Jenaro Artiles vinculada a la Oficina del Historiador, a partir de la revisión de la papelería, documentos y cartas que obran en la Colección Facticia (CF) de la Biblioteca Histórica Cubana y Americana Francisco González del Valle de esa institución, y en el epistolario publicado de Emilio Roig de Leuchsenring.

Quizás uno de los primeros contactos de Artiles con la Oficina del Historiador se produjo mientras impartía un curso de biblioteconomía en la Institución Hispanocubana de Cultura. Según consta en carta de Roig a Arthur E. Gropp, bibliotecario de la Universidad de Tulane en Luisiana, fechada el 26 de febrero de 1940, en la cual le expone las características singulares de la Biblioteca Histórica Cubana y Americana, creada a partir de donativos y préstamos de bibliotecas privadas, el 13 de febrero de aquel año: "...la biblioteca fue visitada por el doctor Jenaro Artiles, y por sus alumnos del curso de biblioteconomía que acaba de ofrecer en la Institución Hispanocubana de Cultura. En esta visita, efectuada como ampliación del curso, el doctor Artiles llamó especialmente

⁴Juan Gómez Pamo y Guerra del Río y Fernando Bruquetas de Castro, "Semblanza biográfica de Jenaro Artiles", en Jenaro Artiles, *La Habana de Velázquez*, Las Palmas de Gran Canaria, Ediciones del Cabildo de Gran Canaria, 2017, pp. 11-24.

la atención de sus alumnos sobre la originalidad de este nuevo tipo de biblioteca”.⁵

En el verano de 1940, Artiles fue objeto de una burda maniobra política, acusado de sustraer un libro valioso del ayuntamiento de Madrid (las *Actas capitulares de los cementerios*), y se pedía su extradición a España. Entre las diversas manifestaciones de apoyo por parte de la intelectualidad cubana al exiliado canario, sobresale la del Historiador de La Habana, doctor Emilio Roig, quien tuvo la iniciativa de realizar un acto de homenaje y desagravio a Artiles, consistente en un banquete que tendría lugar el sábado 24 de agosto a las 8:30 de la noche, en el Almenares Riverside Yacht Club, sito en Calzada y 20 en El Vedado.⁶

De manera paralela, Roig realizó otras gestiones de mayor trascendencia, y le escribió con fecha 22 de agosto de 1940 al doctor Miguel Ángel Campa, Secretario de Estado, expresándole en nombre de la directiva de la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales “la contrariedad y aprensión que ha producido la detención de uno de sus miembros, el doctor Jenaro Artiles, prestigioso intelectual que después de haber desempeñado puestos de responsabilidad en España durante el periodo republicano, se halla desde algún tiempo entre nosotros y al que se ha pretendido hacer víctima de una celada dispuesta por sus enemigos políticos”.⁷ De

⁵ Carta de Emilio Roig de Leuchsenring a Arthur E. Gropp, 26 de febrero de 1940, en *Emilio Roig de Leuchsenring, Epistolario*. Libro primero. Ediciones Boloña, La Habana, 2009, p. 189.

⁶ El precio del cubierto se fijó en \$0.90 y las suscripciones podían hacerse en los siguientes lugares: Institución Hispanocubana de Cultura, Manzana de Gómez 329, teléfono M-9071; Oficina del Historiador de la Ciudad, Palacio Municipal, teléfono A-7261; Escuela Libre de La Habana, calle O esquina a 19, Vedado, teléfono F-4311 y Amigos de la República Española, Lealtad 217, altos, teléfono A-9414. Por razones de enfermedad de Jenaro Artiles, el banquete se pospuso para el sábado 7 de septiembre, en el mismo lugar.

⁷ Carta de Emilio Roig a Miguel Ángel Campa, 22 de agosto de 1940, ob. cit. Libro cuarto, p. 318.

modo significativo, ese propio día 22 de agosto, Roig le escribe a Artiles, comunicándole que:

En la sesión de 28 de junio de la Directiva de la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales, fue Ud. propuesto para formar parte de dicha sociedad como socio colaborador, y la directiva, en virtud de los méritos que a Ud. distinguen, y de su probada dedicación a los estudios históricos, acordó por unanimidad invitarlo a pertenecer a aquélla, enviándole un ejemplar de nuestro reglamento para que, después de conocerlo, manifestase Vd. si está de acuerdo con el mismo, y en consecuencia, si desea figurar, como socio colaborador en nuestra Sociedad.⁸

Artiles aceptó este noble ofrecimiento, y así lo hizo saber a Roig en misiva fechada el 29 de agosto: “No sólo acepto, sino que dándome cuenta de lo que de distinción y de honor encierra para mí la designación que Vds. han hecho llamándome a colaborar en las tareas de la Sociedad, les doy las gracias y me ofrezco para trabajar modestamente, como corresponde a mi pobre capacidad, en la obra científica y social que han emprendido”.⁹

Ese propio año Artiles se vinculó al acto que, desde 1937, la Oficina del Historiador había consagrado a homenajear la figura del ilustre militar canario Nicolás Estévanez, defensor de los ocho estudiantes de medicina asesinados en 1871. En el discurso pronunciado por el doctor Artiles en el homenaje a Estévanez, en la Acera del Louvre, el 27 de noviembre de 1940, en su condición de secretario de la Asociación Canaria y vicepresidente de su sección de Cultura, el orador expresó:

Por eso, hoy, y por el impulso histórico a que me he referido vemos en Estévanez al canario, al isleño de Cuba. En él están simbolizados los mártires canarios en las guerras libertadoras, los

⁸ Carta de Emilio Roig a Jenaro Artiles, 22 de agosto de 1940, CF 1181 A, p. 19.

⁹ Carta de Jenaro Artiles a Emilio Roig, 29 de agosto de 1940, CF 1181 A, p. 20.

vegueros ejecutados por la Monarquía española en Jesús del Monte, los Betancourt, los Guerra, los Domínguez, los Benítez que han jalonado de Gloria el camino de la independencia de Cuba y de los miles y miles de isleños que anónimamente han ido cayendo de fiebre, de cansancio y de agotamiento sobre el surco y al pie de cañaverales.¹⁰

El ingreso oficial de Jenaro Artiles a trabajar como colaborador de la Oficina del Historiador se produjo el 14 de mayo de 1941, con el nombramiento de oficial tercero, temporero, a petición del Historiador de la Ciudad para prestar servicios a sus órdenes y con un salario de \$50 mensuales. Por la correspondencia de Roig conocemos de las actividades diversas que desempeñó Artiles en la Oficina, por ejemplo, cuando le agradece al doctor Manuel Arteaga, vicario capitular de La Habana, en carta fechada el 18 de diciembre de 1941, “la acogida dispensada por usted al Dr. Jenaro Artiles que por indicación mía fue autorizado para realizar investigaciones en el Archivo de la Catedral, y que encontró, tanto en usted como en los encargados del archivo (...) toda clase de facilidades, de ayuda y de asesoramiento”.¹¹ En esa propia misiva también se declara el interés de Roig de seguir trabajando con el llamado Libro Baraja (matrimonios y bautizos de los siglos XVI y XVII), el que había llamado la atención del paleógrafo de la Oficina.

En enero de 1942, en una comunicación a Justo González del Pozo, secretario administrativo de la alcaldía de La Habana, Roig le ofrece detalles sobre la presencia de Artiles en la Oficina del Historiador, describe las labores a su cargo y consigna otros pormenores burocráticos. Allí dice que Artiles es un empleado temporero de su

¹⁰ “Discurso del Dr. Jenaro Artiles, secretario de la Asociación Canaria y vicepresidente de su sección de Cultura, en el Homenaje a Nicolás Estévez, en la Acera del Louvre, el 27 de noviembre de 1940”, CF 987, pp. 307-309.

¹¹ Carta de Emilio Roig de Leuchsenring al doctor Manuel Arteaga, 18 de diciembre de 1941, ob. cit. Libro primero, p. 223.

oficina, como resultado del ofrecimiento hecho por el alcalde Raúl Menocal, y que:

Está realizando (...) la labor importantísima de interpretar y traducir al castellano actual los tomos de las Actas capitulares de este ayuntamiento, correspondientes a los siglos XVI y siguientes, escritas en castellano antiguo, y que esta oficina viene publicando (...). Además, el Dr. Artilles ha de ofrecer este año en el salón destinado a cursos y exposiciones del nuevo local de mi oficina, un curso, durante varios meses, sobre Paleografía y Biblioteconomía.¹²

En efecto, y como había señalado Roig en la citada misiva, el 30 de junio de 1942, organizada por la Oficina del Historiador e impartidas por el doctor Artilles, dieron comienzo las lecciones del Curso de Paleografía Americana, todos los martes y jueves, las que se extendieron hasta el jueves 30 de julio. Las sesiones del curso se efectuaron en el salón de cursos y exposiciones de la Oficina, ubicado en el entresuelo del Palacio Municipal, de 9 a 10 de la noche. La matrícula de ese curso era gratuita. En octubre de 1942, Artilles participó como delegado al Primer Congreso de Historia Municipal Interamericana, celebrado en La Habana, y allí presentó un trabajo titulado “Escribanías de Indias. Contribución cubana a su estudio”.

La condición de Artilles como socio colaborador de la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales se modificó por la de socio titular, con fecha 12 de noviembre de 1942, y entre las razones para hacerlo, la junta directiva de la corporación argumentaba: “...en atención a los méritos intelectuales que en Vd. concurren, a su dedicación a los estudios históricos, y al interés por los trabajos de nuestra Sociedad y a la identificación con los propósitos que la animan, que ha demostrado Vd. como socio colaborador de la misma, y muy especialmente con su actuación

¹² Carta de Emilio Roig de Leuchsenring a Justo González del Pozo, 8 de enero de 1942, ob. cit. Libro primero, p. 226.

en el Primer Congreso Nacional de Historia recientemente organizado por la Sociedad”.¹³

Jenaro Artiles fue un constante animador y participante en los Congresos Nacionales de Historia y entre las responsabilidades que asumió, de conjunto con Fermín Peraza, emanadas de un acuerdo del primer congreso celebrado en 1942, estuvo la de intensificar la divulgación y el conocimiento científico y documental de la historia de América. En este congreso Artiles había presentado una memoria sobre las “Escribanías de Indias”, con un estudio particular de los documentos del Cabildo habanero y también una nota sobre cronología hispanoamericana. En el segundo Congreso Nacional de Historia, celebrado en Matanzas y Cárdenas en 1943, Artiles fungió como vocal del Comité Organizador y Secretario adjunto de la mesa ejecutiva.¹⁴ En este cónclave presentó el trabajo titulado “Cuba en los inicios de la revolución americana”. En el Tercer y Cuarto Congresos Nacionales de Historia, los trabajos presentados por Artiles discurrieron sobre el asiento del llamado “Pueblo Viejo” de La Habana en Puentes Grandes y sobre la figura de Félix Varela. En varios de estos congresos, Roig le pidió a Artiles que se desempeñara como miembro del jurado calificador de los trabajos presentados para la adjudicación del Premio Pro Enseñanza de Hechos Históricos.¹⁵

Al finalizar el año 1942, la situación laboral de Artiles en la Oficina dio un cambio sustancial al ser nombrado, el 31 de diciembre, como Oficial Primero Paleógrafo, de plantilla, con un haber anual de \$900.00. Este salario lo colocaba entre los mejores pagados de la Oficina, solo superado por el director que devengaba \$2 400 y con igual monto al de otros empleados de mayor antigüedad, como Raquel Catalá, bibliotecaria y

¹³ Carta de Raquel Catalá a Jenaro Artiles, 12 de noviembre de 1942, CF 1181 A, p. 21.

¹⁴ Carta de Raquel Catalá a Jenaro Artiles, 21 de julio de 1943, CF 1181 A, p. 23.

¹⁵ Cartas de Emilio Roig a Jenaro Artiles, 8 de septiembre de 1945 y 9 de octubre de 1946. CF 1155 A. Exp. 1, p. 9 y CF 1155 A, Exp. 2, p. 29-30.

auxiliar del historiador y Alfredo Zayas, taquígrafo, mecanógrafo y archivero.¹⁶

De manera paralela, crecían los compromisos y encargos del Historiador de la Ciudad, quien lo recomendaba para asistir en nombre de la Oficina a eventos y conferencias internacionales. En carta fechada el 24 de junio de 1946, Roig le comunica a Fermín Peraza Sarauza, Secretario General de la Corporación de Bibliotecarios, Archiveros y Conservadores de Cuba, que Jenaro Artiles ha sido designado con carácter de delegado, en representación del Archivo Histórico Municipal de la Ciudad de La Habana, para asistir al Segundo Congreso Internacional de Archiveros, Bibliotecarios y Conservadores de Museos del Caribe, que se celebraría en la ciudad de Guatemala, del 12 al 20 de octubre de 1946.¹⁷

Asimismo, Artiles se encargaba de mantener informado a Roig, durante sus viajes al exterior, sobre asuntos de la Oficina y le comentaba sucesos de la vida política doméstica y de otros países. En epístola dirigida a Roig, quien se encontraba en Honduras, el 6 de agosto de 1946, le agradece por el envío de una tarjeta y le asegura: “No hay novedad digna de contarse en esta oficina. Todo marcha sobre las ruedas mismas en que usted lo tiene montado”¹⁸

Es notable la confianza depositada por Roig en Artiles, quien se encargaba en no pocas ocasiones de atender misivas dirigidas al Historiador sobre diversos asuntos, y que el paleógrafo tenía la tarea de redactar. Entre ellas tenemos la del 13 de mayo de 1946, en la que Artiles le responde al historiador de Jovellanos, Antonio Génova de Zayas, en nombre del Historiador de la Ciudad, en un asunto referido a concesiones de mercedes de tierra en Macuriges. Allí le informa pormenores de la búsqueda realizada en las actas

¹⁶ Véase sobre este particular la carta de Roig al Jefe del Departamento de Cultura y Turismo, donde se exponen detalles del presupuesto, nombramientos y plantilla de la Oficina del Historiador, ob. cit. Libro primero, pp. 380-382.

¹⁷ Carta de Emilio Roig a Fermín Peraza Sarauza, CF 1129 A, Exp. 37, p.115.

¹⁸ Carta de Jenaro Artiles a Emilio Roig, 6 de agosto de 1946, ob. cit. Libro primero, p. 366.

del Cabildo del siglo xvii y le añade: “Casualmente, el mismo Sr. Artiles cuyo artículo sobre cronología cubana tanto le interesó, es el paleógrafo de esta Oficina y quien tiene la satisfacción de escribirle esta carta en ausencia de nuestro común amigo y jefe mío, el Dr. Roig”, y en la posdata le añade: “Según mis notas, la primitiva cesión de la sabana de MACURIGES (sic) a nueve o diez leguas de Matanzas fue en cabildo de 4 de marzo de 1558 y hay otra mercedación de la misma sabana en el cabildo de 13 de febrero de 1559, actas que están publicadas en nuestras ACTAS CAPITULARES (sic), tomo I, vol. I, p. 162 y 165. Y en el Archivo de Protocolos de La Habana he visto y he recogido documentos para el ÍNDICE Y EXTRACTOS (sic) que he compuesto del mismo, sobre esta sabana y sobre el famoso alijo de esclavos que hubo en el siglo xvi”.¹⁹ Con un argumento semejante es la carta de Jenaro Artiles al señor Eduardo Salinas, de Santiago de Las Vegas, quien había solicitado datos a la Oficina sobre Mateo Pedroso, y Artiles le facilita algunas referencias primarias, extraídas fundamentalmente del libro *Historia de familias cubanas*, del conde de Jaruco.²⁰

Por estas fechas es considerable el trabajo de Artiles en diversos proyectos institucionales, entre ellos destaca la docencia, compartida con Emilio Roig, en un cursillo de historia local, del cual se deriva su importante libro *La Habana de Velázquez*, publicado en 1946.²¹ Sobre historia local habanera también publicó textos en las revistas *Universidad de La Habana*, *Carteles* y *Bimestre Cubana*. Además acomete la continuación de la transcripción de las *Actas capitulares del Cabildo de La Habana*, correspondientes a los años 1575-1578, cuyo tercer volumen fue publicado en 1946 y del *Índice y extractos del Archivo de Protocolos de La Habana*, origen del infausto equívoco con María Teresa de Rojas, y que ha sido

¹⁹ Carta de Jenaro Artiles a Antonio Génova de Zayas, CF 1130 A. Exp.43, p. 74-75.

²⁰ Carta de Jenaro Artiles a Eduardo Salinas, CF 1131 A, Exp. 47, p. 19.

²¹ Jenaro Artiles, *La Habana de Velázquez*, Municipio de La Habana, La Habana, 1946, 69 p. (*Cuadernos de historia habanera*, 31).

narrado con precisión por Juan Gómez Pamo y Guerra del Río y Fernando Bruquetas de Castro en su citada semblanza.²²

A propósito de este molesto asunto, la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales (SCEHI) realizó una defensa incondicional del trabajo realizado por el paleógrafo canario, dando pruebas fehacientes de su verdadera autoría, entre ellas que un trabajo titulado “Índice y extractos del Archivo de Protocolos de La Habana”, ya había sido presentado por Artiles en una Reunión Interamericana de Historia Municipal celebrada en Guatemala, y consignaba además que con fecha 23 de agosto de 1946 la corporación había conocido por testimonio de Artiles lo siguiente:

El compañero Dr. Artiles dice que desea exponer a los miembros de la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales lo que le ha ocurrido con su obra en que, como es sabido a cuantos han seguido sus investigaciones históricas cubanas, viene trabajando desde 1940. La obra ha estado patrocinada económicamente por la Dra. María Teresa Rojas quien se ofreció a editarla, y quien ha ayudado a Artiles en calidad de alumna y bajo su dirección a la lectura de algunos de los protocolos, habiendo fotografiado a su costa todos los del siglo XVI. Por esta circunstancia, y por ser ella la que habría de sufragar todos los gastos de la edición, le pareció al amigo Artiles que debía de incorporar el nombre de la señora Rojas a la obra haciéndola figurar como su colaboradora en la portada del libro. Este se halla ya impreso y corregido hasta las segundas pruebas de galera, no quedando más por hacer, para que salga a la calle, que emplanar y confeccionar la portada. Pero al ir a hacerlo, la Sra. De Rojas se empeñó en que habría que aparecer ella como autora y el Dr. Artiles como colaborador, a lo que este se negó. Así las cosas y por el detalle de estar el recibo de la primera entrega a la imprenta (\$800.00) hecho a

²²Juan Gómez Pamo y Guerra del Río y Fernando Bruquetas de Castro, “Semblanza biográfica de Jenaro Artiles”, en *Jenaro Artiles*, ob. cit., pp. 17-21.

nombre de la Sra. Rojas, esta se apropió del material (prueba, plomo, etc.), ha impedido la intervención del Sr. Artiles en la obra y sigue la impresión de la misma por su cuenta y posiblemente aparecerá solo su firma.

Esta es la relación escueta y sin entrar en detalles, unos pintorescos, otros dolorosos, del asunto. Pide el amigo Artiles a la SOCIEDAD CUBANA DE ESTUDIOS HISTÓRICOS E INTERNACIONALES (sic) que tengan conocimiento de estos hechos y que, para constancia futura, recoja en actas esta declaración.²³

En dicha reunión habló el historiador José Luciano Franco, en su condición de Secretario del Instituto Interamericano de Historia Municipal, quien expuso que: "...no es concebible que nadie se atreva a publicar esta obra que ya no es verdaderamente inédita, por estar presentada a la Segunda Reunión Municipal Interamericana en cuyo archivo, consta la obra presentada por el compañero Artiles y tiene a disposición de quien los quiera examinar". Añade que "en aquella reunión se conoció y discutió la obra de que se trata por lo que fue felicitado el Dr. Artiles".²⁴ El acuerdo final de la asamblea hizo constar: "...el asombro con que ha tenido conocimiento de lo que ocurre y ofrecer todo su respaldo moral y toda la ayuda que sea necesaria para que el compañero Artiles no sea víctima en nuestro país de despojo tan nuevo e increíble por lo escandaloso, como el que acaba de exponer y denunciar".²⁵

Otra muestra de la estimación de Roig por Artiles lo demuestra el hecho de que su presencia dentro de la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales fue ascendente y ocupó

²³ "Justa Reivindicación de un Historiador. Índice y extractos del archivo de protocolos de La Habana", Acta de la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales, s/f, Biblioteca Histórica Cubana y Americana Francisco González del Valle, pp. 3-4.

²⁴ Ídem, pp. 4-5.

²⁵ Ídem, p. 5.

diversas responsabilidades en su Junta Directiva. En julio de 1943, Artiles fue reelecto para el cargo de vocal en la Junta Directiva de la SCEHI y en junio de 1944 fue propuesto para el cargo de vicesecretario. Ese propio quehacer le fue ratificado con fecha 20 de agosto de 1946 y estaría vigente hasta junio de 1948. En agosto de 1947, ocupaba el cargo de secretario de la corporación.

Por otros documentos institucionales relacionados con Jenaro Artiles podemos deducir que tenía un tratamiento laboral relativamente flexible. Así, por ejemplo, el 19 de septiembre de 1947 se le notifica que le han sido concedidos treinta días de licencia con todos sus haberes por motivos de enfermedad.²⁶ Sin embargo, de manera repentina, el 15 de octubre de ese mismo año, en carta dirigida a Nicolás Castellanos, alcalde municipal de La Habana, le expresa su renuncia al cargo de Oficial de Administración, clase 3ra., paleógrafo, que hasta ese momento venía desempeñando en la Oficina del Historiador.²⁷

Al parecer, según el mismo Artiles confiesa, disgustado por la embarazosa situación del diferendo con María Teresa de Rojas y también motivado por el hecho de que su hija Josefa había obtenido una beca de estudios en los Estados Unidos, el paleógrafo decidió marchar a ese país a finales de 1947. Su primer lugar de residencia y trabajo fue la Putney School de Vermont, y desde allí le escribe una carta a Roig, manuscrita y sin fecha, presumiblemente de finales de octubre o principios de noviembre, en que le dice:

Allá va mi saludo más respetado. El primero se lo envié desde Miami apenas llegado. No puedo olvidar soñar esa oficina tan agradable donde he pasado siete años agradables y contentos. Nos hemos quedado solos Pepita y yo, como haciendo vida de recién casados otra vez, porque Frank está incorporado al

²⁶ Carta de Jacobo de Plazaola a Jenaro Artiles, 19 de septiembre de 1947, CF 1139 A, Exp. 119, p. 73.

²⁷ Carta de Jenaro Artiles a Nicolás Castellanos, 15 de octubre de 1947, CF 1139 A, Exp. 119, p. 75.

internado del Colegio y la hija se fue ya para Kentucky. Vivimos en una casita aislada para nosotros solos a un cuarto de hora de camino del edificio de las clases. Todos los profesores viven así, en casas y edificios regados acá y allá en esta finca enorme. Comemos por cuenta del colegio bien en el comedor general, bien en el hotel de la escuela, que nos queda al lado de casa. Si dura esto no está mal la cosa. Y no tiene por qué no durar unos cuantos años hasta que me salga algo en un centro concurrido de población.²⁸

En esta propia misiva se refiere a una cantidad de dinero que tenía pendiente de cobrar, en razón de su trabajo para el epistolario de Antonio Maceo, y dispone que con ello se sufraguen sus deudas pendientes con la Oficina por concepto de su viaje a Estados Unidos. La despedida es muy afectuosa y nostálgica: “Le ruego salude a sus compañeros de Oficina todos. Y no se me olvide de saludar también a todos los compañeros de la Sociedad Cubana de E.H.E.I. Los supongo, al llegar esta carta, atacados con la preparación del viaje a Trinidad. ¡Cuánto siento no estar con ustedes! Mándeme cuanto libro pueda para la Biblioteca de Putney School que está bastante pobre en cosas urbanas y en general de cosas en español”.²⁹

Una nueva misiva escribe Artilles a Roig el 15 de noviembre de 1947, en la que le agradece por un acuerdo relativo a su persona adoptado en el Sexto Congreso Nacional de Historia. En esos eventos Artilles había tenido una destacada participación como organizador y conferencista, como ya hemos dicho, y en la carta recuerda: “Es que yo vi nacer nuestros Congresos y he trabajado lo más y mejor que he podido en todos, desde el primero, en 1942, y no me parecía posible que se celebrara ninguno sin participar yo en él personalmente y disfrutar de la compañía de tanto amigo y compañero”. Del mismo modo expresa su deseo de permanecer

²⁸ Carta de Jenaro Artilles a Emilio Roig, s/f, CF 1131 A, Exp. 56, p. 258.

²⁹ Ídem.

como miembro de la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales y tomar parte en sus trabajos y “si por mi ausencia no puedo continuar como socio titular; por lo menos como colaborador y en la brecha, desempeñando cuantas misiones y trabajos quieran recomendarme”.³⁰

Una misiva muy importante es la enviada por Roig a Artiles, con fecha 22 de junio de 1948, donde le ofrece detalles y pormenores del trabajo desplegado en la Oficina del Historiador. Por el contenido de la carta sabemos que Roig estaba realizando gestiones para que el paleógrafo pudiera regresar a La Habana, una vez se extinguiera el contrato con la Putney School de Vermont. Allí le expresa: “Mi alborozo ha sido grande. Desde luego, tiene usted inmediatamente el nombramiento en la plaza que ocupaba en mi oficina. Por lo que resta de año, podría conseguirle que recibiera, tomándolo de algún otro crédito de la Oficina, hasta \$100.00” y le añade:

He hablado además varias veces con nuestro amigo Julián Martínez Castells, quien viene laborando cerca del Dr. Entralgo y otros profesores de la Facultad de Filosofía y Letras para la creación de la cátedra de Paleografía, desempeñada desde luego por usted. Cree Martínez Castells que esto se encuentra próximo a realizarse. Por otra parte, Martínez Castells me aseguró serle fácil conseguir para usted del Gobierno Dominicano —fuera de toda intervención política— una retribución de unos \$60.00 mensuales para investigaciones de material de interés dominicano en los archivos cubanos.

Para entusiasmarlo con el posible regreso, Roig le ofrece noticias alentadoras sobre el adelanto exitoso de la Oficina:

La instalación de la Oficina en su nuevo local de la Plaza de la Catedral ha resultado espléndida y es la admiración de

³⁰ Carta de Jenaro Artiles a Emilio Roig, 15 de noviembre de 1947, ob. cit. Libro primero, p. 408.

cuantos la visitan. Ahora estamos en vísperas de ampliar los locales en toda la planta baja y entresuelo, con perspectivas inmediatas del edificio completo. Tengo el ofrecimiento en firme —que solo espera se desocupen los locales que me ha de dar el Alcalde— de la colección arqueológica del grupo Guamá, de Morales Patiño, Royo Guardia y Herrera Fritot, una colección etnológica de la señorita Cristina, hija del profesor universitario Dr. Arístides Mestre; otra colección de caracoles del Dr. Muller, el médico anciano que ha asistido a los congresos y donó al álbum de marquillas de tabaco. Sé que ésta es la primera en su clase de Cuba, después de dividida, por regalos y ventas, la del Dr. Carlos de la Torre. Me acaba de visitar un Sr. Zárrega, de Remedios, persona rica, que entusiasmado con el Museo, está dispuesto a donar los muebles, otros objetos y libros que guarda en un apartamento especial en La Habana.³¹

La respuesta de Artiles a esta comunicación es inmediata, la carta lleva fecha del 23 de junio y en sus inicios apunta: “Recibo hoy su agradabilísima carta fecha de ayer. ¡Hasta el correo se ha puesto para su número en eso de llevar a tiempo las buenas nuevas! Realmente, y a pesar de constarme que usted no escribe muchas cartas (por eso agradezco aún más la que me llega), echaba verdaderamente de menos sus noticias. Ha sido tarde, pero vive Dios que esta vez ‘ha botado la pelota’”. Es significativo el uso por Artiles de un cubanismo extraído del lenguaje del beisbol (“botar la pelota” significa algo muy grande) y le corresponde a Roig por sus gestiones e incluso no descarta la posibilidad de un regreso al término de su contrato en Putney. Asimismo, le recuerda: “No deje de agradecer a M. Castells en mi nombre la generosidad para conmigo que supone lo que ha hablado con Entralgo y lo que prepara en relación con Santo Domingo. Esta buena amistad de Vds. casi

³¹ Carta de Emilio Roig a Jenaro Artiles, 22 de junio de 1948, CF 1131 A, Exp. 56, pp. 256-257.

me hace olvidar el sabor amargo que saqué de Cuba (Caso Rojas-Ortiz, que fue tal vez el empujón final que me echó fuera del país)". Sin embargo, en otro fragmento de esta misiva es evidente que las condiciones de trabajo de Jenaro Artilés en los Estados Unidos son muy lisonjeras, al punto que le confiesa a su amigo habanero:

Aquí, en Putney estoy muy bien. Económicamente la cosa es de tal naturaleza, que he rechazado un puesto de 4 500 dólares en Harvard University y otro que me ofrecieron de la Universidad de San Luis, Miss. El 3 de julio saldré para Cantón, N. Y. a dirigir el Curso de Verano de Español en la Universidad de St. Lawrence, bastante bien retribuido, y con la ventaja de que mi hija será mi Assistant Profesor, con su buen sueldo también. Después iremos a Nueva York tres semanas (a partir del 15 de agosto) para estar aquí de nuevo hacia el 6 o 7 de septiembre; pero aquí, en Putney seguiré recibiendo mi correspondencia, que me reexpedirán.³²

A finales de 1948, Jenaro Artilés le escribe nuevamente a Roig desde Putney School, y en la carta le comenta sobre un artículo falsario de Sumner Welles publicado en el *New York Herald Tribune*, del cual le manda traducción al castellano. Asimismo le solicita que lo pongan en la lista para recibir periódicamente las publicaciones de la Oficina, pues "haría casi una obra de caridad ayudándome a mantener mi corazón y mi pensamiento en Cuba, cosa que voy logrando a través de la correspondencia, que procuro mantener todo lo que puedo (...) a través de algún que otro *Bohemia* o *Carteles* que me mandan algunos amigos, y buscando en la prensa de aquí toda noticia sobre Cuba". Pese a la nostalgia que siente de la Isla y de su trabajo en la Oficina, expresada en múltiples señales de afecto a sus antiguos compañeros, el tono final de la carta demuestra sentirse satisfecho con su situación actual: "Yo sigo muy contento y muy bien aquí en Putney y casi resuelto a incorporarme

³² Carta de Jenaro Artilés a Emilio Roig, 23 de junio de 1948, CF 1131 A, Exp. 56, p. 260.

definitivamente a esta escuela que cada día me encanta más por su espíritu progresivo, por la camaradería y por la independencia absoluta (así es como mejor se asumen las responsabilidades) que tengo en mi trabajo”.³³

Fue esta, quizás, una de las últimas confidencias que se enviaron estos dos grandes intelectuales, uno canario y el otro habanero, que trenzaron una sólida amistad y camaradería basada en el amor por la historia y el culto a la ciencia y la erudición. Sirvan estas líneas como un modesto homenaje a sus vidas y trayectorias ilustres.

Julio de 2018

³³ Carta de Jenaro Artiles a Emilio Roig, 14 de diciembre de 1948, ob. cit. Libro primero, p. 423.

BIOGRAFÍA DE LA HABANA

En mayo de 1960, el director de publicaciones de la Academia de la Historia, Manuel Isaías Mesa Rodríguez, daba cuenta con satisfacción del ingreso de un nuevo académico de número a la cincuentenaria corporación. Su nombre no era desconocido en el gremio de los historiadores cubanos, antes bien se trataba de un ya maduro investigador llamado Julio Le Riverend Brusone. Miembro destacado de otras asociaciones relacionadas con el quehacer historiográfico, como la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales y la Sociedad Económica de Amigos del País, el aval para su entrada en la Academia era un copioso volumen de más de 500 páginas titulado *La Habana (Biografía de una provincia)*.¹

El tomo en cuestión era el cuarto de una serie dedicada al estudio de las seis provincias cubanas, encargados por la Academia a Emerico Santovenia (Pinar del Río), Francisco José Ponte Domínguez (Matanzas), Rafael Rodríguez Altunaga (Las Villas), Mary Cruz (Camagüey) y Juan Jerez Villareal (Oriente). Dentro del conjunto de aquellas obras, Le Riverend tuvo que afrontar un importante reto gnoseológico y metodológico, al tratarse de la región que mayor peso había tenido tradicionalmente en la historia insular durante la colonia, y poseer un considerable número de registros de archivos y repertorios bibliográficos para su indagación. El historiador aceptó el desafío con notable solvencia intelectual, y el libro terminado se distinguía por la organización de sus contenidos,

¹ Julio Le Riverend, *La Habana (Biografía de una provincia)*, La Habana, Imprenta "El siglo XX", 1960, 507 pp.

la variedad de sus fuentes, la calidad de la prosa y el tono renovador de su discurso. Se trataba, más que de una monografía o una memoria académica, de un enjundioso ensayo historiográfico.

El interés de La Riverend por aspectos específicos del devenir habanero se aprecia muy temprano en su obra, como sucede en su acercamiento al estudio de las ideas del historiador y regidor del Cabildo José Martín Félix de Arrate, presentado al Primer Congreso Nacional de Historia celebrado en 1942, obra consideraba un verdadero monumento de la literatura histórica cubana;² asimismo dedicó trabajos a la población habanera en los tempranos siglos coloniales; a las luchas sociales y económicas en la capital, como las relacionadas con la insurrección de los vegueros en las primeras décadas del siglo XVIII y en esa propia centuria al accionar de José Antonio Gómez Bullones, regidor del Ayuntamiento de Guanabacoa durante el ataque británico a La Habana, a quien Le Riverend otorga el calificativo de “guerrillero cubano”, y a Francisco de Arango y Parreño, el gran economista de la plantación azucarera esclavista.³

A diferencia de otros textos con propósitos similares, no era una historia solamente de la ciudad de La Habana, y no es la *polis* capitalina la única protagonista, sino que estamos en presencia de una exposición reflexiva de la génesis de una región histórica, con límites espaciales y tramas temporales bien definidas, donde alcanzan notoria visibilidad amplias zonas rurales y las numerosas poblaciones que rodean el *hinterland* habanero. Tres décadas más

² Véase: Julio Le Riverend, “Bibliografía y pensamiento en la obra de Arrate”, *Boletín de bibliografía cubana*, La Habana, noviembre-diciembre, 1940; “Comentario en torno a las ideas de Arrate”, *Revista Cubana*, La Habana, abril-diciembre, 1943 y “Carácter y significación de los tres primeros historiadores de Cuba”, *Revista Bimestre Cubana*, La Habana, enero-junio, 1950. También prologó la obra de Arrate *Llave del Nuevo Mundo*, publicada en México por el Fondo de Cultura Económica en 1949.

³ Julio Le Riverend, “Semblanza de Arango y Parreño”, *Cuadernos de la Universidad del Aire*, Séptimo Curso: “Los forjadores de la conciencia nacional”, no. 43, junio, 1952.

tarde, Le Riverend retomó nuevamente el tópico en su libro *La Habana: espacio y vida*,⁴ publicado en España bajo el auspicio de la Fundación MAPFRE en su Colección Ciudades de Iberoamérica, el cual es deudor en gran medida de su predecesor, al que resume y amplía de algún modo, pero sin alcanzar a mi juicio la novedad, el atrevimiento y el hallazgo de una manera diferente de historiar que significó, en su momento, la aparición de *La Habana (Biografía de una provincia)*.⁵ Le Riverend inicia su análisis de la comarca habanera, a partir de la exploración del medio natural donde se asentó la posterior provincia política, implantada por la conquista sobre tierras aborígenes, y para ello identifica como su principal accidente geográfico o “hecho habanero primordial” la existencia de una extensa y fértil llanura. En sus palabras, la gravitación específica de aquella fecunda planicie dentro de la historia regional la convirtió en el principal agente para el desarrollo de la economía colonial y los cambios demográficos, devenida en “zona emisora de población y de formas económicas”.⁶ Sin duda, el marxismo y la Escuela de los Annales francesa, en la estela de Fernand Braudel, pueden identificarse como las dos principales corrientes historiográficas que influyen en la escritura de este volumen.

Luego de esta introducción al medio geográfico, la obra se estructura en cinco partes, de extensión variable y con un despliegue capitular

⁴ Julio Le Riverend, *La Habana, espacio y vida*, Madrid, Editorial MAPFRE, 1992, 336 pp. Este libro tuvo algunos reparos críticos, como los realizados por Isaskun Álvarez. Véase: Álvarez, Isaskun, “Julio Le Riverend Brusone, *La Habana, espacio y vida*”, en: *Caravelle*, no. 65, 1995, pp. 244-246.

⁵ El libro de 1960 está agotado hace mucho tiempo y es una verdadera rareza bibliográfica, mientras que el de 1992 nunca se editó en Cuba, por lo que valdría la pena realizar nuevas impresiones de ambos textos. En el caso del primero, Le Riverend dejó un ejemplar con anotaciones de su puño y letra en el introdujo varios cambios —incluyendo una hermosa dedicatoria a Emilio Roig de Leuchsenring—, esencialmente de carácter sintáctico y ortográfico, que no alteran ni modifican los contenidos originales. He podido consultar esta versión corregida por cortesía de su hija Eloísa Le Riverend.

⁶ Julio Le Riverend, *La Habana (Biografía de una provincia)*, *ob.cit.*, pp. XII-XIII.

en cada una de ellas, incluyendo al término de cada sección la bibliografía general en que se apoya el discurso. Vale decir que el tono ensayístico aparece subrayado, tanto por la frescura analítica y amenidad conversacional de la prosa, plena también de pasajes de una deliciosa ironía, como por el hecho de que el autor no utiliza ningún dispositivo de referencias a pie de página o al final de los capítulos, y las citas dentro del texto aparecen solamente entrecomilladas, para desaliento de aquellos lectores acuciosamente eruditos.

Como sabemos, la historia económica es uno de los ejes principales que vertebra toda la producción historiográfica de Julio Le Riverend, quien durante su etapa de formación y madurez como historiador ya había publicado *La economía cubana durante las guerras de la Revolución y del Imperio franceses (1790-1808)*, (1943); *Los orígenes de la economía cubana (1510-1600)*, (1945) y *Reseña histórica de la economía cubana y sus problemas* (1956). La biografía de la provincia habanera no es una excepción, y una porción básica del texto está dedicada a explicar los diferentes ciclos y matrices económicas de la región, desde las tempranas mercedes de hatos y corrales ganaderos, pasando por las vegas de tabaco y la explotación maderera, hasta llegar a las grandes plantaciones de café y azúcar con mano de obra esclava.

Sin embargo, desde mi perspectiva de análisis, la verdadera novedad e importancia del ensayo descansa en la articulación que logra entre la historia económica y la historia social y cultural, que da como resultado una aproximación sugerente no solo a los tradicionales elementos políticos, militares o clasistas que concurrían en aquella macro región, sino que aparecen asimismo las costumbres, los elementos de cultura, tanto de las zonas urbanas como campesinas, la alimentación (es sorprendente la información que dice: “en los lugares que el trabajo es recio y continuo, como en los ingenios, se le da a los esclavos, la carne de tortuga, que empieza a escasear a fines del siglo XVIII”)⁷, el vestuario, las creencias y

⁷Ídem, p. 138.

supersticiones populares y todo ese amplio magma subjetivo que agrupamos bajo el concepto de imaginarios.

No es hasta el capítulo IX de la segunda parte que aparece con fuerza la narrativa del devenir urbano habanero, que el historiador traza desde su orígenes humildes de “aldea sucia, sin gracia y sin diversiones”, hasta adquirir, en virtud de su privilegiada situación geográfica y de su conversión en el principal puerto de escala para el Sistema de Flotas, “la categoría de acontecimiento fundamental dentro de la historia de la región: va a dominar en todo el territorio como dueña y señora”.⁸ En la exégesis de *Le Riverend*, *La Habana* de los primeros siglos coloniales es dibujada con trazos impresionistas, como una ciudad multicolor, étnicamente diversa, bulliciosa, desaseada, transgresora y promiscua, donde todos sus habitantes se mezclaban y procreaban, pues como afirma con picardía: “se sabe de un matrimonio de indio mexicano con esclava negra en 1679”.⁹ También discurre sobre las diferentes etapas del crecimiento urbano, que en la práctica significó el surgimiento de dos ciudades, separadas por la muralla de tierra, más allá de la cual la villa siguió expandiéndose hacia el sur, uniéndose con otras poblaciones como el Cerro y Jesús del Monte.

Este libro prueba además la valía de *Le Riverend* como escritor y demuestra que el rigor de la investigación no puede estar reñido con las calidades de la prosa. Estamos en presencia de un discurso que combina muy bien la narración histórica y el estilo vigoroso, a ratos irónico, donde aparecen frases concluyentes, que funcionan como elocuentes metáforas para ilustrar una determinada situación, por ejemplo, cuando exclama: “Pero *La Habana* no podía ser una gran ciudad mientras sus calles continuaran sin arreglo”; “tabaco y azúcar forman una verdadera moneda en el trajín diario de la ciudad” o “El costo de la vida era muy alto”.¹⁰

⁸ Ídem, p. 159.

⁹ Ídem, p. 160

¹⁰ Ídem, pp. 175-178.

Como hemos dicho antes, la historia económica se enlaza con la social y cultural en varios momentos, como sucede con la descripción de las diferentes tipologías de vendedores callejeros: baratilleros, regatones, canastilleros y pulperos. Cada uno tenía una “especialización” dentro del comercio minorista ambulante, y mantuvieron una sorda disputa con los poderes públicos y religiosos para poder ejercer sus menesteres. Por ejemplo, los regatoneros eran vendedores de carne a domicilio, y fueron hostilizados por el Sínodo Diocesano de 1680, al considerar que “el sobreprecio que cobraban por su servicio era una forma de usura que la Patrística condenaba”. Pero al mismo tiempo el historiador explica que fueron favorecidos, según las circunstancias lo aconsejaban. Arrate los defiende en 1750 “porque abren crédito al vecino común y ofrecen otras facilidades, que por falta de estímulo a los hacendados ganaderos, no proporciona la carnicería municipal”.¹¹ Al final, las restricciones fueron quedando obsoletas por el hecho de que la ciudad era tan grande y populosa, que no tenía sentido prohibir ninguna forma de comercio y todas encontraron sus nichos económicos y fueron autorizadas.

Los rituales de distinción y buen gusto de las clases altas habaneras, sus modos de comportamiento, consiguen aquí sabrosas descripciones, como las relacionadas con la etiqueta que correspondía seguirse durante los funerales, cuestión que dio origen a varias reales cédulas, las formas de saludo o el vestuario que debía singularizar a los miembros del cabildo. La moda de los diferentes estratos sociales es descrita con minuciosidad, desde las negras esclavas que tenían prohibido andar por la vía pública semidesnudas, hasta el complicado ajuar de los hombres y mujeres de la aristocracia. También se detiene el historiador en aquellas anomalías y desarreglos del cuerpo social, como el mal ejemplo de un sacerdote, poseído de

¹¹ Ídem, p. 180. A este tipo de vendedor ambulante Le Riverend le dedicó particular atención en sus trabajos “En torno a la regatería” y “Regatería y picaresca”, aparecidos ambos en la revista *Habano* en los meses de junio y julio de 1941.

“una pasión dominante por el otro sexo” y que colgó los hábitos después de raptar a una doncella; o los avatares existenciales de los soldados, muchas veces sin dinero y sin techo, lo que hacía que huyeran a los campos “o vivían de la cariñosa compasión de las mujeres del pueblo (...) en definitiva, la urbe les compensaba de alguna manera el atraso y la cortedad de sus pagas”.¹²

Otro tópico de interés es que la sociedad habanera de los siglos XVII y XVIII todavía era muy flexible y permisiva con los estamentos subalternos, y menciona el caso del pintor Escobar, hijo de un carpintero y oficial de las milicias de pardos y morenos, quien acabó siendo considerado blanco. Un dato muy revelador de esa incesante contaminación cultural entre dominantes y dominados, nos habla de prácticas oligárquicas que son asimiladas y reproducidas por los más pobres, como es el caso de los requisitos para el matrimonio, la importancia de poseer una dote o la inveterada costumbre de testamentar. En el ámbito intelectual, Le Riverend no solamente destaca la influencia ejercida por instituciones como la Real y Pontificia Universidad de San Gerónimo o el Seminario de San Carlos, sino que subraya la presencia en la ciudad de figuras de la talla del humanista mexicano Francisco Javier Alegre, en cuya nutrida biblioteca estaban representadas varias obras del arsenal ideológico de la Ilustración.

Las grandes transformaciones ocurridas en la región después de 1780, con el auge de la gran plantación esclavista y el desarrollo urbano acelerado, ocupan prácticamente la segunda mitad del libro, en capítulos que condensan el crecimiento general de la zona habanera, las características de su sociedad urbana y rural, los principales hechos políticos y la muy notable expansión cultural del llamado con razón nuestro “Siglo de las Luces”. Es el momento de la máxima expresión de la agricultura comercial en la extensa franja que cubre Güira de Melena, Batabanó, Melena del Sur, Güines y Nueva Paz, lo cual fue acompañado de profundos cambios geográficos y estructurales en la población. La capital también evoluciona

¹² Julio Le Riverend, *La Habana (Biografía de una provincia)*, ob. cit., p. 191.

aceleradamente y prácticamente todo el territorio disponible al sur y al oeste se va ocupando con una gran densidad de habitantes, que borra en la práctica la existencia de la ciudad dual, pero que se produce de forma hasta cierto punto caótica. Un notable espacio se le dedica en este apartado a la gran revolución en el urbanismo, que fue seguida por numerosas mejoras en el pavimento y la numeración de las calles, el alumbrado público, las comunicaciones y el transporte, el abasto de agua y el embellecimiento de avenidas y plazas. Las miradas siempre penetrantes de los viajeros, fuente de gran valor para el historiador, nos demuestran que coexistían en aquella sociedad en frenética expansión “una caleidoscópica yuxtaposición de razas y matices étnicos, de etapas históricas en suma, y de riquezas y miserias, lo que constituía la faz de aquella capital donde el extranjero ya encontraba todo lo que había dejado en su país, más las diversiones y los vicios universales que daban a la vida habanera su permanente mala fama”.¹³

En el ámbito de la vida cotidiana, el historiador registra una curiosa mutación en las costumbres y hábitos ciudadanos a lo largo del siglo XIX, que tuvo lugar en apenas cuarenta años y que explica cómo, hacia 1880, comienza en la ciudad la vida de barrio y no hay lugares exclusivos de atracción. Ello es así porque ya los paseos antiguos han perdido su capacidad de convocar a las personas, las que prefieren reunirse al pie de la estatua de Isabel II, al final de la Alameda de Extramuros, para escuchar la retreta e intercambiar noticias, y otros muchos prefieren como lugar de reunión los diversos cafés. Entre las diversiones de las elites que devinieron con rapidez en pasatiempos populares, creo que Le Riverend es el primero de los historiadores cubanos que señala la impronta del juego de pelota en la sociedad habanera decimonónica, e incluso reproduce unos versos satíricos relacionados con el beisbol. Es muy interesante también su análisis de la evolución de las fiestas populares, como la del Día de Reyes, que en sus palabras fueron sustituidas por los carnavales, aunque sin ignorar que se celebraban en

¹³ Ídem, p. 316.

la ciudad festejos con cualquier pretexto, daba igual si se trataba de la inauguración de una obra administrativa, la llegada de un ejército o el paso por la ciudad de una persona notable de la política o las artes. Un espectáculo macabro como el de las ejecuciones, ya fueran patriotas o simples criminales, también ejerció una rara fascinación sobre el público capitalino y de los alrededores. La condición de los habaneros de diversos estratos sociales, famosos por ser gastadores y lucidores del vestuario, es otro aspecto que el historiador recrea en su discurso, y nos deja su testimonio de los motes con que se identificaban a aquellos hombres convertidos en árbitros de la moda y el buen gusto: “piris”, “exquisitos”, “lechuginos”, “paquetes” y “tacos”, como los célebres y apuestos petimetres que se reunían en la Acera del Louvre. Curiosamente, no existen calificativos similares a estos para las féminas, aunque un sabio ilustrado como Felipe Poey alcanzó a decir en lenguaje zoológico, que las mujeres de 1870 “ya no son mariposas, gacelas, palomas... , las mujeres son avispas”, con lo que graficaba muy bien la moda del talle alto y el corsé muy ceñido, que realzaba el busto femenino.

Para Le Riverend, si los pobres imitaban a los poderosos en sus prácticas, usos y costumbres, otro tanto puede decirse de la sociedad rural con relación a la ciudad capital. Con la salvedad de que la colectividad campestre evolucionaba más lentamente, al punto de hacerle exclamar que: “en verdad, después de 1860, la única transformación importante es la abolición de la esclavitud”.¹⁴ Esta sociedad campesina de los pueblos y villas limítrofes con La Habana distaba mucho de ser idílica, y fue territorio propicio para el florecimiento de costumbres licenciosas, la violencia, el juego, la haraganería, las vallas de gallos, el baile y la corrupción, al punto que un vecino de Güines perdió en 1838 la considerable suma de treinta y siete mil pesos en juegos de azar. En las zonas rurales la cultura popular se expresó en las canturías, los guateques y zapateos, pero al decir de Le Riverend: “La música no suaviza estas reuniones y festejos colectivos. El campesino habanero, aun cuando no se

¹⁴ Ídem, p. 349.

caracterizó por su propensión a la pendencia, deshacía muchos de los guateques a machetazos, porque no hay ocasión que impida los duelos irregulares. Armado para amedrentar a los esclavos, no vacilaba en imponer a los demás su criterio empuñando la terrible hoja que simbolizaba su trabajo y su valimiento racial”.¹⁵

Las diversas convulsiones sociales y políticas que experimentó La Habana a lo largo del siglo XIX, son agrupadas por Le Riverend bajo el rótulo genérico de “La política del temor”. Dicho miedo estaba vinculado casi siempre con la negativa de las elites a trastocar la institución esclavista y perder sus privilegios económicos, hecho que corrompía todo el orden moral de la sociedad y al mismo tiempo convertía a la oligarquía criolla en una clase dominante/dominada. Ese mismo pavor llevó al reformismo cubano a perseverar en la búsqueda de una relación de armonía colonial o al más peligroso extravío anexionista. Asociado a este último episodio, Le Riverend hace notar la utilización por el poder colonial de lo que llama “el terror de las turbas”, una plebe violenta que profanó los cadáveres de los anexionistas ejecutados en 1851, en medio de una orgía de alcohol, trágica anticipación de las hordas de voluntarios que veinte años después enlutarían la ciudad con la sangre de los estudiantes de medicina. El laborantismo y su ingente prédica propagandística y de ayuda económica a la Revolución, aparece como uno de los hechos más notables de la Guerra de los Diez Años en la capital, alejada del teatro de las operaciones militares, pero no por ello desvinculada de la agitación política y las conspiraciones revolucionarias. La figura del adolescente José Martí es el símbolo supremo de la juventud criolla anticolonialista, pero también lo fueron hombres de varias generaciones como Agustín de Santa Rosa, Antonio Zambrana, Julio Sanguily, Rafael Morales y González, *Moralitos*, y Luis de Ayestarán y Moliner.

Los últimos capítulos del libro están enfocados en fenómenos de distinta naturaleza: la expansión de la cultura durante el siglo XIX, la Guerra del 95 y la ciudad republicana. El apartado dedicado a

¹⁵ Ídem, p. 355.

las dinámicas culturales, como sucede en otros de similar naturaleza, es copioso en información y análisis. Es muy rico el tratamiento de fenómenos de tanto valor intelectual como los diversos órganos de prensa y el teatro vernáculo, la aparición de la novela cubana con Cirilo Villaverde y Anselmo Suárez y Romero, la proliferación de asociaciones filarmónicas y liceos artísticos y literarios, devenidos formidables instrumentos de cultura, la elegancia de las artes plásticas con Melero y Menocal, hasta llegar a la conclusión de que, entre 1880 y 1895: “Queda liquidada la cultura colonial de inspiración dieciochesca y romántica (...) definitivamente la aristocracia se divorcia de la cultura (...) es la clase media y el artesano el que mira hacia ella como uno de los objetivos vitales”.¹⁶

En nuestra opinión, hay una menor densidad analítica y expositiva en la misma medida que la narración se aproxima al presente en que escribe el autor, que es a finales de la década de 1950. Quizás lo más notorio en estos capítulos postreros es la ausencia de esa interrelación dialéctica que hemos venido señalando entre varias dimensiones históricas (economía, sociedad, política y cultura), al punto que el balance historiográfico se reduce a una apretada síntesis de cifras estadísticas o hitos urbanísticos. Aspectos de tanta trascendencia en el primer medio siglo republicano como la política y la evolución cultural apenas están esbozados. Aun así, al final Le Riverend reconoce que: “En verdad, un progreso material y urbanístico como el que ha experimentado la capital, no ha sido seguido de un adelanto cultural de pareja intensidad”,¹⁷ aunque en la época se habían inaugurado edificios tan valiosos como el del Palacio de Bellas Artes o la Biblioteca Nacional José Martí.

El libro fue impreso en junio de 1960, pero la última página aparece fechada entre junio de 1957 y marzo de 1958. Se trataba de los años más duros de la lucha clandestina en La Habana contra la dictadura de Batista, hechos que no aparecen reflejados de manera directa en la narración, aunque Julio Le Riverend, quien

¹⁶ Ídem, p. 425.

¹⁷ Ídem, p.

desempeñaba un cargo como Director del Patrimonio Nacional en el Tribunal de Cuentas, fue colaborador de los revolucionarios del 26 de Julio y se vio obligado a exiliarse en México en el verano de 1958, luego de un registro en su vivienda hecho por la policía del régimen. Una lectura entre líneas de los párrafos finales nos revela la inquietud política del momento y la íntima convicción del autor, de formación marxista y militancia comunista desde su temprana juventud, cuando dice:

Antes y después de 1933, La Habana ha participado de todas las grandes perturbaciones que reflejan, pese a las apariencias, la creciente y, desde luego, explosiva incapacidad de la estructura económica tradicional y del Estado para garantizar la seguridad, la estabilidad y el nivel de vida que reclaman las modernas orientaciones democráticas. (...) La capital y su campiña han sido campo de batalla o tribuna de paz, hervidero de novedades o guarida de conservatismos repelentes, crisol de ideologías o semillero de personalismos; lo ha sido todo a la vez. Tal es su fuerza, ese es su destino. Pero si se mira a lo hondo, allí, en la entraña de la gran urbe y en sus tierras, hay el mismo mundo nuevo que lucha en todo el país desde 1902 por una patria feliz.¹⁸

La Habana, 7 de diciembre de 2021

¹⁸ Ídem, p. 503.

*Homenajes
y discursos*



CUADERNOS
DE HISTORIA HABANERA
(Tomos XI al XVIII)

La República fue un escenario fértil para el surgimiento de diversos proyectos editoriales, los que han sido insuficientemente estudiados, hecho destacado por el ensayista Ambrosio Fornet bajo el nombre de “la frustración creadora”. Lo que quiere decir que, aun en medio del formidable malestar que significó el carácter dependiente del estado republicano, en su seno latieron siempre aspiraciones de adelantamiento intelectual y mejoramiento ético, entre cuyos propósitos estaba dar a conocer lo mejor del pensamiento, la historia, la cultura y el imaginario patriótico cubano. La intelectualidad que alcanzó su juventud y adultez en los años azarosos de las primeras décadas republicanas —Fernando Ortiz y Emilio Roig de manera destacadísima, pero no fueron los únicos—, fue portadora de ese empuje moral que se tradujo en la publicación de numerosas colecciones de libros y revistas cubanas. Entre estos proyectos fueron notorios por su calidad y trascendencia los que dirigió durante diecisiete años Fernando Ortiz, entre 1922 y 1939, me refiero a la Colección de Libros Cubanos y a la Colección Cubana de Libros y Documentos Inéditos o Raros. Otro proyecto interesante lo patrocinó la Editorial Trópico, que entre 1936 y 1943 publicó un nutrido haz de libros de historia, biografías y ensayos, incluyendo una edición en setenta volúmenes de las *Obras completas* de José Martí. De más larga data fue la Biblioteca de Autores Cubanos de la Universidad de La Habana, que existió entre 1944 y 1963.

Además de los propósitos editoriales que acabo de mencionar, se destacaron por su originalidad, proyección histórica y además democrático los *Cuadernos de historia habanera*, publicados por Emilio Roig de Leuchsenring, Historiador de la Ciudad, bajo el auspicio del municipio de La Habana, de manera ininterrumpida entre 1935 y 1964. Nótese que las dos fechas límites de esta colección, que alcanzó los 75 volúmenes, coinciden con las del nombramiento de Roig como historiador de la ciudad, hecho que ocurrió el 1ro. de julio de 1935, y su fallecimiento el 8 de agosto de 1964. Quiere decir que los *Cuadernos de historia habanera* acompañaron, como un portavoz intelectual por excelencia, las aspiraciones y batallas culturales de Roig durante casi tres décadas, y en sus minuciosos tomos, generalmente de modesta factura y humilde papel, es posible encontrar una de las más completas enciclopedias de temas cubanos y habaneros de la etapa republicana.

Desde el año 2017, Ediciones Boloña de la Oficina del Historiador acogió la feliz idea de reproducir, agrupándolos en un haz de volúmenes compactos, la colección íntegra de los *Cuadernos...*, de los cuales han visto la luz ya diez tomos, los que incluyen desde el primero, dedicado al presbítero José Agustín y Caballero hasta el marcado con el número 36, consagrado a homenajear al ilustre polígrafo habanero Francisco González del Valle, fallecido en 1942. La transcripción que hoy presentamos es continuidad de la anterior y abarca, en ocho compendios, un número menor de *Cuadernos...*, pues va desde los nos. 37 y 38, correspondientes al libro en dos entregas titulado *La Habana en 1841*, obra póstuma del ya mencionado González del Valle, ordenada y revisada por Raquel Catalá, hasta el no. 65, dedicado a conmemorar la primera Ley orgánica de municipios en Cuba. Sería verdaderamente prolijo hacer un inventario de todos y cada uno de los cuadernos en este periodo, por lo que he preferido organizar sus contenidos en grandes líneas temáticas, para poder alcanzar una idea cabal de aquellos asuntos que fueron más recurrentes. Son ellos los que se refieren a:

1. Los Congresos Nacionales de Historia, promovidos por la Oficina del Historiador con la colaboración de la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales, fueron el foro de historiadores más importantes de la época republicana, con especial énfasis en el rescate, divulgación y rectificación de trascendentes cuestiones relacionadas con la historia de Cuba, entre las que sobresalen las tesis nacionalistas y patrióticas de Emilio Roig, concernientes al nombre que debían llevar nuestras guerras de independencia, el verdadero carácter de la guerra hispano-cubano-americana y el hecho incontestable de que Cuba no debía su independencia a los Estados Unidos. En esa colección aparecen recogidos los discursos y acuerdos del Sexto Congreso Nacional de Historia, con sede en Trinidad, en octubre de 1947, bajo la dirección de Gerardo Castellanos y donde se presentaron trabajos de gran valía sobre el padre Félix Varela, José de la Luz y Caballero y José Martí; y Emilio Roig llevó la ponencia titulada “Los Estados Unidos contra Cuba Libre”. También fueron asunto del congreso trinitario la figura del padre Las Casas, la prehistoria de Cuba, la historia de la medicina y de las artes en Cuba (vol. 39); el esclarecimiento de hechos y figuras de la historia nacional fue el tema central del Séptimo Congreso Nacional de Historia, celebrado en Santiago de Cuba en 1948, entre cuyos trabajos de mayor interés estuvieron los relacionados con el protagonismo de la provincia de Oriente en las guerras de independencia, la contienda hispano-cubano-americana y la biografía del mayor general Calixto García (vol. 42); el Octavo Congreso Nacional de Historia, nuevamente con sede en Trinidad, reflejó en sus sesiones los aportes de Enrique Gay Calbó sobre la bandera cubana; de Francisco de Miranda Varona sobre la masonería en las luchas cubanas por la independencia y de Emilio Roig sobre el primer año de la intervención militar estadounidense en Cuba (vol. 45); el homenaje al Centenario de la Bandera

Cubana fue la motivación principal del Noveno Congreso Nacional de Historia, celebrado en La Habana en 1950, con esclarecidos trabajos de Hortensia Pichardo y Manuel Isaías Mesa Rodríguez, este último referido a la polémica personalidad de Narciso López, así como el ya citado trabajo de Roig “Cuba no debe su independencia a los Estados Unidos” (vol. 48); el Décimo Congreso Nacional de Historia, en 1952, estuvo dedicado al cincuentenario de la República y se celebró en dos sedes, La Habana y Matanzas, y allí nuevamente resonó la voz de Roig denunciando “Medio siglo de absorción y explotación imperialista norteamericana de la República de Cuba” (vol. 55); el undécimo Congreso, celebrado en Trinidad en mayo de 1955, presidido por el ilustre martiano Manuel Isidro Méndez, al parecer no fue recogido como parte de los *Cuadernos...*, lo que se retoma en el Duodécimo Congreso Nacional de Historia, que sesionó en la oriental localidad de Jiguaní en el mes de agosto de 1956 y que fue consagrado a las luchas independentistas del siglo XIX.

2. Los homenajes a importantes figuras de la historia y las letras cubanas: Homenaje Nacional al médico personal del general Máximo Gómez, doctor Benigno Souza (vol. 40); homenaje al coronel Cosme de la Torriente, tanto en su proceder durante las guerras de independencia como en su actividad representativa en la república (vol. 49); homenaje al ilustre bibliógrafo habanero Domingo Figarola Caneda en el centenario de su nacimiento (vol. 52) y el tomo consagrado al cincuentenario de la labor como periodista de Enrique Gay Calbó (vol. 64).
3. La publicación de obras historiográficas de gran valor como la *Cronología de la guerra hispano-cubano-americana*, de la autoría del profesor de la Universidad de Oriente, Felipe Martínez Arango (vol. 43); y los *Estudios histórico militares*

sobre la guerra de independencia de Cuba del historiador militar René Reyna Cossío (vol. 59).

4. La valoración ecuánime y desmitificadora sobre procesos polémicos del devenir nacional, como el excelente volumen consagrado a examinar los primeros movimientos revolucionarios del general Narciso López (vol. 44), en el cual se recogen las conferencias de un curso impartido por prestigiosos profesores en vísperas de la celebración del primer centenario de la bandera cubana, entre quienes se encontraban el propio Roig, Mario Guiral Moreno, Manuel Isaías Mesa Rodríguez, Hortensia Pichardo, Fernando Portuondo, Enrique Gay Calbó, José Luciano Franco y Herminio Portell Vilá. En esa misma línea se inscribe el homenaje, incluido en el vol. 51, donde varios autores enaltecen la memoria de los mártires de 1851, causa extraviada que sin embargo podía mostrar nombres de gran valor y nobleza como Joaquín de Agüero en Camagüey.
5. El esclarecimiento de pasajes biográficos de gran sensibilidad en la vida de patriotas cubanos, como el trabajo de José Luciano Franco dedicado a la descendencia de Antonio Maceo (vol. 47) y su continuación en el vol. 50, donde se exponen nuevas pruebas históricas sobre la familia del héroe de Baraguá. Otros asuntos polémicos son los relacionados con la reunión de La Mejorana y la muerte de Martí, asunto tratado brevemente por Manuel Isidro Méndez y que corresponde al cuaderno no. 56. Aquí incluyo también, dentro de las argumentaciones y discusiones sobre el pasado de Cuba, las discrepancias de Emilio Roig con Manuel Pérez Beato, a cuyos trabajos Roig se aproxima con óptica dialéctica y apasionada, como era su carácter, y que anuncia el tomo 60. Allí Roig relata con tono respetuoso los motivos que provocaron la enemistad de Pérez Beato a su persona, así como revela los numerosos errores e irregularidades que poseía su obra historiográfica.

6. La divulgación de héroes desconocidos de la guerra de independencia, como el capitán chino teniente coronel Quirino Zamora, cuya biografía y acciones combativas se describen en el volumen 54. Y la publicación de diarios de campaña de figuras de menor relieve dentro del panteón independentista, como es el caso del *Diario de campaña* del comandante Luis Rodolfo Miranda (vol. 57).

Como es notorio en el resumen que acabo de mencionar, la Historia de Cuba, mucho más que la propia historia habanera, con todas sus luces y sombras, grandezas y contradicciones, alegrías y tristezas, es el ingrediente fundamental de que están hechos los *Cuadernos de historia habanera*. Darlos a conocer en un formato de libro popular, con precios económicos o en calidad de obsequio, y con el valor añadido de los prólogos explicativos del propio Emilio Roig en la mayoría de los casos, constituyó una de las contribuciones más profundas y duraderas que realizó la Oficina del Historiador al conocimiento y amor por los valores patrios de la nación, realizada en los días amargos de gobiernos corruptos y cruentas tiranías.

En tales circunstancias, Roig se las ingenió para, legitimado por su inmenso prestigio como intelectual y promotor cultural, aglutinar a los grandes historiadores coetáneos suyos, independientemente de sus tendencias o doctrinas políticas, para que contribuyeran a su magna obra de engrandecer la cubanía. También fue su personalidad tan atrayente la que hizo posible que ningún alcalde habanero le negara su apoyo a la hora de publicar estos *Cuadernos...*, que se continuaron después del triunfo de 1959. Volverlos a leer hoy, en el ochenta y cinco aniversario de su primera edición, y del nombramiento de Roig como historiador de La Habana, es el mejor homenaje que puede rendírsele desde la Oficina que fue su creación mayor, y que ha tenido en el doctor Eusebio Leal a su continuador y discípulo más brillante.

LA ARMERÍA 9 DE ABRIL

Para Julio Travieso y Sonia Moro

La armería ubicada en la calle Mercaderes del centro histórico habanero, es el lugar donde, el 9 de abril de 1958, un comando urbano del Movimiento 26 de Julio realizó una de las acciones más valerosas de aquel histórico día, al tomar el local donde funcionaba la Compañía Armera de Cuba S. A., en la que se vendían armas deportivas y sus accesorios. Esta maniobra formaba parte de un plan de mayor alcance, que se proponía controlar toda la zona de La Habana Vieja. Las armas obtenidas se utilizarían para asaltar otras armerías de la ciudad, así como diversos organismos estatales, como los Ministerios de Comercio y de Hacienda, que contaban con cuerpos policiales propios y cuyos pertrechos se planeaba conseguir.

Cinco compañeros acudieron aquella mañana a su cita con el deber y luego de terminar la operación de extraer las armas, los asaltantes entablaron combate con la policía y cuatro de ellos resultaron abatidos por los disparos. Sus nombres aparecen grabados en una tarja de bronce desde el año 1959, en recuerdo imborrable de su hazaña: Carlos Astiazarraín, Roberto Casals, Reinaldo Aulet y Marcelo Muñoz, quienes como reza dicha tarja: "...cayeron luchando heroicamente por el sublime ideal de ver a su patria libre y soberana".

Otra inscripción en este propio inmueble recuerda la figura del destacado combatiente Marcelo Fernández Font, líder de la Asociación de Estudiantes de Ingeniería de la Universidad de La Habana, y uno de los principales cuadros del Movimiento 26 de Julio en el llano, donde se desempeñó como miembro de su Dirección Nacional, Responsable Nacional de Propaganda, Coordinador Nacional del Movimiento y fue uno de los principales organizadores de la Huelga del 9 de abril. En la Sierra Maestra, Marcelo Fernández Font formó parte de la Columna no. 1 José Martí bajo el mando directo del Comandante en Jefe Fidel Castro y tras el triunfo de enero fue fundador del Partido Comunista de Cuba y ocupó diversas responsabilidades en el Banco Nacional de Cuba, el Ministerio de Comercio Exterior y la Junta Central de Planificación.

Como es conocido, entre las tradiciones de lucha del pueblo cubano contra las tiranías estaba la de realizar una Gran Huelga General Revolucionaria, como sucedió para derrocar al dictador Gerardo Machado en agosto de 1933. También formaba parte de la tradición del movimiento obrero la realización de grandes huelgas, como las que sacudieron el sector azucarero de todo el país en los años 1955 y 1956. Otro hito que demuestra el papel de la clase obrera en la oposición a la tiranía de Batista se expresó en la huelga general de agosto de 1957, cuyo epicentro fue la ciudad de Santiago de Cuba, tras el asesinato de Frank País, el extraordinario dirigente del Movimiento 26 de Julio. En su análisis de esa huelga, el comandante Ernesto Guevara expresó: "...sirvió para que nos diésemos cuenta de que era necesario incorporar a la lucha por la liberación de Cuba al factor social de los trabajadores, e inmediatamente comenzaron las labores clandestinas en los centros obreros para preparar una huelga general que ayudara al Ejército Rebelde a conquistar el poder".

En los primeros meses de 1958, el Ejército Rebelde se había consolidado en las montañas y llanos de Oriente, transmitía sus consignas revolucionarias por la emisora Radio Rebelde y dos nuevas columnas insurrectas comandadas por Raúl Castro y Juan Almeida, comenzaron a operar en la Sierra Cristal y en los alrededores de

Santiago de Cuba, respectivamente. En la capital del país, las milicias clandestinas del 26 de Julio ganaban en organización y capacidad de respuesta frente a la represión, aunque habían sufrido la pérdida de algunos compañeros muy valiosos, como los capitanes Gerardo Abreu, “Fontán”, brutalmente martirizado y asesinado el 6 de febrero; Sergio González López, “El Curita”, salvajemente torturado y asesinado el 19 de marzo y Arístides Viera, “Mingolo”, caído un día después en un enfrentamiento con la policía motorizada en las cercanías del entonces Coney Island.

En este contexto, a instancias del sector urbano del Movimiento 26 de Julio, comenzó a gestarse la idea de preparar una huelga general insurreccional para derrocar a Batista. La estrategia fijada establecía la realización de una huelga general en todo el país, acompañada por acciones armadas. Las objeciones de la Sierra a este plan pasaban por considerar precipitado convocar a una huelga, sin contar con el apoyo armado necesario, pero aun así se decidió realizar el llamado al paro nacional. El 12 de marzo el Comandante Fidel Castro lanzó un manifiesto al pueblo para convocarlo a la huelga general, que decía:

Reunida en el campamento de la Columna No. 1, Comandancia General de las Fuerzas Rebeldes, la Dirección Nacional del Movimiento 26 de Julio acordó por unanimidad lo siguiente:

1ro. Considerar que, por el resquebrajamiento visible de la Dictadura, la maduración de la conciencia nacional, y la participación beligerante de todos los sectores sociales, políticos, culturales y religiosos del país, la lucha contra Batista ha entrado en su fase final.

2do. Que la estrategia del golpe decisivo se basa en la Huelga General Revolucionaria secundada por la Acción Armada.

3ro. Que la acción revolucionaria debe irse intensificando progresivamente a partir de este instante hasta desembocar en la huelga que será ordenada en el momento culminante.

La organización del 26 en el movimiento obrero, el Frente Obrero Nacional, fue la encargada de convocar a la huelga entre los trabajadores urbanos, mientras que la Federación Estudiantil Universitaria debía hacer lo mismo entre los estudiantes. A las 11 de la mañana de aquel miércoles 9 de abril de 1958, un mensaje de Fidel transmitido por las emisoras Radio Reloj, CMQ, Circuito Nacional Cubano y Radio Progreso arengaba a la población con estas palabras: “Atención cubanos, es el 26 de Julio, llamando a la Huelga General Revolucionaria. Hoy es el día de la libertad. Día de la Huelga General Revolucionaria. Adelante cubanos, desde este momento se comienza en toda Cuba la lucha final que solo terminará con el derrocamiento de la Dictadura”.

La Habana, junto con otras ciudades de toda Cuba, y de manera particular Pinar del Río, Matanzas, Sagua la Grande, Cienfuegos, Camagüey y Santiago, tuvo un enorme protagonismo en aquellos hechos. Dividida por zonas, en la capital se realizaron acciones diversas que incluyeron la ocupación de estaciones de radio, la voladura de registros de electricidad, paros y sabotajes en varias terminales del transporte, quema de gasolineras y automóviles y la interrupción de la entrada y salida de vehículos al territorio.

La Habana Vieja fue asignada a las milicias juveniles que había organizado el bravo luchador Gerardo Abreu “Fontán”. El mando fue tomado entonces por los muy jóvenes capitanes Julio Travieso, Marcelo Plá, Mario Gil, Miguel Bruguera y Aldo Rivero. De todos ellos solo sobrevive hoy, a sus gloriosos ochenta años, Julio Travieso, convertido en uno de los más importantes intelectuales cubanos de las últimas décadas. Siguiendo orientaciones de Oscar Lucero y Marcelo Salado, los combatientes que actuarían en La Habana Vieja tomaron la determinación de asaltar la armería La Marina, de Mercaderes y Lamparilla, con un comando dirigido por Marcelo Plá e integrado por Roberto Casals, Reinaldo Aulet, Carlos Astiazarraín y Marcelo Muñoz. Mientras tanto, Julio Travieso y Aldo Rivero paralizarían el comercio en las calles Merced,

Cuba, Acosta y Luz y tratarían de incendiar los muelles. Brugueras forzaría el paro en Monserrate, Teniente Rey y Muralla y Mario Gil tomaría el control de la calle Obispo. Las armas para iniciar las acciones fueron guardadas en la barbería de Luis Lozada, en Lamparilla y Villegas.

En La Habana Vieja el éxito de la huelga fue supeditado al asalto a la armería. Desde allí se distribuirían las armas que permitirían organizar la resistencia con la toma de diversos edificios públicos. Con apenas una ametralladora Thompson y algunas pistolas, partieron los milicianos de la residencia de Casals en el barrio de Santos Suárez. Prefigurando su destino, se afirma que Casals dijo la víspera: “Mañana va a morir lo mejor de la juventud cubana y quiero tener el honor de caer con ella”. Fue una soleada mañana de abril. Frente a la armería de la calle Mercaderes se detuvo un Ford rojo del que descendieron dos jóvenes. El más alto y fuerte de los dos, Carlos Astiazarraín, empuñaba la Thompson y pocos minutos después empezaron a sacar las armas para introducirlas en un camión. Otros milicianos detenían los ómnibus y autos, atravesándolos en medio de las calles para impedir el paso de las perseguidoras.

Esta operación, ejecutada con precisión y serenidad admirables, se malogró por un accidente fortuito. Mientras el camión avanzaba por la calle Mercaderes, chocó contra un auto y fue necesario trasladar el cargamento hacia dos automóviles. Entretanto, las fuerzas de las patrullas y del SIM se lanzaron sobre ellos. Aulet tomó la ametralladora Thompson y ordenó a sus compañeros: “Sigán, que yo los aguanto”. En medio del fuego cruzado cayó Astiazarraín a pocos metros de la armería y Aulet fue abatido en la entrada de un edificio de oficinas por Lamparilla, mientras que Casals y Muñoz se parapetaron en la bodega que hacía esquina en Mercaderes y Lamparilla, batiéndose hasta la última bala. Cuando se les acabó el parque, fueron acribillados a balazos. Marcelo Plá y otros combatientes lograron evadir el cerco policial y salir milagrosamente con vida.

Decenas de combatientes murieron en las acciones o fueron asesinados por los cuerpos represivos a lo largo del país, y cientos fueron detenidos. Al finalizar la épica jornada, en La Habana resultaron asesinados por la represión más de treinta compañeros, entre ellos el intrépido luchador clandestino Marcelo Salado, segundo jefe del Movimiento 26 de Julio en la capital.

Diversas causas, objetivas y subjetivas, impidieron el éxito de la Huelga General Revolucionaria y que la paralización del país hubiera dado al traste con la dictadura de Batista. Dando muestras de su extraordinaria capacidad organizativa y de su indiscutible liderazgo, el guía histórico de la Revolución supo evaluar con firmeza las causas de aquel revés táctico, poniendo bajo un mando único todas las fuerzas revolucionarias del Movimiento 26 de Julio. Ocho meses más tarde, las tropas del Ejército Rebelde entraron triunfantes en Santiago y triunfó la Revolución cubana.

El Museo que hoy reabre sus puertas, fue concebido como institución cultural al cumplirse el décimo tercer aniversario de la huelga, el 9 de abril de 1971, con un proyecto que mostraba el área comercial de la misma forma que estaba en 1958, y en el resto del local se creó un salón de actos, una biblioteca histórica y una galería de mártires. Tras pasar a formar parte del sistema de Museos y Casas Museos de la Oficina del Historiador, en el año 1993, la Armería 9 de Abril ha desarrollado un intenso trabajo de extensión hacia la comunidad, a través de diferentes acciones culturales, actos conmemorativos, conversatorios, conferencias, exposiciones permanentes y transitorias, además de integrarse al proyecto Rutas y Andares en los meses de julio y agosto desde el año 2001.

Entre los objetos de mayor valor que pueden observarse en sus salas están armas de fuego largas y cortas, además de armas blancas, todas de finales del siglo XIX y principios del siglo XX. Destacan las escopetas y fusiles de caza con finos trabajos de ornamentación, producidos por prestigiosas casas armeras de España, Estados Unidos, Alemania, Rusia, Italia y Bélgica; accesorios para la caza deportiva, cuchillos de caza, dagas, cuchillos plegables y puñales.

De igual modo se expone una colección de armas utilizadas por combatientes del Movimiento 26 de Julio, entre cuyas piezas más relevantes están una carabina M2, utilizada por el Comandante Ernesto Che Guevara durante la lucha armada en la Sierra Maestra; un fusil Beretta con mira telescópica, que perteneció a la heroína de la Revolución Celia Sánchez; un fusil Springfield, modificado artesanalmente en las armerías del Ejército Rebelde; así como una muestra de la colección de documentos, fotos y objetos personales de miembros del Movimiento 26 de Julio en la clandestinidad.

Con la reapertura de la Armería 9 de Abril, con un renovado diseño museográfico y un discurso museológico auxiliado por la tecnología contemporánea, la Oficina del Historiador de La Habana da continuidad a su magno empeño de salvaguardar y poner a disposición del pueblo la preciosa herencia cultural que se custodia en el Centro Histórico, declarado Patrimonio de la Humanidad. Nuestra gratitud para todos los arquitectos, diseñadores, inversionistas, artistas, constructores y museólogos que trabajaron para hacer realidad este hermoso museo. Como tantas veces nos ha dicho nuestro líder y mentor, el doctor Eusebio Leal, la cultura es una poderosa fuerza moral capaz de revertir toda decadencia, y generar valores y sentidos de amor patrios en una sociedad como la nuestra, que se nutre cada día de su rica historia para construir el presente. La Armería 9 de Abril es un excelente ejemplo de todo ello.

Julio de 2020

EL PALACIO DE LOS TORCEDORES



En el corazón de lo que hoy llamamos Centro Habana, ubicado en las calles San Miguel y Marqués González, en el patriótico barrio de Cayo Hueso, destaca la imponente sede del Palacio de los Torcedores, uno de los edificios más emblemáticos en la historia del movimiento obrero cubano. En junio de 1924, en Junta General Extraordinaria, se aprobó la propuesta de Manuel Suárez, entonces presidente de la Sociedad de Torcedores, para recoger dinero a favor de la construcción del edificio social. Cada torcedor recibiría un bono que cubriría con sellos, mediante el pago de 20 centavos semanales. Con el dinero que se recaudó acordaron invertir en la compra de un terreno para levantar el edificio, a un costo de \$34 000. La obra estuvo a cargo del arquitecto e ingeniero Abel López Fernández y el costo total de la edificación y su habilitación fue de alrededor de \$100 000.

Dos fechas de gran simbolismo en la historia universal sirvieron para marcar el origen de su construcción. La primera piedra, cuya tarja podemos admirar todavía, se colocó el 28 de septiembre de 1924 con la presencia, entre otros, del dirigente comunista Alejandro Barreiro; del gran líder anarquista Alfredo López, artífice de la Federación Obrera de La Habana y de la Confederación Nacional Obrera de Cuba; de Carlos Baliño, veterano luchador contra el colonialismo español, fundador del Partido Revolucionario Cubano al lado de Martí, y Secretario de la Federación de las Sociedades de Torcedores de las provincias de La Habana y

Pinar del Río; y del joven de veintiún años Julio Antonio Mella, reconocido ya como líder estudiantil revolucionario.

Esta efeméride recordaba el sesenta aniversario de la creación en Londres, en 1864, de la Asociación Internacional de Trabajadores, también llamada la Primera Internacional, en la cual colaboraron activamente Carlos Marx, Federico Engels y Mijail Bakunin. Aquel día se escucharon las notas del Himno de los Trabajadores, *La Internacional* y las palabras restallantes de Mella, invitado por sus maestros y amigos Alfredo López y Carlos Baliño.

De manera natural, la Casa de los Torcedores acogió la velada artística y cultural por el primero de mayo de 1925, meses antes de ser inaugurado, cuando nuevamente Mella fue el orador, con el simbolismo de ser aquel el último primero de mayo que el líder de la Federación Estudiantil Universitaria pasó en Cuba. Posteriormente, amparó las actividades de la Liga Antimperialista de Cuba, otro de los ideales venerados por Mella, y que comparte con el Palacio la misma fecha de fundación.

Finalmente se produjo su inauguración el 14 de julio de 1925. Esta vez la fecha elegida fue la del estallido de la gran Revolución Francesa, proceso histórico que legó al mundo los conceptos modernos de Libertad, Igualdad y Fraternidad; y que para Cuba representaba la recordación de la gran Huelga de la Moneda, realizada en el año 1907. Entre los oradores de aquel día estuvo el destacado pedagogo Arturo Montori, precursor de la escuela nueva y de la enseñanza laica; y el llamado por el poeta chileno Pablo Neruda “El discóbolo de la juventud cubana”, Julio Antonio Mella, para quien la unidad entre el liderazgo estudiantil y los obreros era imprescindible en el proceso de lucha por la revolución social; y se escucharon poemas de Gabriela Mistral y José Santos Chocano en la voz de la joven luchadora Sarah Pascual.

El Palacio de los Torcedores tuvo entre sus más trascendentes funciones, durante la que Juan Marinello calificó como la “década crítica”, desde 1923 hasta la caída de Machado, la de albergar la Universidad Popular José Martí, entre 1925 y 1927, un estratégico

intento de unir a estudiantes, profesores y obreros, para ofrecer educación y cultura a la clase trabajadora, con el auxilio de destacados intelectuales comunistas como Rubén Martínez Villena, Julio Antonio Mella, Juan Marinello, Gustavo Aldereguía, Alfonso Bernal del Riesgo, José Zacarías Tallet y Sara Pascual, así como docentes de países latinoamericanos. En sus aulas los trabajadores recibieron clases de matemática, literatura, gramática, historia y otras disciplinas académicas, pero también se les explicaban los fundamentos del sistema capitalista de explotación al que estaban sometidos. En una magnífica foto que podemos admirar en el museo, vemos a un nutrido grupo de aquellos profesores, entre los que se destacan el perfil apolíneo de Mella y la figura gallarda de Villena.

En consonancia con lo anterior, en el Palacio los Torcedores existieron varios espacios culturales. Tuvo una biblioteca, con antecedentes que se remontan a 1914, cuando se creó la Sociedad de Resistencia de Torcedores de la fábrica La Corona, y cuyos fondos documentales y bibliográficos debemos cuidar con amor, por la hermosa historia que atesoran. Del mismo modo se fundó una imprenta, con el emblemático nombre de El Ideal, y ese ideal no era otro que el de la emancipación de los obreros de las cadenas que los oprimían. En esa imprenta se publicaron diversos materiales clandestinos durante la lucha contra la tiranía de Gerardo Machado, entre ellos folletos de propaganda con llamados a huelgas y a manifestaciones contrarias a la dictadura. Otros hitos destacados en la historia de la imprenta fueron la publicación de la revista *Alma Mater* y la preparación de los documentos para el congreso constitutivo del Sindicato Nacional de Obreros de la Industria Azucarera, en 1932.

En ese período, un líder estudiantil que estaría llamado a jugar un papel decisivo en el despertar de la conciencia del pueblo cubano durante los años cuarenta e inicios de los cincuenta, Eduardo Chibás, fue detenido en este local en enero de 1931, cuando preparaba materiales de los estudiantes universitarios contra la dictadura machadista. Como símbolo de la importancia que le

concedía a este lugar, debemos recordar que Chibás llamaba al Palacio de los Torcedores, la Casa de la Revolución. Años más tarde, Eduardo Chibás y Lázaro Peña sostendrían en este mismo lugar una discusión pública, en la cual expusieron sus puntos de vista sobre la conducción del movimiento obrero.

El Palacio de los Torcedores fue la sede del Primer Congreso Regional Obrero de La Habana, celebrado en diciembre de 1933 y sirvió como lugar de fundación de varias organizaciones obreras, como fue el caso del Congreso Provincial de Unificación Obrera, de cuya reunión surgió la Federación de Trabajadores de la Provincia de La Habana, en el que fue elegido como secretario general de dicha Federación, el líder sindicalista del sector del transporte, José María Pérez Capote.

También fueron recibidos aquí los miembros de la delegación sindical cubana que viajó a México, para asistir a la creación de la Confederación de Trabajadores de América Latina en 1938 y que preparó el congreso constitutivo de la Central de Trabajadores de Cuba (CTC) en enero de 1939. Asimismo, le cabe el honor al Palacio de los Torcedores de haber sido la sede temporal de la Confederación de Trabajadores de Cuba, antes de la construcción del Palacio de los Trabajadores; de la Asociación de la Prensa Obrera en Cuba; de la Sociedad Popular de Conciertos y del Teatro Popular dirigido por el actor y dramaturgo comunista Paco Alfonso, en los años cuarenta del siglo xx. Del mismo modo fue baluarte de la CTC unitaria hasta abril de 1948, después del desalojo por la policía de su sede oficial de Lázaro Peña y sus compañeros en julio de 1947. En el local, estaban ubicadas además las oficinas de la Federación Nacional Obrera de Torcedores y el Sindicato de Torcedores de La Habana.

Estas palabras de homenaje no estarían completas, si no mencionamos que fue, en este lugar, donde los obreros, intelectuales y el pueblo habanero progresista les rindieron postrer tributo a los restos mortales del poeta y dirigente máximo del partido comunista, Rubén Martínez Villena, cuyo cuerpo minado por la tuberculosis

expiró el 16 de enero de 1934 y aquí se realizaron sus exequias al siguiente día.

Como consecuencia de la aplicación en nuestro país de la política de Guerra Fría y su corolario anticomunista, tuvo lugar una feroz persecución contra los líderes obreros por parte de los gobernantes auténticos Ramón Grau y Carlos Prío, y fueron asesinados en el año 1948 el dirigente azucarero y representante a la Cámara, Jesús Menéndez, el 22 de enero; el líder del sindicato tabacalero y afiliado activo de la Sociedad de Torcedores, Miguel Fernández Roig, el 2 de abril; y el adalid de los trabajadores portuarios, Aracelio Iglesias, el 17 de octubre. Nuevamente fue en el Palacio de los Torcedores donde tuvieron lugar las honras fúnebres de los dos últimos dirigentes ultimados por la reacción y el imperialismo: Miguel y Aracelio.

Tras el triunfo de la Revolución, el 1.º de enero de 1959, el movimiento obrero cubano se sacó de encima para siempre todas las dominaciones, opresiones y vejámenes de que había sido víctima durante más de un siglo. Como dijo Fidel al proclamar su carácter socialista en abril de 1961, aquella era la revolución de los humildes, con los humildes y para los humildes. En consecuencia, se hizo necesario recuperar la historia de aquel pasado de explotación y adversidades, y de las ingentes luchas que se desplegaron para derrotarlas, y convertir esa memoria en patrimonio vivo para las presentes y futuras generaciones de cubanos. Por tal motivo, el XII Congreso Obrero de la CTC, celebrado en 1966, propuso crear el Museo Histórico del Movimiento Obrero, idea que se materializó en 1967 bajo la dirección de la dirigente comunista Haydée Guash, viuda del también destacado intelectual, dirigente sindical y comunista Carlos Fernández Rodríguez.

Una década más tarde, en 1978, y tomando en consideración sus notables valores históricos y patrimoniales, el Palacio de la Sociedad de Torcedores de La Habana fue declarado por el Consejo Nacional de Patrimonio con la condición de Monumento Nacional. Sin embargo, no fue posible conservar unida la colección del

Palacio, la cual, por motivo de deterioro del inmueble, fue dispersada por otras instituciones, como el Instituto de Historia de Cuba, el Museo de la Revolución y la sede nacional de la Central de Trabajadores de Cuba.

La institución que hoy llamamos con orgullo Centro Cultural Palacio de los Torcedores, integrado por la biblioteca, el teatro, el salón de actos, las oficinas y las aulas, ha sido testigo en los últimos años de un activo programa cultural comunitario, en el cual se destacan las acciones relacionadas con la historia del movimiento obrero cubano, y de manera especial con la vida y obra de su gran capitán, Lázaro Peña; los talleres internacionales por el Primero de Mayo; la realización de exposiciones de pintura y fotografía, y de festivales de música tradicional cubana; la coordinación de encuentros de la Sociedad Abakuá con el comité Provincial del Partido; la presencia de importantes personalidades de la cultura y de la historia en actividades de la Bienal de Artes Plásticas y de la Feria Internacional del Libro de La Habana; y de modo particular, ha sido relevante la participación de la colectividad que rodea el Palacio, el combativo y martiano barrio de Cayo Hueso.

14 de julio de 2020

EUSEBIO LEAL: MEDIO SIGLO DE HUMANISMO REVOLUCIONARIO¹



En 2018, se conmemoraron ochenta años de la creación de la Oficina del Historiador de la ciudad de La Habana, por el eminente historiador Emilio Roig de Leuchsenring, cuyos primeros recintos en la planta baja del Palacio Municipal fueron abiertos el 11 de junio de 1938. De ese espacio de tiempo, los últimos cincuenta años corresponden al liderazgo de esta oficina por el doctor Eusebio Leal Spengler, cumplidos el 11 de diciembre de 2017. Pocas veces en la historia de nuestro país se ha podido verificar una coincidencia tan absoluta entre una trayectoria personal y la vida de una institución, como en los casos de Roig y Leal con la Oficina del Historiador de la ciudad.

En cierto modo, la Oficina fundada por el doctor Roig debe verse como un resultado, en el plano de la política cultural, de los profundos cambios que tuvieron lugar en Cuba después de finalizada la revolución de los años treinta, y que el ensayista cubano Fernando Martínez Heredia conceptualizó como de “nacionalización de la nación”.² En este sentido, Emilio Roig fue el creador y promotor, junto a un puñado de colaboradores y destacados intelectuales, de un original e inédito proyecto cultural que lo llevó no solo a escribir, difundir y preservar el patrimonio histórico y

¹ Palabras de homenaje a Eusebio Leal en la Feria del Libro de La Habana, febrero de 2018.

² Fernando Martínez Heredia, “Nacionalizando la nación. Reformulación de la hegemonía en la segunda república cubana”, en *Andando en la historia*, La Habana, ICIC Juan Marinello/Ruth Casa Editorial, 2009.

artístico habanero, sino que su luminosa obra fue esencialmente de rescate y reivindicación permanente de las raíces más hondas de la cubanía, con una inmarcesible vocación latinoamericana y universal. Los *Cuadernos de historia habanera*, los Congresos Nacionales de Historia, las Ferias del Libro y la labor de la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales dan fe de lo anterior. De igual modo, los minuciosos tomos publicados en 1955, con el resumen de los primeros veinte años del trabajo de Roig como Historiador de la ciudad, son reveladores de la gigantesca gestión del patrimonio histórico-cultural realizada por el autor de *Historia de la Enmienda Platt*, así como de los innumerables obstáculos que debió enfrentar, en un medio social y político no pocas veces hostil.

Como magnífico colofón a su larga vida, Roig pudo ver publicada la edición definitiva de su libro *La Habana. Apuntes históricos*, en tres volúmenes, cuyo último tomo cierra con los párrafos vibrantes de la Segunda Declaración de La Habana. Murió en su ciudad natal, el 8 de agosto de 1964. Pocos días más tarde, el 11 de septiembre, un sencillo trabajador del gobierno municipal cumpliría veintidós años, y quizás no imaginaba que sería él, gracias a una devoción y un sentido del momento histórico admirables, el continuador de aquella magnífica labor intelectual.

Como tantos miembros de su generación, el joven Eusebio Leal fue un entusiasta protagonista de la revolución victoriosa, a la que se sumó desde su condición de militante juvenil católico, y a la que abrazó por su origen humilde y por sus personales convicciones éticas y patrióticas. La revolución le permitió alcanzar el sexto grado en la educación obrera-campesina, y lo convirtió rápidamente en educador de otros durante la campaña de alfabetización. En un acto que prefigura su destino, en 1959 comienza sus labores en las oficinas administrativas del Palacio de los Capitanes Generales, que rebautizado luego como Museo de la Ciudad, sería el origen y el alma de una épica personal, que comenzó el 11 de diciembre de 1967, fecha en que se trasladaron de allí las dependencias del

gobierno de la ciudad, y que llega, con perdurables energías y renovados impulsos, hasta nuestros días.³

Fue en aquellos días finales de 1967 cuando recibió la dirección de la Oficina del Historiador y junto con ella la encomienda de rehabilitar el antiguo Palacio de Gobierno, y a esa titánica obra se dedicó sin descanso. La restauración del museo lo puso en contacto con la disciplina arqueológica, y le permitió familiarizarse con el trabajo directo de las excavaciones en los pavimentos, donde se encontró la huella pretérita de los enterramientos de la desaparecida Parroquial Mayor, y las calas en paredes y muros le revelaron el universo de las pinturas murales hechas al fresco. En fotografías de aquella época se le ve, muy delgado y con unos espejuelos oscuros que le cubrían el rostro, con una espátula y un cincel dentro de una zanja, o dando pico y pala junto a los trabajadores que lo auxiliaban, ataviado ya con el traje gris que ha sido su prenda de vestir predilecta durante la mayor parte de su vida.

Pero aquella faena física era apenas el comienzo de una ambiciosa y extraordinaria aventura intelectual, que se anuncia y cobra vida dentro y fuera de los ámbitos del inmueble, y que se materializa en 1968 en el homenaje del Museo de la Ciudad por los cien años de lucha del pueblo cubano, en la promoción de miles de visitas populares a las salas para conocer el pasado glorioso de la nación, o en la creación de espacios para la difusión de la trova tradicional, como en el caso de la peña de Alfredo González Suazo, *Sirique*, en un temprano antecedente de preservación del patrimonio sonoro de Cuba. Era necesario entonces atraer los fragmentos dispersos de la Oficina de Roig, y a finales de los años 60 fueron rescatadas la biblioteca Francisco González del Valle y el archivo antiguo de la ciudad, que contenía el enorme tesoro de las *Actas capitulares del Ayuntamiento*. A partir de ese momento, Leal inició

³ Para ampliar sobre la intensa actividad vital de Eusebio Leal, son imprescindibles los tomos recopilatorios realizados por las eminentes bibliógrafas Araceli y Josefina García Carranza: *Bio-bibliografía de Eusebio Leal Spengler*, La Habana, Ediciones Boloña, 2012-2014, 5 t.

una sistemática y paciente labor de comunicador del patrimonio, dictando incontables conferencias, mes tras mes, año tras año. En un acto cultural inédito, durante la Zafra de los Diez Millones, el joven museólogo trasladó exposiciones itinerantes por los centrales azucareros y ofreció charlas a los cortadores de caña de La Habana.

Esta brega febril lo llevó también a sufrir algunos tropiezos, como cuando negocia sin éxito el rescate de documentos pertenecientes a la orden franciscana. Pero su tenacidad es incansable, y logra que le sean entregados objetos religiosos de valor histórico excepcional. También desde fecha tan temprana comienza a gestionar acuerdos con instituciones extranjeras para recibir objetos y documentos relacionados con la historia de Cuba. La notoriedad del museo y el trabajo de su director crecen rápidamente, y a las conferencias, charlas, obras técnicas, de clasificación y restauración, se suman las visitas de importantes delegaciones internacionales, que llegaban para conocer de primera mano, por boca de un testigo privilegiado, la historia de Cuba. Su primer viaje al extranjero lo efectúa en diciembre de 1971 a Moscú, donde recibe la condición de miembro del Museo de Historia de la capital soviética. En 1972 recibe a Fidel en el Museo de la Ciudad y realiza una importante visita a Praga, donde diserta sobre La Habana como centro comercial y político del siglo XVII.

Los años setenta fueron de una labor intelectual enorme como conferencista, dentro y fuera de Cuba, y prácticamente no existe un tema o periodo de la historia de la nación que no sea motivo de una charla, un conversatorio, un discurso o una conferencia, impartidas en los más disímiles escenarios, desde ilustres universidades hasta centros de trabajo, fábricas, empresas, ministerios, bancos, hospitales y escuelas. Pero este singular y dinámico conferencista es un autodidacta, no ha cursado estudios superiores y aun así puede, gracias al prestigio ganado, ser miembro de un tribunal de tesis, oponente de una obra científica o dictar conferencias en un aula de la Escuela de Artes y Letras de la Universidad de La Habana.

El próximo paso fue precisamente el de alcanzar su título como Licenciado en Historia, para poder legitimar ante el mundo académico, una brillante ejecutoria como historiador empírico. En septiembre de 1975 matriculó en la modalidad de curso para trabajadores de la Escuela de Historia, y avalaron su ingreso, aun sin poseer la enseñanza media, las firmas de ilustres intelectuales como Juan Marinello, Raúl Roa, Antonio Núñez Jiménez, José Luciano Franco, Francisco Pividal Padrón, Mariano Rodríguez Solveira y Manuel Rivero de la Calle. Durante el lustro que duran sus estudios, es numerosa la producción de Leal en cuanto a conferencias de la más diversa índole, y quizás muchas de ellas hubieran sido suficientes para aprobar las asignaturas del currículo.

Un hito importante acontece en vísperas del aniversario de la ciudad, el 15 de noviembre de 1977, cuando abrió sus puertas al público El Templo, una vez concluidas sus obras de restauración. Otro peregrinar de gran trascendencia lo lleva a Italia, en el año 1979, con una beca de estudios del Ministerio de Asuntos Exteriores, para ampliar sus conocimientos sobre historia del arte. Finalmente, el 26 de diciembre de aquel año recibe su diploma como graduado de la Universidad de La Habana en la carrera de Historia. Desciende la escalinata con el pergamino bajo el brazo, pero antes, como me ha contado muchas veces, dejó una rama de laurel en el regazo del Alma Mater, madre protectora del conocimiento y la verdad.

Los inicios de la década de los ochenta lo encuentran en una cada vez más agitada vida de conferencista y promotor cultural, peregrinando por varios países donde diserta sobre temas de historia y cultura de Cuba y La Habana. La relación de la Oficina del Historiador con el ámbito latinoamericano se fortalece y amplía, como prólogo a la apertura que tendrán después las casas museos dedicados en el centro histórico a México, Venezuela y Ecuador.

En esos años se iniciaron los trabajos de restauración de inmuebles de gran valor patrimonial en la calle Obispo y Mercaderes. En 1982, La Habana Vieja y su sistema defensivo son

declarados Patrimonio Cultural de la Humanidad y en buena medida ese reconocimiento se debe a la labor desplegada por Leal y sus colaboradores desde hacía quince años. Periódicamente presenta informes al gobierno municipal sobre la restauración de inmuebles históricos en La Habana Vieja, que lentamente descubre su hermoso rostro de ciudad ecléctica bajo las ruinas y escombros. Para 1984, el Museo de la Ciudad recibía anualmente cuatrocientos mil visitantes, y ese mismo año acogió la visita del comandante Fidel Castro, de tantas que tendrían lugar, para conocer la marcha de las obras de restauración. En estos años, ninguna de las grandes personalidades del mundo político o cultural que visita La Habana deja de pasar por el Museo de la Ciudad.

Asimismo, la influencia mediática de Leal traspasó las ondas de Radio Habana Cuba, donde había venido grabando el programa “Andar La Habana”, y se adueña de un espacio estelar en el canal principal de la televisión cubana, ganando una creciente audiencia. Sus relaciones con el ámbito académico se estrecharon al ser declarado el museo unidad docente de la Universidad de La Habana e integrar el comité asesor de la cátedra bolivariana fundado por Francisco Pividal Padrón. Dos volúmenes recopilatorios de conferencias y ensayos: *Regresar en el tiempo*, de 1986 y *La Habana: ciudad antigua*, de 1988, afianzaron su prestigio como investigador del pasado habanero y cubano.

En 1987, al cumplirse dos décadas de su gestión al frente de la Oficina, Leal se involucra en acciones de gran envergadura y participa en la coordinación de las obras que se realizan en los castillos del Morro y La Cabaña. A estas labores de rescate patrimonial se suman otras en diversos lugares de La Habana Vieja: la Casa de los Franchi Alfaro, el Gabinete de Arqueología, la Casa de México, la iglesia de San Francisco de Asís, la Cortina de Valdés y el Convento de Santa Clara. Los Planes de Restauración, financiados por el presupuesto estatal, siguieron una estrategia de concentración de las acciones en dos de las plazas principales: Plaza de Armas y Plaza de la Catedral, así como en los ejes Oficinas, Mercaderes,

Tacón y Obispo. En diez años fueron rehabilitadas más de sesenta edificaciones que, en su conjunto, mostraron la potencialidad de los monumentos recuperados. En 1989, el Museo de la Ciudad recibió la orden Félix Varela de Primer Grado y Leal fue designado miembro del consejo científico de la Facultad de Artes y Letras y de la Comisión Nacional de Patrimonio Cultural.

La década de los años noventa, marcada por la desaparición del campo socialista y el inicio del periodo especial, trajo para la Oficina del Historiador un cambio radical en su manera de enfrentar los trabajos de restauración del Centro Histórico habanero, y se puso en marcha un modelo de gestión original e inédito, en el cual se articulaban integralmente los mecanismos de autofinanciamiento, preservación de los valores patrimoniales, mejoramiento de las condiciones de vida de la gente y sostenibilidad medioambiental.⁴

Para Eusebio Leal fueron años de febriles trabajos y sueños compartidos con un creciente equipo de colaboradores, que van conformando un tejido institucional de gran valía profesional y calidades humanas en el Plan Maestro, la Dirección de Inversiones, el Gabinete de Arqueología, la Escuela taller, la oficina de Asuntos Humanitarios, la Dirección de Cooperación Internacional, la Dirección de Arquitectura Patrimonial, los centros de atención médica y nuevos museos. La Habana Vieja se convierte así en un apasionado laboratorio de ideas y proyectos sobre el futuro de la ciudad histórica, teniendo siempre como eje vertebrador la cultura y como inspiración principal el ser humano. Se buscaba preservar no solo la integridad o autenticidad de los edificios antiguos, sino de devolverle su dignidad al tejido urbano con todas las funciones públicas, cívicas y domésticas en su interior.⁵

⁴Véase: *Plan estratégico de desarrollo integral (PEDI)*, La Habana, Plan Maestro para la Revitalización Integral de La Habana Vieja/Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana, 2011.

⁵Véase: *Una experiencia singular. Valoraciones sobre el Modelo de Gestión de La Habana Vieja, Patrimonio de la Humanidad*, La Habana, UNESCO/Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana, 2006.

En lo personal, el ritmo de sus intervenciones, viajes y conferencias es vertiginoso. Estamos en presencia de un intelectual en plena madurez y dueño de un señorío verbal incontestable. Y así como Emilio Roig logró colocar la estatua de Céspedes en la Plaza de Armas, tras décadas de arduo esfuerzo personal, la publicación por Leal en 1992 del *Diario perdido de Carlos Manuel de Céspedes*, corona un antiguo anhelo de dar a conocer esta pieza, clave para comprender el pensamiento político y la humanidad del Padre de la Patria. En 1993 se le nombra Académico de Número de la Academia Cubana de la Lengua, y su discurso de ingreso versa sobre la figura del ilustre patriota bayamés. En 1995 fue electo presidente de la Unión de Historiadores de Cuba, al año siguiente se le concede el título de Maestro en estudios sobre América Latina, el Caribe y Cuba y vio la luz su libro de ensayos *La luz sobre el espejo*. También en ese año surgió la revista que dará testimonio de la obra de la restauración, *Opus Habana*. A la revista se sumarán otros dos importantes medios de comunicación, la emisora Habana Radio en 1999 y el *Programa cultural* en 2002, los que cubren para públicos diferenciados todo el quehacer de rescate patrimonial en el centro histórico.

En 1997, en el año de su trigésimo aniversario como Historiador de La Habana, defiende con éxito su doctorado en Ciencias Históricas, ante un prestigioso tribunal académico universitario. Diez años más tarde, al quedar abierto el curso 2007-2008, otro sueño se cumple con la inauguración del Colegio Universitario San Gerónimo de La Habana, que por mandato del jefe de la Revolución restituyó al antiguo edificio de Santo Domingo sus funciones académicas y culturales, y donde hoy se conservan los archivos y bibliotecas de la Oficina del Historiador, la Academia Cubana de la Lengua y de la Historia, los talleres de restauración del patrimonio, galerías de arte, salas de cine y los proyectos musicológicos Gabinete Esteban Salas y conjunto de música antigua Ars Longa. En 2010, gracias a su gestión personal junto a un puñado de ilustres historiadores, refunda la Academia de la Historia

de Cuba, institución encargada de las más altas funciones relacionadas con esa disciplina en nuestro país.

El siglo XXI recibió una Oficina del Historiador pujante y en constante renovación y perfeccionamiento, con programas educativos y culturales reconocidos internacionalmente, como los proyectos Aula en el museo o Rutas y andares en los meses de verano, destinados a practicar un turismo cultural en familia. Asimismo tuvo lugar la terminación de obras de un gran impacto edilicio, comunitario y patrimonial, como la rehabilitación de las calles Tacón, Amargura y Teniente Rey; el proyecto del Castillo de la Fuerza, hoy museo naval y de la arqueología submarina; la excavación de las murallas de mar; la casa de los marqueses de Prado Ameno, hoy Casa de la Poesía y Liceo Literario de La Habana; el Museo de la Pintura Mural; el Museo de los Bomberos; la casa de los condes de Fernandina, dedicado a gabinete de restauración; el centro de rehabilitación pediátrica; las residencias protegidas para la tercera edad; el planetario astronómico; la sede del ballet de Litz Alfonso; el centro comunitario de salud mental; el museo de la Farmacia Sarrá; el Museo de la Cerámica; el centro cultural y artesanal Almacenes de San José; la sala teatro de la Colmenita; el Casino Español de La Habana; la Alianza Francesa de Cuba; el Teatro Martí; la Casa de las Tejas Verdes, centro promotor de la arquitectura moderna y contemporánea; el Convento de Belén y su observatorio museo meteorológico; el museo y teatro de títeres El Arca; el Centro para Adolescentes y el Palacio del Segundo Cabo, Centro para la Interpretación de las Relaciones Culturales entre Europa y Cuba. La culminación en 2019 de la magna obra del Capitolio Nacional, sede del parlamento cubano, fue uno de los hitos fundamentales que marcó la efeméride del quinientos aniversario de la villa de San Cristóbal de La Habana. En el libro tercero de *Para no olvidar*, una copiosa recopilación fotográfica y documental de la obra realizada en los más diversos ámbitos, Leal realiza un puñado de reflexiones personales que me parecen de capital importancia:

He escuchado decir que el proceso de restauración de La Habana Vieja es romántico, idealista... Si así fuera, no hemos de tener vergüenza, pues pobres de aquellos que excluyan a la poesía de cualquier acto creador... Así, cual araña que teje su tela, atamos día a día las relaciones internacionales, tocamos a diario los corazones de nuestros conciudadanos, impregnando un alto contenido humano, solidario y enaltecido a cada iniciativa, soplando vida sobre lo que parece muerto u olvidado... El subdesarrollo no genera memoria, sino soledad y desesperanza. Produce la sensación de que siempre hay que comenzar de nuevo y que solo algunas instituciones o individuos se salvan de esta ley fatal inexorable. La virtud y la inteligencia —unidas ambas— han de guiarnos en la necesidad de volver a indagar en la historia para reencontrar lo que ya antes fue descubierto... Fuimos formados en el rigor de la arqueología, la arquitectura, la museografía, la archivística, la bibliotecología, entre otras múltiples disciplinas de las ciencias sociales o de la historia del arte. Asimismo, ejercimos diversos oficios: carpintería, albañilería, vidriería, cantería... pero era tan complejo el panorama que nos deparaba la precariedad de la ciudadela habitada, que sería un acto de vanidad afirmar que nosotros la hemos restaurado. Más bien ella contribuyó decisivamente a modelar el carácter y el estilo de nuestro quehacer, nos indujo a preservar la pátina del tiempo y a sortear las dificultades del presente.⁶

Fidelísimo al legado de su predecesor Emilio Roig, jamás ninguna de las tradiciones de la Oficina ha sido olvidada o relegada, con especial destaque para las fechas patrias del 10 de octubre en el monumento a Céspedes de la Plaza de Armas o el dedicado al 27 de noviembre en recordación de Nicolás Estévez

⁶ Eusebio Leal Spengler, "Proemio", *Para no olvidar. Testimonio gráfico de la Restauración del Centro Histórico de la Ciudad de La Habana*. Libro Tercero. Ediciones Boloña, La Habana, 2010, pp. 10-11.

en la Acera del Louvre. Su devoción a Roig ha sido permanente y sincera, y de él ha dicho: “Sin el legado, es imposible hacer, por lo menos para mí, absolutamente nada. Roig es, y será siempre el eterno y paradigmático Historiador de la Ciudad de La Habana... Sin Emilio Roig no existiría Eusebio Leal... Hemos contribuido con un grano de arena a levantar el pedestal de su monumento”.⁷

Quiero terminar mis palabras con la evocación de dos grandes criaturas, hijas cubanísimas de la poesía, que han dedicado a Eusebio Leal, su amistad y su admirado elogio. El primero es Cintio Vitier, que lo llamó: “recreador del poema de todos los tiempos de La Habana Vieja”.⁸ La segunda es Fina García Marruz, quien afirmó con vehemencia: “Cuando lo olviden los hombres, todavía lo recordarán las piedras”.⁹ Pero a Eusebio Leal Spengler, amante de su patria y apasionado de su ciudad, hijo ilustre de su tiempo y admirador de la belleza, devoto de la memoria y espléndido adalid de la esperanza, agregó yo, los hombres y mujeres agradecidos del Reino de Este Mundo no lo olvidarán jamás.

La Habana, febrero de 2018

⁷ Eusebio Leal Spengler, “Emilio Roig: el eterno Historiador de la Ciudad de La Habana”, disponible en <http://www.eusebioleal.cu/tribuna/emilio-roig-el-eterno-historiador-de-la-habana/>

⁸ *Eusebio Leal Spengler. Premio Nacional de Ciencias Sociales y Humanísticas 2016*, Instituto Cubano del Libro/Ediciones Boloña, La Habana, 2016, p. 33.

⁹ Ídem, p. 37.

LEAL A CÉSPEDES

Es tradición antigua de la Oficina del Historiador, en víspera de la conmemoración del Grito de Independencia lanzado por Carlos Manuel de Céspedes en su ingenio Demajagua, honrar la memoria del prócer que, en aquel hermoso paralelo entre el hombre del Diez de Octubre y el Bayardo camagüeyano, dijo Martí refiriéndose al primero: “Es preciso haberse echado alguna vez un pueblo a los hombros, para saber cuál fue la fortaleza del que, sin más armas que un bastón de carey con puño de oro, decidió, cara a cara de una nación implacable, quitarle para la libertad su posesión más infeliz, como quien quita a una tigre su último cachorro. ¡Tal majestad debe inundar el alma entonces, que bien puede ser que el hombre ciegue con ella!”¹

El texto de Martí que acabo de citar lleva por título “Céspedes y Agramonte”, y mis palabras quiero titularlas: “Leal a Céspedes”. Devoto del legado de Emilio Roig, a quien siempre llamó con admiración y respeto “mi predecesor de feliz memoria”, Eusebio Leal, historiador de La Habana durante más de medio siglo, continuó la práctica de exaltar las grandes figuras y fechas patrias, con especial destaque para aquel que había fundado, con gesto magnífico, la nación cubana. Mucho hizo Roig por honrar su memoria en los tiempos difíciles de la República burguesa, y el resumen de sus desvelos fue justamente colocar en este espacio público, de la mayor jerarquía en el imaginario urbano de La Habana,

¹ José Martí, “Céspedes y Agramonte”, *Obras escogidas*, Editora Política, La Habana, 1979, t. II, p. 319.

una gallarda estatua del mártir de San Lorenzo, obra que lo muestra altivo y desafiante al poder colonial, en sustitución del monumento de Fernando VII, funesto representante de aquel colonialismo decadente.²

Tras el triunfo de la Revolución Cubana, el culto a Céspedes, que tuvo en Hortensia Pichardo y Fernando Portuondo, amigos y colaboradores de Emilio Roig, a dos virtuosos maestros, encontró eco en la prédica patriótica de Eusebio Leal, quien allegó en el Museo de la Ciudad piezas fundamentales en la vida del prócer, entre ellas el hermoso retrato al óleo realizado en los Estados Unidos en 1872, por J. Devich, copia de una fotografía de 1857; la bandera de La Demajagua, enviada por Céspedes a Anita, con el encargo de traerla de vuelta a la patria libre, promesa que ella cumplió íntegramente; el revólver de seis balas con cachas de marfil, que llevaba en San Lorenzo; el trio de plumas y abrecartas de madreperlas, ébano, nácar y oro; y los bonos de la República de Cuba en Armas, firmados por su primer presidente.

En paralelo con la misión patrimonial del museo, Leal fue durante décadas un entusiasta defensor y divulgador de la figura de Céspedes, y en este sentido disertó en numerosas ocasiones sobre aspectos biográficos y épicos del héroe, en un ramillete de discursos, artículos y evocaciones. Entre muchos ejemplos que podrían citarse, en ocasión del ciento siete aniversario de su caída en combate, el 27 de febrero de 1981, Leal escribe en las páginas de *Granma* un emotivo texto, en el cual señala que: “Fue Céspedes la síntesis más acabada y a la vez simbólica de los cubanos, en su admirable capacidad de integrar las urgencias y las necesidades de nuestra tierra, en el contexto de la época en que a él le tocó existir y hacer”.³

² Véase: Emilio Roig de Leuchsenring, *Biografía de la primera estatua de Carlos Manuel de Céspedes erigida en la ciudad de La Habana*, Municipio de La Habana, Oficina del Historiador de la Ciudad, 1956.

³ Eusebio Leal, “Carlos Manuel de Céspedes: el Padre de la Patria”, *Granma*, La Habana, 27 de febrero de 1981; en *Regresar en el tiempo*, Letras Cubanas, La Habana, 1986, p. 135.

A lo largo de su vida, Leal hizo de Céspedes una figura tutelar de su pensamiento, y con el paso del tiempo fue forjando y sedimentando una particular manera de entender la biografía del insigne bayamés, que lo llevó a conocerlo en profundidad, desde su grandeza como libertador hasta sus desgarramientos como ser humano de carne y hueso. Hay un momento particularmente hermoso en esta pasión cespedianiana de Leal, y es cuando llegan a sus manos los dos cuadernillos de su último *Diario*, ocupado por los españoles en la catástrofe de San Lorenzo, y cuya destinataria debía ser Anita, su esposa, que nunca lo recibió. Rescatado por los hermanos Julio y Manuel Sanguily, este último jamás accedió a entregarlo a la viuda, claro síntoma, dice Leal: "...de la inocultable acritud que el vehemente orador y autor de ensayos y artículos patrióticos, combatiente en la guerra de los Diez Años, reservó a Céspedes".⁴

Oculto el diario durante más de un siglo, sus páginas se consideraban el fragmento clave, el mensaje cifrado necesario para reconstruir cabalmente el entramado de contradicciones y desafíos que debió enfrentar la revolución en sus primeros años. Alice Dana, viuda del doctor José de la Luz León, albacea de este documento, cumpliendo la voluntad de su esposo lo entregó a Leal, quien decidió publicarlo con una dedicatoria a sus maestros Hortensia Pichardo y Fernando Portuondo. En el artículo que dio a conocer la noticia, aparecido en el periódico *Juventud Rebelde* el 9 de octubre de 1988, escribe Eusebio los siguientes juicios: "A través de sus páginas aparece nítida la imagen humana, la solidez moral, la lealtad a los principios, la franqueza de aquel a quien reservó la historia el singular privilegio de desencadenar las fuerzas sociales y conducir los destinos de la Cuba insurgente, desde la gloriosa alborada del 10 de octubre hasta su deposición, dictada por la Cámara de Representantes el 27 de octubre de 1873".⁵

⁴ Eusebio Leal, "Carlos Manuel de Céspedes. *El diario perdido*", *Juventud Rebelde*, La Habana, 9 de octubre de 1988; en Verba Volant, Electa, Milán, 1990, p. 58.

⁵ *Ibidem*.

Y añade: "...todo cuanto está escrito, día a día y hora a hora, refleja la ansiedad y la agonía, las luchas enconadas, las privaciones y la entereza del hombre que jamás perdió la fe en la victoria de su pueblo".⁶ Luego de una cuidadosa labor de transcripción del manuscrito, *El diario perdido* fue publicado inicialmente en Zamora, España, en 1992, en previsión de que, a juicio del historiador, no todos estuvieran dispuestos a aceptar las afirmaciones y juicios sobre distintos sucesos y personalidades, en extremo rigurosos en algunos casos. La posterior publicación del *Diario perdido* en nuestro país, con prólogo de la doctora Hortensia Pichardo, le deparó a Leal grandes satisfacciones en su vida intelectual, y en particular dos a las que me referiré enseguida. Fue sobre el *Diario* que reflexionó en su discurso de ingreso a la Academia de la Lengua, en 1994, en presencia de la eminente poetisa Dulce María Loynaz y con ese propio documento obtuvo su Doctorado en Ciencias Históricas en la Universidad de La Habana, en 1995. En la disertación ante los académicos de la lengua, el verbo poético de Leal alcanzó notas conmovedoras, cuando expresa: "La tensión sostiene en vilo nuestro interés, adentrándonos en una lectura tocada por un halo de tristeza y desconsuelo, dadas las trágicas circunstancias en que la pluma trazó sobre estos cuadernos los rasgos del fundador de la República"⁷ y para dominar la emoción de los oyentes, agregó esta interpretación original y personalísima: "Céspedes es un ideal, un paradigma que emerge de las tenebrosas situaciones de una guerra donde se enfrentan cubanos y españoles como bandos opuestos, pero que en su esencia es una tormenta familiar"⁸.

Sobre la defensa de su doctorado en Ciencias Históricas ha escrito otro apasionado de Céspedes y testigo del hecho, el doctor Rafael Acosta de Arriba, mientras se producía su disertación:

Fue algo insólito. Eusebio, mientras hablaba de Céspedes, fue interrumpido con cerrados aplausos en repetidas ocasiones

⁶ Ídem, p. 59.

⁷ Eusebio Leal, "El diario perdido de Céspedes", en *La luz sobre el espejo*, Ediciones Boloña, La Habana, 2004, p. 159.

⁸ Ídem, p. 160.

por el tribunal y el público allí presente, algo nunca visto en un ejercicio de esa naturaleza. Por supuesto, no miró ni una sola vez para el documento contentivo de la tesis, todo estaba en su cabeza y en su caudalosa oratoria.⁹

Volviendo al *Diario perdido*, Eusebio revisitó una y otra vez sus páginas en numerosos discursos y conferencias, entre las más descollantes la que pronunció en la Fundación Alejo Carpentier, durante la inauguración del ciclo “La intimidad de la historia”, el 10 de enero de 2012. Aquella tarde, Leal estaba particularmente motivado y realizó una extensa lectura comentada del *Diario*, al tiempo que reconstruyó los avatares de su publicación. Allí dice, en una de sus metáforas favoritas, que le escuché decir muchas veces, que Céspedes era “la piedra angular del arco” que sostiene la nación cubana. Destacó varios de los pasajes que más le gustaban, que no solamente leyó, sino que también interpretó intensamente, subrayando en ellos la condición intelectual de Céspedes, su estro poético y su particular sensibilidad hacia los humildes y desposeídos. Lo llamó con cariño “amador sin reposo” y también “hombre de pasiones”, algunos de cuyos juicios eran demasiado severos. Antes había escrito sobre el hombre galante y seductor lo siguiente:

Enamorado y galán, mas siempre caballero, el amor le prodigó exquisitas celadas a las cuales él no fue esquivo, y esto, más que defecto, es en la estructura de su ser íntimo, encanto. De aquellos devaneos amorosos sobrevivió una estirpe que no llevó con sonrojo su nombre. ¡Quién podría enjuiciar con ojos puritanos al vigoroso genitor a quien sorprende la muerte con un último beso de mujer en la mejilla!¹⁰

⁹ Rafael Acosta de Arriba, “Una pasión lúcida. Carlos Manuel de Céspedes en el pensamiento de Eusebio Leal”, *Programa Cultural*, Oficina del Historiador de la Ciudad, La Habana, octubre de 2020, p. 6.

¹⁰ Eusebio Leal, “*El diario perdido* de Carlos Manuel de Céspedes”, en *Carlos Manuel de Céspedes. El diario perdido*, Ediciones Boloña, La Habana, 2019, p. 39.

Pero al final lo descubre en toda su grandeza, y se acerca con estremecimiento y respeto al “viajero, al hombre de mundo, al impecable caballero”, que renunció a todo lo que su clase social podía ofrecerle para irse a la epopeya, y Eusebio exclama ante su memoria: “¿Quién soy yo para no entrar en la historia con la cabeza descubierta? ¿Quién soy yo para llorar una lágrima que no sea la suya. (...) ¿Quién soy yo desde mi condición humana, para no hacer otra cosa que analizar, llorar y tener la misma esperanza que a Céspedes no le faltó nunca por Cuba y para Cuba?”¹¹

Llevaba mucha razón la doctora Hortensia Pichardo cuando dijo, en el prólogo a la primera edición del *Diario*:

Ahora, los estudiosos del Iniciador de nuestros Cien Años de Lucha han de recibir con emoción las páginas que contiene este Diario dada la tenacidad investigativa y la vocación cespedita del Historiador de la Ciudad de La Habana, Eusebio Leal, las cuales tienen la importancia de ser lo último que el mártir de San Lorenzo escribiera y donde están reflejadas, entre otras, las ideas y sentimientos de la más dura etapa de su vida. La labor de Eusebio Leal merece el reconocimiento de todo cubano amante de nuestras raíces históricas, ya que también con su constante trabajo, pudo hallar cartas inéditas de Ana de Quesada, que aparecen junto a las páginas del *Diario* de San Lorenzo.¹²

En otros textos dedicados a Céspedes, sobre todo en los años más recientes, la poesía y el rigor histórico andaban de la mano en la manera en que Leal realizó siempre su hidalguía, su pundonor, su estoicismo, su particular cosmovisión del mundo formado en los arcanos de la masonería, su condición humana que lo lleva a decir que no era perfecto ni infalible, su virtud revolucionaria, el sacrificio

¹¹ Eusebio Leal, “Retorno al *Diario perdido*”, en *Aeterna sapientia*, Ediciones Boloña, La Habana, 2015, p. 60.

¹² Hortensia Pichardo, “Prólogo a la primera edición”, en *Carlos Manuel de Céspedes. El diario perdido*, ob. cit., p. 10.

filial que lo situó en la condición suprema de Padre de la Patria, la pobreza y el decoro cívico de sus últimos días, y de manera constante insistía en su fe inquebrantable en los destinos de Cuba.

En la hermosa crónica de su calvario, publicada en *Granma* el 27 de febrero de 2014, Leal termina diciendo: “Si fue la traición o el azar el que guió al Batallón de los Cazadores de San Quintín hasta aquel apartado, y al parecer, seguro refugio de la Sierra, poco importa ya. Los ignotos perseguidores del hombre de La Demajagua eran portadores, sin saberlo, de la corona de laurel para ceñir su frente”.¹³ Y en la ceremonia de inhumación de los restos de Céspedes y Mariana, en el Cementerio Patrimonial de Santa Ifigenia, el 10 de octubre de 2017, todos recordamos la profunda emoción que lo embargaba cuando exclamó, al clausurar su discurso: “Padre, un día te trajeron a Santiago con ropas raídas, ensangrentado y deshecho; eras joven, y sin embargo habías envejecido en el dolor, en el sufrimiento, en la ingratitud, pero jamás te abandonó la esperanza”.¹⁴ Es con esa esperanza en el futuro de Cuba que quiero invitar a leer con fervor y lealtad los textos cespedianos de nuestro maestro Eusebio Leal, y a caminar por los senderos de la historia, como nos pidió siempre, con la cabeza descubierta.

9 de octubre de 2020

¹³ Eusebio Leal, “Carlos Manuel de Céspedes, el Padre de la Patria”, en *Aeterna sapientia*, ob. cit., 2015, p. 34.

¹⁴ Eusebio Leal, “La única revolución que ha existido en nuestra tierra”, en *Cuba, prendida del alma*, Ediciones Boloña, La Habana, 2018, p. 21.

LOS ROSTROS DE LA SOLIDARIDAD¹



Es para mí un gran honor poder decir unas breves palabras en la inauguración de esta hermosa exposición fotográfica que lleva por título Los Rostros de la Solidaridad, donde se enlazan instituciones y personas a las que profeso mi mayor afecto. Entre las instituciones está la que da origen a esta muestra, el Proyecto Socio Cultural Quisicuba, o si lo preferimos decir de una manera más íntima, como indica la invitación: el Cabildo Quisicuba —y después hablaré un poco de qué cosa representaron los cabildos en la cultura cubana— y la Oficina del Historiador de la Ciudad, que acoge en sus predios de la Galería Rubén Martínez Villena las magníficas imágenes de uno de los grandes fotógrafos cubanos contemporáneos: Julio Larramendi. No cometeré, desde luego, la ligereza de comentar las fotos, porque sería ingenuo revelar lo misterioso del arte, y además ellas hablan por sí solas, tanto del talento de quien las hizo, como de los rostros agradecidos que las protagonizan.

El Cabildo y la Oficina son dos instituciones que tienen casi la misma edad: la Oficina fue fundada por Emilio Roig el 11 de junio de 1938, tres años después de su nombramiento como Historiador de La Habana, en julio de 1935; y Quisicuba es el fruto, trascendido en el tiempo, de la Asociación Espiritista Kardeciana Cruzada, una entidad religiosa fundada el 12 de octubre de 1939 por Andrea Zabala Ortega, abuela de mi querido

¹ Palabras en la inauguración de la exposición Los Rostros de la Solidaridad, Galería de la Biblioteca Pública Rubén Martínez Villena, 31 de julio de 2020.

amigo y hermano, el doctor Enrique Alemán Gutiérrez, una de las criaturas más cultas y sensibles que he conocido, y que a sus múltiples talentos como intelectual comprometido, une su gallardía como diputado a la Asamblea Nacional del Poder Popular y su formidable capacidad aglutinadora, la misma que ha hecho que durante más de una década el nombre de Quisicúaba haya adquirido el prestigio y la simpatía de que disfruta hoy, no solo en Centro Habana, donde ejercitan diariamente su obra solidaria con los sectores más necesitados, sino en toda Cuba y más allá de nuestras fronteras. Hablar de Enrique, por supuesto, es hacerlo también de su esposa y colaboradora Lien Lucía García Miranda, directora del museo que alberga la institución, y de su hijo Luis Enrique Alemán García, quien cursa con altos méritos académicos la carrera de Licenciado en Preservación y Gestión del Patrimonio Cultural.

Y junto a esta ejemplar familia hay decenas de otras personas anónimas, encargadas de mantener activo un gigantesco esfuerzo cotidiano, que no solamente ofrece apoyo material y multiplica panes y peces entre los que Martí llamó los “pobres de la tierra”, sino que además trabaja por hacer posible un modo de vida superior, donde la divisa sea el señorío de la paz, la autoridad moral y el culto a los ancestros, en pos del mejoramiento humano.

Pero no es solo la edad y la cercanía geográfica lo que hermana en tiempo y espacio a la Oficina del Historiador y al Cabildo Quisicúaba, sino algo más profundo y trascendente. Es la vocación de servir, el apostolado permanente por una causa cultural y social, que se expresa de múltiples maneras en la salvaguarda del patrimonio físico e intangible, en la protección a los ancianos, débiles y enfermos, en el ennoblecimiento de los espacios públicos, en la defensa apasionada de nuestra historia y en esa certidumbre superior en los destinos de Cuba.

Prometí decir algo sobre los cabildos, esas particulares asociaciones de africanos que, desde sus orígenes en la segunda mitad del siglo XVI, tuvieron un papel aglutinador y de preservación de ancilares tradiciones llegadas desde África y transculturadas en Cuba, como

de manera insuperable lo definió don Fernando Ortiz. Entre esas tradiciones estaban la música, los bailes, las fiestas, las creencias mágico-religiosas, las artes culinarias, el legado ético, las costumbres, las leyendas y el inmenso caudal de los imaginarios individuales y colectivos de aquellos seres humanos, esclavizados o libres.

Pero los cabildos fueron también espacios de socialización y de solidaridad entre sus partidarios. Adquirieron un carácter de asociaciones de auxilio y servicio social entre sus integrantes que, en ocasiones, llegaron incluso a comprar la libertad de algunos de sus miembros. Aunque los cabildos tuvieron la protección de una virgen de la Iglesia Católica, en realidad fueron un factor trascendental en la preservación y desarrollo de las diferentes formas de religiosidad provenientes de los pueblos del África al sur del Sahara: la Regla de Ocha, la Regla de Palo y los preceptos religiosos y fraternales de la Sociedad Abakuá.

Hoy el Cabildo Quisicuba es una asociación polifuncional, integrada plenamente a la sociedad diversa y compleja de su barrio, Los Sitios, y de toda Centro Habana. Es un excepcional museo, donde se guardan ejemplares muy valiosos y en ocasiones únicos de cerámica, talla en madera, vestimentas, cristal y porcelana, amén de otras piezas de inigualable valor para la historia de Cuba, relacionadas con la figura de aquel adalid moral que fue Eduardo Chibás. Asimismo, alberga la Plataforma para el Diálogo Interreligioso, como expresión genuina y legítima de un ecumenismo respetuoso de la diversidad, que reivindica una unidad indisoluble entre los conceptos de paz, amor, solidaridad, equidad y justicia, y sostiene que no pueden existir unos con exclusión de los demás.

También favorece un Seminario Académico, donde se desarrollan gran variedad de programas de educación y cultura comunitarias, con la noble misión de contribuir a la reinserción de exreclusos, modificar actitudes proclives a la delincuencia y la prostitución, orientar a alcohólicos, pacientes con VIH, madres solteras y, bajo el patrocinio de la Universidad de La Habana, realizar investigaciones para tesis de maestrías y doctorados.

Por si no fuera suficiente todo lo que acabo de mencionar, el Cabildo Quisicuaba trabaja de manera estrecha junto al partido y el gobierno del territorio, de lo que he sido testigo durante estos largos y difíciles meses de enfrentamiento a la pandemia; y ninguna evidencia más elocuente que la que muestran estas fotografías de Julio Larramendi, devenidas en homenaje y testimonio al mismo tiempo.

Como sabemos todos los presentes, traspasar el umbral del Cabildo Quisicuaba nos permite penetrar en un territorio encantado, donde una enigmática tortuga en un bosque de símbolos nos abre paso al hechizo de la concordia y la armonía que deben reinar entre todos los seres humanos. En este sentido, Quisicuaba no es un espacio físico, es más bien un estado del alma, una condición de nobleza. En el mismo lugar donde se asentaron personas libres de la etnia kissi, procedentes de la distante Angola, bajo los árboles de cuabas silvestres, que por su madera resinosa podían arder fácilmente y convertirse en hachones y cirios, brilla con intensidad una casa admirable, como una antorcha inextinguible que ofrece calor y poesía, alimento y aliento, y como le gusta decir siempre a nuestro hermano Enrique: luz y amor.

31 de julio de 2020

UNA JOVEN DAMA QUE CUMPLE 500 AÑOS



Nos reunimos hoy, en acto de solemne trascendencia para todos los cubanos, y de manera especial para los habaneros, para conmemorar los quinientos años de la capital de Cuba: La Habana. “Que bella es mi ciudad”, le hemos escuchado decir con incansable pasión a uno de sus hijos predilectos, Eusebio Leal Spengler, la criatura más perseverante y batalladora por que no se pierda la esperanza y la fe de los habaneros, el creador de esa utopía maravillosa que es la ciudad restaurada, conservada, limpia y hermosa.

Mis palabras no serán sino un homenaje a su presencia inmanente, inseparable de este magnífico ritual de darle tres vueltas a la ceiba para pedir bienaventuranzas y fortuna, como él lo presagió bajo una fina llovizna hace exactamente un año: “permita la providencia que en esta misma fecha y a esta misma hora, podamos estar reunidos aquí para celebrar el medio milenio de La Habana”. Y aquí estamos contigo, Eusebio, junto a la obra inmarcesible que durante más de medio siglo tú has realizado, para ennoblecer la ciudad y con ella, a Cuba.

La Habana originaria, San Cristóbal, fue fundada a mediados de 1514 en un lugar no precisado de la geografía del occidente de Cuba, y resultó, como muchas otras en el continente, una villa trashumante, que se movió hacia el norte, hasta las cercanías del chorro que formaba el río que los aborígenes llamaban Casiguaguas y los españoles bautizaron luego como Almendares. Encontró asiento definitivo, según una arraigada costumbre, el 16 de noviembre de 1519, al pie de una tupida ceiba, guardiana de la

tradición y la memoria de la ciudad. Allí se celebraron la primera misa y el primer cabildo, según se observa en los preciosos lienzos, como los imaginó el pintor francés Juan Bautista Vermay.

El nombre compuesto de Cristóbal y Habana, recoge la tradición cristiana del santo de Capadocia y se une, en admirable sincretismo, con el nombre aborigen del cacique Habaguanex. Al abatirse el primitivo árbol, una columna conmemorativa ocupó su lugar, con el relieve de la ceiba inscrito en su base, y años más tarde, se levantó un pequeño templo para recordar a sus habitantes el momento inaugural. En el fuste de la columna, se grabaron estas hermosas palabras que todavía hoy nos conmueven:

Detén tu paso caminante, un árbol adorna este sitio, una frondosa ceiba, signo memorable de la prudencia y de la naciente religiosidad de la joven ciudad. Pues bajo su sombra se celebró solemnemente al Creador de nuestra salvación y se reunió por primera vez el Cabildo. Sin embargo el árbol protegido por una sempiterna tradición cedió ante el tiempo. Así pues, ciudad, que no perezca en lo porvenir la buena fe habanera.

Testigo de innumerables hechos históricos, La Habana creció vertiginosamente y dio origen a nuevos barrios y poblados como el Cerro, Jesús del Monte, Marianao y El Vedado, los que consolidaron una nueva fisonomía urbana con grandes calzadas y largas columnatas que tanto asombraron al novelista Alejo Carpentier. Los viajeros no dejaban de admirarse con los encantos de la urbe, saturada de un incesante ruido, una atmósfera de olores densos y una curiosa policromía, en cuyo seno latían las injusticias y reclamos de libertad.

También hubo rebeldías, de esclavos fugitivos y vengueros revoltosos, de conspiradores vehementes y poetas románticos, de gente humilde y mestiza, por eso cuando nos detenemos ante cualquier piedra de la ciudad —esa piedra que delata con sus conchas incrustadas que alguna vez estuvo bajo las aguas— debemos preguntar en respetuoso silencio: ¿qué sueños por cumplir se esconden todavía tras el orgullo y el misterio de tus muros?

En La Habana nació el más universal de los cubanos, José Martí. Hijos ilustres de la villa fueron también el padre de las ideas independentistas, el sacerdote Félix Varela; el maestro ejemplar y silencioso que fue don José de la Luz y Caballero; el patriota y orador sin tacha don Manuel Sanguily y tantos otros próceres de la independencia, y también lo fueron numerosos héroes desconocidos y sin nombre.

Supo La Habana colonial de la dolorosa trata de inmigrantes chinos, 150 mil hijos de Asia que construyeron su hogar en el corazón de la ciudad, y también decenas de miles de rebeldes e inquietas criaturas de África, traídas en alevoso tráfico desde Senegal, Nigeria, Dahomey, la Costa de Guinea y la de Marfil, Camerún, el Congo, Angola y Mozambique, quienes levantaron fortalezas, calzadas y palacios al precio de su sudor y de su propia vida. También vinieron españoles de todos los confines de la península, andaluces, gallegos, vascos, asturianos, catalanes y canarios, franceses de Haití y de la Luisiana, italianos, alemanes, polacos, rusos, judíos sefarditas y askenazíes, turcos, sirios y libaneses, yucatecos y caribeños.

Ello es la expresión del maravilloso entramado cultural y étnico de la ciudad, y explica que hoy tengamos en el centro histórico un rico tejido religioso que congrega antiguos templos católicos, denominaciones protestantes, sinagogas, mezquitas, iglesias ortodoxas, espiritistas, masones y practicantes de la santería, el palo monte y la fraternidad abakuá.

En el siglo xx, la ciudad republicana creció de manera intensa, y construcciones monumentales al estilo del Capitolio, hoy primorosamente restaurado y dignificado en su prístino sentido parlamentario, se convirtieron en verdaderos iconos urbanos, mientras que la cinta tenaz del Malecón fue bordeando la costa hasta encontrarse con la rumorosa corriente del río Almendares. La ciudad que encontró la Revolución triunfante era una de las grandes metrópolis del Caribe, y su notable acervo patrimonial, que había estado amenazado de muerte en tiempos de la dictadura, logró ser preservado gracias a la gestión de manera sobresaliente de la Oficina del Historiador

de La Habana, que bajo el liderazgo de los Doctores Emilio Roig y Eusebio Leal, ha logrado el prodigio de mantener su Centro Histórico, declarado Patrimonio Cultural de la Humanidad, vital y dinámico, con una propuesta de gestión que integra las dimensiones de lo cultural y lo social como bitácoras en un desafío incesante contra el tiempo.

Hace exactamente un año, en este mismo lugar, el Historiador de la Ciudad nos convocaba a consumir todos los esfuerzos posibles, y hasta los imposibles, para restañar las heridas causadas por el devenir inexorable de cinco siglos. Y así ha sido, la capital se ha levantado como una gigantesca multitud de compromiso y entrega sin límites. Hombres y mujeres han trabajado sin descanso, y no ha quedado un solo lugar de La Habana que no haya sido embellecido o renovado. Los grandes monumentos históricos han sido restaurados, los mármoles y bronce de las estatuas han vuelto a brillar como el primer día, las hermosas avenidas se han abierto iluminadas, y se han construido nuevas viviendas, escuelas y centros de salud o de recreo, en beneficio de una población que, originaria de ella o venida de todos los confines de la Isla, la ha hecho suya, y ha fundado allí su hogar y su familia.

La Habana crece, vive, canta, baila y sueña. Ni amenazas ni bloqueos han podido quebrantar la voluntad ni la alegría del pueblo que recibió con júbilo la revolución victoriosa, que se fue a los campos a alfabetizar y a cuidar la salud de los que nada tenían. La ciudad donde se proclamó el carácter socialista de la Revolución cubana y donde innumerables veces el pueblo acudió a la Plaza para darle su apoyo. Quiero terminar estas palabras recordando el mandato que nos ha pedido Eusebio, que el 500 aniversario no sea una meta cumplida, sino un punto de partida para alcanzar nuevas realizaciones y un desafío permanente para la imaginación y la utopía por una ciudad mejor. La joven dama que cumple 500 años y todos sus habitantes, así lo merecen.

15 de noviembre de 2019

LA HABANA: 501 ANIVERSARIO



La Habana llega a su 501 aniversario con una extraña mezcla de alegría y tristeza. Alegría por arribar a un año más de vida, en la ya prolongada existencia de esta populosa urbe de cinco siglos, etapa que ha estado marcada por enormes desafíos, compartidos con el resto de nuestro pueblo, que ha sabido resistir estos difíciles meses de pandemia, dificultades económicas y arreciamiento del bloqueo estadounidense. Pero también nos ha dejado la tristeza de la desaparición física de quien fuera el más grande de sus amantes y salvaguardas: Eusebio Leal Spengler, quien de sus setenta y ocho años de vida dedicó más de cincuenta a enaltecer la historia, la cultura, la arquitectura, la música, las artes, la literatura y el patrimonio todo de su querida Habana.

Desde su lugar inicial de trabajo en el Palacio de los Capitanes Generales —a donde llegó con apenas dieciséis años—, convertido luego en Museo de la Ciudad, Eusebio recogió las enseñanzas de quien fue su maestro y predecesor de feliz memoria, Emilio Roig de Leuchsenring, y venciendo obstáculos y desafíos, proyectó la obra de la Oficina del Historiador de La Habana hacia horizontes culturales cada vez más originales y trascendentes, en función de mejorar las condiciones de vida de sus habitantes.

Eusebio fue un apasionado defensor del concepto de que solo la cultura era capaz de salvar al ser humano, y que todo lo que se hiciera sin su brújula emancipadora generaría decadencia. Fue espléndido mecenas y protector de las artes y las academias y

desprendido benefactor de los humildes, los ancianos, los niños y los enfermos. Fundó decenas de museos, casas-museos, laboratorios, teatros, escuelas y talleres, siempre con el pensamiento de dejar un legado de belleza y crecimiento espiritual para las futuras generaciones.

Creador por excelencia, Eusebio lega a Cuba no solo la magna labor de la Oficina del Historiador, sino su participación eminente en otras instituciones y fundaciones, a las que aportó el sello particularísimo de su entusiasta personalidad. Orador vehemente, hombre culto en el sentido más cabal del término, criatura sensible y pundonorosa, fue, en un sentido superior, intelectual orgánico de la Revolución Cubana. Como historiador, además, fue un convencido cespedita, martiano y fidelista y nadie hizo tanto como él por redimir a los héroes olvidados, restaurar los monumentos derruidos y enaltecer la memoria de luchas y sacrificios del pueblo cubano. Por eso su tumba, que se convertirá en lugar de peregrinación y culto sincero de todos los que aman a Cuba y a su historia, está cubierta con la tierra sagrada de Jimaguayú, San Lorenzo, Dos Ríos, San Pedro y Birán, uniendo en un solo haz telúrico los símbolos supremos de los padres fundadores de la nación.

La Habana, esa ciudad mágica, maravillosa, multicolor y bulliciosa, le da la bienvenida a un nuevo aniversario con su gente humilde, trabajadora, hospitalaria y noble, empeñada en hacer de la urbe un lugar más limpio, cordial, habitable y sostenible. La Oficina del Historiador, de conjunto con el gobierno y el partido de La Habana Vieja y otros territorios, aporta su contribución al desarrollo local, al mantenimiento de las escuelas y hospitales, al adecentamiento y la limpieza de los lugares públicos, al enfrentamiento a indisciplinas e ilegalidades y a la construcción de nuevas viviendas, problemas todos de gran sensibilidad y urgencia para sus habitantes.

Dentro de pocas horas, serán inauguradas un grupo de obras de gran alcance cultural y social, entre ellas cabe mencionar el edificio de viviendas para los médicos en las calles O'Reilly y Mercaderes;

el Museo del Chocolate; la Casa Museo dedicada a Eusebio Leal en el lugar que ocupó su última oficina; el mural de Hipólito Hidalgo; el Museo del Automóvil; el aula de plomería de la Escuela Taller y la Casa Museo del Vedado.

Este es el mejor homenaje que podemos hacer, cada uno desde nuestro ámbito específico de labor, para saludar el cumpleaños de La Habana. De esta manera estamos honrando también la memoria de tantos habaneros ilustres, personalidades muy significativas del devenir histórico cubano, como el carpintero tallador José Antonio Aponte; el sacerdote y patriota Félix Varela; el pedagogo José de la Luz y Caballero; el bibliógrafo Antonio Bachiller y Morales; el poeta y educador Rafael María de Mendive; el afamado músico Ignacio Cervantes; el orador y patriota Manuel Sanguily y el más glorioso de sus hijos, el apóstol de la independencia José Martí.

Como dijera justamente Martí: “El que conoce lo bello, y la moral que viene de él, no puede vivir luego sin moral y sin belleza”. Y Eusebio Leal fue un discípulo aventajado de aquella doctrina. En este sentido apuntó, como el gran intérprete que fue del tiempo histórico que le tocó vivir, que no se podía: “Convertir en consigna o en esquema grabado en lápida algo tan serio como aspirar a un socialismo próspero y sostenible. ¿Cómo puede ser próspero y sostenible nuestro modelo, si no se desatan las manos de la creatividad, si no se establece un diálogo perenne con la realidad?”.

La ciudad que hoy cumple 501 años tiene el deber de ser creativa, original y realista para poder ser próspera y sostenible. Y no hablo solo del Centro Histórico, que una vez fue la metrópoli toda, sino de las múltiples centralidades que abarcan su territorio: el Cerro, Diez de Octubre, Regla, Guanabacoa, Marianao, Playa, San Miguel del Padrón, Boyeros, La Habana del Este, en fin, todos y cada uno de sus municipios, localidades y barrios, cada uno con su propia identidad y su propia historia.

Se trata entonces de llegar a las verdaderas esencias de esa belleza oculta en el eclecticismo de los edificios, la diversidad de razas y credos, el colorido de los vestidos, la riqueza de las tradiciones y el

cosmopolitismo de las calles habaneras. Pero no para hacer de esa formidable herencia material e inmaterial una decoración vacía o una escenografía para el turismo, sino la verdadera razón de ser de su patrimonio vivo y actuante, transformador y revolucionario, como fue el sueño de Eusebio Leal para La Habana Vieja.

Y no se creyó que era el ombligo del mundo, también llamó a conocer y desentrañar, sin copias empobrecedoras ni mimetismos estériles, las mejores experiencias restauradoras en otras ciudades de Cuba, Latinoamérica y el mundo. Siempre dijo que le harían falta varias vidas para ver cumplido su sueño de la restauración del Centro Histórico, y luchó cada minuto porque cada obra se hiciera con la calidad y la dignidad de que era merecedor su pueblo.

Por eso el día de su partida física, no hubo para el Ángel que se volvía inmortal, mejor saludo que las sábanas blancas colgadas en los balcones que cantó el poeta. Arropado en ellas, como un manto de estrellas, nos convoca y alienta. Gloria Eterna a la memoria de Eusebio Leal. Gloria eterna a La Habana.

16 de noviembre de 2020

LEALES A LEAL

El pasado año 2020, en esta misma fecha, en que nos reunimos al pie del árbol que simboliza la fundación de la villa de San Cristóbal de La Habana, iniciamos nuestra oración con una remembranza del Historiador de la Ciudad, Eusebio Leal Spengler, y evocamos su largo caminar de más de medio siglo por estas calles y barrios de gente humilde y laboriosa, como cantó el trovador. En esa ocasión también expresamos lo mucho que tenía que hacer Eusebio todavía, pues su ejemplo de consagración a la obra de restaurar La Habana Vieja debía constituir motivo de inspiración para quienes tenemos la dicha y el compromiso de continuar, desde la fidelidad y el respeto, aquella colosal faena.

Hoy nuevamente lo vemos salir a caminar, en la hermosa y conmovedora escultura que le dedicó su gran amigo, el artista José Villa Soberón, con paso rápido y nervioso, con la mano en alto, en gesto de saludar y dar ánimo a sus compatriotas, y con libros y documentos en la otra, como símbolo de su profunda condición de intelectual comprometido con las mejores tradiciones de la cultura cubana.

Eusebio fue, como todos sabemos, una criatura singular, donde se daban cita, en amoroso haz, el hombre práctico, el soñador, el admirador de la belleza, el político, el historiador, el orador sublime, el protector del patrimonio, el romántico, el mecenas, el fundador, el constructor, el arquitecto, el artista y el filántropo. Como fervoroso martiano que fue, abogó siempre por esa condición tan necesaria de construir una nación cada vez más emancipada y virtuosa, con prosperidad y con justicia. Como vehemente maceista, también predicó que la chabacanería y la vulgaridad no eran atributos del pueblo, sino muestras de su de-

cadencia, y defendió la idea de una sociedad cada vez más culta, para poder llegar a ser verdaderamente una sociedad más libre.

Otros afectos vendrán en los tiempos venideros, y no solo en Cuba, pero creo no equivocarme si digo que el mejor de todos los homenajes, el más entrañable para honrar su memoria, es el de hacer cada día lo que nos corresponde a sus colaboradores, cada uno en nuestro puesto, llevando adelante esa utopía benefactora que es la salvaguarda y gestión del Centro Histórico de La Habana.

Hoy La Habana llega a su 502 Aniversario, inmersa en una verdadera fiesta de pueblo, con sus plazas, parques, avenidas, escuelas, universidades y fábricas abiertas, vencedora de la terrible pandemia que azota al mundo, gracias a la eficaz y perseverante gestión del Gobierno, la resiliencia de la sociedad y el talento y el heroísmo de nuestros médicos y científicos.

No es extraña a la historia de La Habana la realidad de una epidemia. Muchas y muy graves fueron a lo largo de su devenir las enfermedades tropicales que asolaron la ciudad: el vómito negro, la viruela, el cólera y la fiebre amarilla. Una de las víctimas más conocidas de la gran epidemia de cólera de los años treinta, fue precisamente el artista francés Juan Bautista Vermay, pintor de los lienzos fundacionales que adornan este templo; y un médico cubano, el galeno Tomás Romay y Chacón, fue el pionero en toda Iberoamérica en probar, en su propia familia, la validez de la vacuna contra la viruela, cuyos efectos conocía y había publicado en el *Papel Periódico de La Habana* desde finales del siglo XVIII. Hoy un policlínico de La Habana Vieja lleva el nombre de aquel gran sabio y en cada compatriota que ha sido vacunado palpita el empeño y la sabiduría de la ciencia cubana, que comenzó su andar ilustrado hace más de dos siglos y alcanzó con la Revolución sus logros mayores y resultados más humanos.

Renace la ciudad antigua en el quehacer permanente de la Oficina del Historiador, que combina de manera armónica y solidaria las obras de carácter cultural con las labores de contenido social. Recién acaban de ser abiertos nuevos espacios museográficos en la antigua cárcel habanera, en el Castillo de la Real Fuerza, y en la Casa

dedicada al estudio del pensamiento y la obra de Eusebio Leal. Además, se han entregado viviendas dignas y confortables en la Plazuela del Cristo, último de los espacios públicos del sistema policéntrico urbano en ser restaurado.

Asimismo se han celebrado conciertos, pasacalles, se han potenciado espacios creativos y se celebró una concurrida feria del libro, que conmemoró los 25 años de Ediciones Boloña, y anticipa la gran fiesta del libro que acogerá la ciudad el año próximo, con el hermano México como país invitado de honor. Al mismo tiempo se fortalece la alianza estratégica de la Oficina del Historiador con el gobierno municipal y provincial y los consejos populares, en el ejercicio y la búsqueda de nuevas formas y proyectos para el desarrollo local, de los cuales la Oficina, en sí misma, es un ejemplo de buenas prácticas y éxito sostenible.

Próximamente, el 14 de diciembre, en ocasión del aniversario de la Declaratoria de La Habana Vieja y su Sistema de Fortificaciones como Patrimonio Cultural de la Humanidad, una nueva hornada de egresados en Gestión del Patrimonio dará continuidad a la labor formativa que Eusebio promovió desde el Colegio Universitario San Gerónimo de La Habana.

Tenemos pues, muchos motivos en este 502 Aniversario para seguir siendo, como reza el lema que preside esta conmemoración: “Leales a Leal”, que es lo mismo que decir Leales a Cuba, a la Patria Amada que nos contempla orgullosa, a su noble y valeroso pueblo, a la generación histórica que hizo la Revolución, a los héroes y mártires de nuestra historia; y también a esa ciudad misteriosa, espléndida, maravillosa, alegre y patriótica; por cuyas plazas y calles anduvo un intrépido caminante durante más de medio siglo, con zapatos que fueron gastados por el tiempo, y que como invoca la hermosa lápida que se ha develado en el patio umbroso del antiguo Palacio, trató de apresarla entre las paredes de un museo, y terminó siendo prisionero de la magia de sus muros para siempre.

15 de noviembre de 2021

GRATITUD Y MEMORIA*

El pasado 28 de octubre se cumplieron catorce años de la inauguración del Colegio Universitario San Gerónimo de La Habana, hecho ocurrido en el año 2006 y que, al decir de su fundador y Maestro Mayor, el Historiador de la Ciudad Eusebio Leal Spengler era “un presente de la nación al Jefe de la Revolución, Comandante Fidel Castro, en su 80 cumpleaños”. En dicha ocasión, Leal evocó sus encuentros con Fidel, en los que compartieron ideas para reparar el ultraje que había significado, para el patrimonio habanero y cubano, la demolición del antiguo convento de Santo Domingo. Como corolario de estas pláticas, el historiador solía recordar la frase de Fidel cuando, decidido el destino del nuevo edificio restaurado, le dijo: “Que se estudie allí lo que no se estudiaba en ninguna parte”.

Quiere esto decir que hemos entrado ya en el tiempo de nuestros primeros quince años de vida académica, y es momento propicio para rememorar la historia que nos trajo hasta aquí. Recuerdo que fue en el año 2004, poco tiempo después de comenzar mi trabajo en la Oficina del Historiador, en el antiguo Palacio de Lombillo, cuya sede compartíamos la Oficina de Eusebio, la revista *Opus Habana* y el Plan Maestro, que le escuché hablar a la directora de este último, la arquitecta Patricia Rodríguez Alomá, de la necesidad de contar con un Centro de Estudios en la Oficina, que se encargara de transmitir los saberes prácticos, acumulados durante décadas en

* Palabras en la VIII Graduación del Colegio Universitario San Gerónimo de La Habana, Basílica Menor del Convento de San Francisco de Asís, 20 de noviembre de 2020.

la gestión y restauración del patrimonio, y enseñarlos en un ámbito académico. Sabía además que Eusebio compartía con entusiasmo aquel sueño, que pronto sería una hermosa realidad.

Esa fue la génesis del Colegio Universitario San Gerónimo de La Habana, que tomó cuerpo físico en el inmueble primorosamente restaurado, al que se devolvieron símbolos tan relevantes como la gran portada barroca de la calle Mercaderes o la torre campanario, donde otrora estuvo la Real y Pontificia Universidad de San Gerónimo de La Habana, ubicada dentro del Convento de Santo Domingo, perteneciente a la orden de los Padres Predicadores.

Fui testigo de ambos nacimientos, el del Centro de Estudios, dirigido por el arquitecto Alfonso Alfonso González y el del Colegio San Gerónimo, pues pude participar en una fase primaria de la concepción de la carrera de Licenciado en Preservación y Gestión del Patrimonio Histórico-Cultural, y luego incorporarme como docente de este. En aquel equipo de trabajo, liderado por la compañera Raida Mara Suárez, eficaz y sensible colaboradora de Leal, participaron un grupo de prestigiosos profesores de la Universidad de La Habana de las áreas de Humanidades, entre ellos la doctora María del Carmen Barcia, el doctor Alejandro García Álvarez, la doctora Lourdes Domínguez, la doctora Nilda Blanco y la doctora Leonor Amaro. La doctora Blanco, ya fallecida, y la doctora Amaro, tuvieron la misión de conducir el Colegio en sus primeros años. También participó en la defensa de la carrera y se integró al claustro del Colegio la doctora Diana Mondeja, quien durante todos estos años ha sumado su valiosa experiencia metodológica y docente, y se mantiene trabajando como la única de las fundadoras en activo.

Como dije al inicio, la fundación del Colegio Universitario fue un acto de reparación del agravio que significó la demolición del convento dominico durante la dictadura de Batista, y Eusebio siempre tuvo muy presente el valor de aquel símbolo, desde que muchos años atrás había conseguido que los Padres Predicadores le transfirieran la custodia de la antigua campana de la iglesia,

que fue colocada en la esquina de Obispo y Mercaderes, y donde cada 5 de enero se reunían un grupo de fieles para honrar la fundación de la antigua universidad.

Nuestro querido amigo fray Manuel Uña, siempre presente, ha recordado con emoción su asistencia a aquel sencillo acto a inicios de la década de los noventa, en compañía de Carlos Manuel de Céspedes García-Menocal, el inolvidable doctor Delio Carreras, historiador de la Alta Casa de Estudios y desde luego, el anfitrión y orador incomparable de aquellas jornadas: Eusebio Leal. Con la excepción de fray Manuel, hoy todos ellos viven en otra dimensión del espíritu, y de manera particular Eusebio, quien seguirá viviendo en el recuerdo y la gratitud de los más de doscientos jóvenes, tanto del ámbito de la Oficina como fuera de ella, que han egresado de las aulas del Colegio en sus catorce años de fundado y ocho graduaciones. A ellos se une otra numerosa cohorte que ha obtenido títulos de educación de posgrado en sus diferentes niveles.

Es muy notable el aporte que ha realizado el Colegio Universitario e instituciones muy cercanas a él, como el Gabinete Musical Esteban Salas, al crecimiento personal e intelectual de la fuerza de trabajo de la Oficina y de otros territorios, y en muchos casos sus graduados han pasado a ocupar tareas de dirección en sus respectivos centros laborales. De esta manera, el conjunto de saberes interdisciplinarios acumulados durante todo este periodo, expresado en investigaciones, conferencias, talleres, simposios y coloquios, jornadas científicas y trabajos de diploma, constituye un riquísimo arsenal de cultura, en función de encontrar soluciones y mejores prácticas para el trabajo cotidiano en museos, galerías, bibliotecas, archivos, gabinetes de restauración, excavaciones arqueológicas y lugares diversos para la investigación del patrimonio histórico.

Significativamente, la primera graduación la efectuamos en este magnífico templo, sede del convento de San Francisco de Asís. Aquí fue donde los ocupantes ingleses celebraron la primera ceremonia masónica de la historia de Cuba; su iglesia era famosa por poseer la torre más alta de la ciudad colonial y sus

servicios religiosos eran célebres por su música y solemnidad en el siglo XIX.

Un dato poco conocido, es que en la época colonial los monjes franciscanos utilizaron el convento como escuela de bachillerato, donde se daban clases de Gramática, Filosofía, Teología y Matemática. Hombres de la talla de fray Junípero Serra y san Francisco Solano estuvieron vinculados al convento; a estos le sucedieron relevantes figuras de la ilustración cubana como el presbítero Félix Varela y el educador José de la Luz y Caballero.

Víctima también, como el propio inmueble de Santo Domingo, de usos inapropiados, a lo largo de los siglos XIX y XX, fue sucesivamente almacén, depósito, vivienda, dirección de comunicaciones, centro telegráfico y telefónico. Su restauración, concluida el 4 de octubre de 1994 fue, al decir de uno de sus protagonistas, el decano de los arquitectos restauradores cubanos, doctor Daniel Taboada, un modelo de cooperación entre varias instituciones, lideradas por la Oficina del Historiador de la Ciudad. Igualmente debemos destacar en la ejecución de la obra la realización del trampantojo, sobre el muro del ábside trunco, de la autoría del arquitecto Juan Carlos Pérez Botello, profesor de la Escuela Taller Gaspar Melchor de Jovellanos, institución hermana de nuestra facultad.

Muy cerca de aquí, en el jardín cementerio del convento, está la tumba de Eusebio, cuyo simbolismo atraerá en el futuro a los peregrinos de todas partes del mundo, para rendir un tributo de admiración y respeto al artífice que condujo, durante más de medio siglo, la restauración de La Habana Vieja, Monumento Nacional y Patrimonio de la Humanidad. Su sepulcro está cubierto con la tierra sagrada de Jimaguayú, San Lorenzo, Dos Ríos, San Pedro y Birán, uniendo en un solo haz telúrico los símbolos supremos de los padres fundadores de la nación.

Nuestra querida amiga Magda Resik, que tan gentilmente hoy nos acompaña, recordaba en este mismo sitio, días atrás, otros emblemas presentes en esta sala: el lugar donde falleció un joven de la Empresa de Monumentos, que debía estar siempre, a petición de Leal,

con un ramo de flores; y la presencia de Fidel en el templo, captado en una espléndida fotografía que lo muestra, de pie y meditativo, debajo del cristo crucificado y frente al grandioso cuadro de San Cristóbal, patrón y protector de la ciudad de La Habana.

Aquella graduación inaugural la llamamos, a petición de Eusebio, con el nombre del fundador, a quien consideraba con respeto su “predecesor de feliz memoria”, el gran historiador antiimperialista Emilio Roig de Leuchsenring, y tuvo la singularidad de que todos sus graduados eran trabajadores de la Oficina, que recibían su título de nivel superior para enfrentar empeños superiores dentro de la propia organización.

Entre los asistentes en aquel 17 de julio del año 2013, estaba quien es hoy presidente de la República, ingeniero Miguel Díaz-Canel Bermúdez, el entonces Rector de la Universidad, doctor Gustavo Cobreiro, Homero Acosta Álvarez, actual secretario de la Asamblea Nacional del Poder Popular y el destacado intelectual Abel Prieto Jiménez. Eusebio estaba sumamente feliz, viendo como la semilla que había sembrado al inaugurar el Colegio daba frutos tan generosos y útiles para la obra de restauración del Centro Histórico.

La VIII Graduación del Colegio lleva el nombre de Eusebio Leal Spengler, a pocos meses de su partida física, dejándonos un legado imperecedero no solamente como fundador y guía de nuestra facultad, a la que siempre vio como una vanguardia cultural por excelencia dentro del tejido institucional de la Oficina, sino además su ejemplo como profesor de primer año, sin que jamás faltara a su deber con el aula, su participación orientadora y certera en los consejos de dirección y la impronta humanista que deja en quienes, más que alumnos, él consideraba sus discípulos, en el sentido más recto y cabal de esa palabra. Que enorme privilegio para ellos haber tenido un maestro de la talla de Eusebio Leal.

Quienes hoy reciben sus títulos han tenido que sobreponerse a las condiciones extraordinarias impuestas por la pandemia, y debo decir que todos respondieron de manera ejemplar, realizaron sus trabajos de tesis con excelencia y junto a los profesores, tutores y

opponentes, defendieron sus diplomas con gran calidad y sentido del deber. Mi especial reconocimiento y gratitud para todos.

Durante los últimos años de su vida, Eusebio volcó sobre el Colegio buena parte de su ejecutoria intelectual y autoridad moral. Centenares de libros de su Biblioteca Personal fueron enviados a engrosar los fondos bibliográficos del Colegio, colocó con toda intención la sede de las Academias de la Lengua y de la Historia en el mismo edificio, para que los estudiantes se beneficiaran de las conferencias y talleres que ambas corporaciones promueven periódicamente. Del mismo modo, el Archivo Histórico y la Biblioteca Histórica Cubana y Americana Francisco González del Valle han sido un venero permanente de ilustración para nuestros alumnos. También puso a disposición del Colegio los laboratorios de química, biología y arqueometría de la Dirección de Patrimonio Cultural, para que sirvieran como unidades prácticas de la docencia.

Era frecuente verlo visitar el edificio. Como era su costumbre llegaba sin avisar y por donde menos se le esperaba, pendiente de cada detalle, preocupado si algo no funcionaba bien o no estaba con toda la belleza y dignidad que eran su hábito personal de hacer las cosas. En las efemérides más señaladas de la historia patria y universitaria, en el Aula Magna de San Gerónimo, adornada con la magnífica galería de la educación cubana que Ernesto Rancaño pintó a petición suya, se escuchó muchas veces el verbo clarividente y conmovedor del Maestro Mayor. Tuvo la lucidez de estar pendiente, hasta el último momento, de las cosas del Colegio, y ello explica que, ya en su lecho de enfermo, alcanzó a estampar su firma en los títulos de los graduados que hoy los reciben, con esa extraña mezcla de alegría y tristeza, como dije en mis palabras por el 501 aniversario de La Habana, que nos embarga a todos.

Alegría porque son hombres y mujeres que han cumplido un ciclo importantísimo en su formación profesional, que les abrirá sin duda nuevos horizontes. Y tristeza porque ya no se escuchará su voz bien timbrada en el claustro ni en las aulas, ni recorrerá otra vez las calles adoquinadas para mostrarles, a sus

deslumbrados oyentes, las maravillas de la ciudad ocultas tras el velo del tiempo y la desidia.

Eusebio Leal fue un magnífico alquimista que se dedicó a transmutar en el oro de la restauración el plomo de la indolencia y el abandono; un artista sensible, que se ocupaba de devolver su antiguo esplendor a ruinas venerables y monumentos derruidos; un médico de almas que se consagró a restañar las heridas del tejido social, a construir y restaurar escuelas, hospicios, maternidades y viviendas; un historiador brillante y orador vehemente, conocedor como pocos de la historia y las luchas de su patria, cuyo verbo opulento derramaba sobre los contemporáneos su influencia benéfica y su prédica perseverante y virtuosa.

Como a Luz y Caballero, cuya escuela El Salvador también apadrinó y salvó de los escombros, a Eusebio Leal le faltó tiempo para escribir libros, porque se dedicó a inculcar sentimientos y afectos en quienes lo escuchaban, y a estimular sus inteligencias y forjarles el carácter. Tomo prestadas las palabras de Martí en el obituario del gran humanista venezolano Cecilio Acosta, para terminar mi oración en recuerdo de nuestro querido amigo y maestro Eusebio Leal Spengler:

Llorarlo fuera poco. Estudiar sus virtudes e imitarlas es el único homenaje grato a las grandes naturalezas y digno de ellas. Trabajó en hacer hombres: se le dará gozo con serlo. Sus manos, hechas a manejar los tiempos, eran capaces de crearlos. Para él el universo fue casa; su patria, aposento; la historia, madre; y los hombres, hermanos. Y sus dolores cosas de familia, que le piden llanto. Él lo dio a mares. (...) A sus ojos el más débil era el más amable. Y el necesitado era su dueño. Cuando tenía que dar, lo daba todo; y cuando nada ya tenía, daba amor y libros. (...) ¡Qué entendimiento de coloso! ¡Qué pluma de oro y seda! ¡y qué alma de paloma!

20 de noviembre de 2020

EMILIO Y EUSEBIO: EL DIFÍCIL CAMINO DE LAS FUNDACIONES*

De modo que Roig me dio la lámpara en la noche oscura para poder andar por sus caminos. Nunca podría terminar de agradecerle por su valor como hombre, periodista, publicista e historiador que defendió la cubanía hasta su muerte, sin claudicar jamás.

EUSEBIO LEAL SPENGLER

Emilio Roig de Leuchsenring (1889-1964) y Eusebio Leal Spengler (1942-2020) llenan con sus existencias singularísimas y su excepcional obra el devenir de una institución precursora, la Oficina del Historiador de la Ciudad, y de un compromiso ético y cívico: ser los Historiadores de La Habana hasta el minuto final de sus vidas. Dos trayectorias vitales que guardan no pocas analogías y sutiles diferencias, pero que se unen en un solo haz, virtuoso y fecundo, en defensa de los superiores valores patrióticos y patrimoniales de la Nación Cubana.

El encuentro entre ambos, el maduro historiador y “maestro en las lides antiimperialistas” como lo calificó Julio Antonio Mella, y el joven aprendiz y amante de la historia de Cuba, se produjo tras

* Palabras de homenaje por el 83 Aniversario de la Oficina del Historiador de La Habana, Colegio Universitario San Gerónimo de La Habana, 11 de junio de 2021.

el triunfo de la Revolución Cubana, en septiembre de 1959, cuando el adolescente de apenas diecisiete años que era Eusebio Leal empezó a trabajar en el vetusto edificio del Palacio de los Capitanes Generales, como un humilde inspector del departamento de ingresos. Aquella era la sede del Ayuntamiento municipal, donde Roig había creado el 11 de junio de 1938 su taller renacentista: la oficina, la biblioteca, el archivo y un pequeño museo. Desde 1947, la sede de la Oficina del Historiador se había trasladado para el entresuelo del antiguo Palacio de Lombillo, frente a la Plaza de la Catedral, y hasta allí fue el mozalbete diletante y fue recibido por el anciano Roig. Pero dejemos que sea el propio Eusebio quien nos cuente los detalles de esta singular entrevista:

Emilito estaba sentado en su buró, pulcramente vestido de blanco, ya que era verano. Como joven religioso, le expliqué que venía con el ánimo de una reparación, tras haber criticado públicamente su libro *La Iglesia Católica contra la independencia de Cuba* (1960). Estaba recién publicado y su contenido era objeto de debate en el seno de la juventud católica, considerándolo poco menos que una afrenta. Sin embargo, arrepentido de mis desacertadas opiniones, quería remediar la falta cometida. No me dijo absolutamente nada. Se incorporó y haciendo un movimiento con los brazos —como quien dice: “esto es asunto terminado”—me extendió la mano por encima de la mesa.¹

¹ Argel Calcines, “La Habana imaginaria de Eusebio Leal Spengler”, *Opus Habana*. Número Especial V Centenario de La Habana, ene.-oct., 2019, p. 13.

El libro a que se refiere Leal se publicó originalmente en 1958 con el rótulo de *La Iglesia católica y la independencia de Cuba*, patrocinado por la Gran Logia de Cuba, A.L. y A.M. Una nueva impresión en 1960 cambió el título por el de *La Iglesia católica contra la independencia de Cuba*. En ambas ediciones Roig explicó que: “Mis críticas y mi enjuiciamiento a la Iglesia Católica, Apostólica y Romana durante nuestra lucha por la independencia, que constituye la razón de este libro, están libres de toda censura a aquellos católicos que de buena fe profesan esa religión, entre los cuales se encuentran algunos de mis más queridos familiares y amigos”. Véase: *La Iglesia Católica y la independencia de Cuba*, La Habana, Gran Logia de Cuba, 1958, pp. 13-14.

Aquel apretón de manos silencioso sellaba, sin saberlo ninguno de los dos, el destino de la institución que tanto había defendido y luchado por la salvaguarda del patrimonio histórico habanero y cubano. A partir de ese momento, el joven elocuente comenzó a recibir todos los impresos y colecciones de la Oficina, y mientras se apagaba la vida del infatigable y apasionado Emilio Roig, privado del especial recurso de la voz que tanto lo identificó, comenzaba el camino, repleto de peligros y dificultades, del desconocido y dinámico Eusebio Leal, quien asumió de manera coherente y casi diríamos natural, el legado de su predecesor.

El 8 de agosto de 1964 dejó de existir físicamente el fundador de la Oficina, y se hizo un gran vacío en torno a la gigantesca obra y el formidable legado del ilustre historiógrafo habanero. La institución fue intervenida, y parte de su patrimonio se dispersó entre varias dependencias culturales y del Estado. La persona encargada de tutelar transitoriamente aquella prestigiosa corporación, la historiadora Violeta Serrano, actuó con honradez, y permitió que la viuda, María Benítez, mujer de gran carácter y amante devota, fuera la continuadora simbólica de su esposo, sentándose cada mañana en su buró y cuidando sus libros y su papelería.

Pero María no estaba sola en este empeño por preservar la memoria de Roig, la acompañaba el joven entusiasta que hemos mencionado antes, a quien ella confió la llave del armario donde se guardaban las reliquias de su esposo, y la tarde del sábado 23 de agosto de 1969 le entregó todo su epistolario. Un año y medio antes, el 11 de diciembre de 1967, se celebró el último Consejo de Dirección de la Administración Metropolitana de La Habana, en el antiguo Palacio Municipal, y sus acuerdos más trascendentes fueron: dedicar el edificio a museo histórico de la ciudad y nombrar al compañero Eusebio Leal director del futuro museo y responsable de la restauración del inmueble.

En menos de dos años se obró el milagro y nació la galería por la que tanto había trabajado Roig en el pasado. Luego de ingentes trabajos arqueológicos y una minuciosa labor reconstructiva, las

cinco primeras salas fueron abiertas, dedicadas a la parroquial mayor, sala capitular, sobre las luchas por la independencia del siglo XIX, la república y la Revolución. Aquella labor titánica no hubiera sido posible, y Eusebio lo recordaba siempre con gratitud, sin la obra de la Revolución Cubana, que le permitió alcanzar el sexto grado en la educación obrero campesina (diploma que le entregó Lázaro Peña) y sin el apoyo decidido y generoso de la albacea de Roig, María Benítez, y de aquellos que fueron sus colaboradores y aliados, como consta en histórica acta levantada el 23 de agosto de 1969, día en que se cumplía el ochenta aniversario del natalicio de Emilio Roig. Entonces Leal invocó el espíritu vencedor de los que “han vuelto a recorrer el camino difícil de las fundaciones”, ante los “jóvenes ancianos” que se reunieron para conmemorar el nacimiento del fundador y afirmó:

Ellos han reconocido cuanto hemos hecho, la continuación de la obra de aquel gran hombre que está presente día a día en estos esfuerzos. El valor de su personalidad y el ejemplo de su vida lo han proyectado más allá de la muerte.

En cuanto a mí, no he hecho más que cumplir el deber y el compromiso de la juventud de mi tiempo, con la sincerísima impresión de que no he hecho nada, solamente una cosa, poner en el esfuerzo y en el trabajo de cada día, todos los recursos de mis fuerzas y aunar en el trabajo todos los esfuerzos y sacrificios de todos cual si fuera un solo corazón y un alma sola. Por lo tanto, deben interpretarse los elogios y las felicitaciones, como un elogio y una felicitación a todos, y solamente en nombre de todos, los acepto yo gustosamente. Por último, dedicar todo cuanto se ha hecho y cuanto se ha de hacer a la nación cubana, nuestra madre amantísima.

Debajo del escrito, con pulcra y elegante caligrafía, aparece su firma, y en un precioso álbum quedaron recogidas las impresiones, llenas de cariño y agradecimiento, de los compañeros y amigos de Roig: Enrique Gay Calbó, Raquel Catalá, José Luciano Franco,

Alba de Céspedes, Salvador Massip, Sarah Isalgué y José Antonio Portuondo. El gran investigador de los símbolos nacionales Gay Calbó profetizó: “Con la satisfacción de que Leal realice al fin los deseos de Emilio Roig de Leuchsenring, de tener un excelente Museo de la Ciudad” y la teósofa Raquel Catalá recogió en breves líneas el sentir de todos: “Me siento profundamente feliz al ver realizado, gracias a la devoción de Eusebio Leal, uno de los grandes sueños de nuestro inolvidable amigo y maestro Emilio Roig de Leuchsenring”.

Otro asiduo visitante al museo fue el gran ensayista y dirigente comunista Juan Marinello, quien el 14 de febrero de 1970 estampó, con tinta verde, estas conmovidas frases: “Tengo la mayor satisfacción de expresar mi admiración por la hermosa obra de reconstrucción que aquí se ha realizado. Y no puedo dejar de pensar en la alegría que tendría hoy mi querido Emilio Roig de Leuchsenring, creador galante de estas obras de hermosa cubanidad”. Poco tiempo después, el 23 de agosto de 1970, fue inaugurada la Sala Emilio Roig del Museo de la Ciudad, con su buró, sus libros, una pequeña mesa para jugar ajedrez, una parte de su papelería manuscrita y una selección de fotografías, entre las que descollaba la de su primer encuentro con Fidel. Años más tarde, nuevamente serían aquellos antiguos camaradas de Roig: José Luciano Franco, Raúl Roa, Juan Marinello, Antonio Núñez Jiménez, Francisco Pividal y Manuel Rivero de la Calle, los que avalaron el ingreso de Eusebio Leal a la carrera de Historia de la Universidad de La Habana, pues le faltaba el requisito de ser bachiller.

Finalmente, en diciembre de 1971, hecho del que pronto se cumplirán cinco décadas, el presidente de la Administración Metropolitana de La Habana, Levi Farah Balmaseda, designó a Eusebio Leal como Director del Museo de la Ciudad de La Habana y Director de la Oficina del Historiador de la Ciudad, en virtud de haber sido continuador, con “entusiasmo y vocación”, de la labor del doctor Emilio Roig. Leal había prolongado a Roig y la Oficina

había sido salvada. Eran los tiempos, ha narrado Leal, en que el famoso novelista Alejo Carpentier lo vio desandar las callejuelas habaneras con una carretilla cargada de maderas y piedras, y formuló esta cumplida profecía: “Llegará lejos...”

En este punto de la historia, es ineludible realizar un símil, al estilo de aquellas vidas paralelas que conjeturó el historiador griego Plutarco, entre Emilio Roig y Eusebio Leal. Ambos fueron habaneros de pura cepa, y en los dos bullía la mezcla de sangres peninsulares y germánicas, responsables estas últimas de los sonoros apellidos maternos: Leuchsenring y Spengler. Emilio procedía de un estrato social que le permitió estudiar derecho en la Universidad de La Habana y convertirse en uno de los juristas de más notoriedad entre sus contemporáneos. Su mérito como jurisconsulto de vanguardia quedó demostrada al encabezar una propuesta para instaurar en Cuba la Ley del divorcio, y también en la defensa del derecho de las pequeñas naciones a su independencia y soberanía. Eusebio nació en cuna humilde, y debió ganarse la vida desde muy temprano en oficios modestos, hasta que la Revolución le abrió las puertas al joven autodidacta del conocimiento pleno y de la formación como historiador profesional.

Emilio fue el gran paladín de la historiografía antiimperialista y nacionalista en los años difíciles de la República burguesa, denunció con ardor los que consideraba males y vicios de la Cuba republicana, combatió sin descanso la Enmienda Platt y también fue uno de los más grandes martianos y conocedores del pensamiento cubano y latinoamericano. Eusebio fue el adalid de la explicación serena y dialéctica de los momentos conspicuos de la historia de Cuba, y fue un exégeta incomparable de Céspedes y Martí, de Gómez y Maceo. Emilio fue el maestro culto e inspirador y Eusebio el discípulo amoroso y agradecido, que llevó adelante la obra de su preceptor, a quien siempre llamó su “predecesor de feliz memoria”.

Los dos fueron temibles oradores: Emilio con su voz rajada y aguda, Eusebio con su palabra grave y bien timbrada. Emilio fundó instituciones de hondo compromiso social, como la Sociedad

Cubana de Estudios Históricos e Internacionales y un ramillete de publicaciones patrocinadas y publicadas por la Oficina, en las cuales se destacan sus *Cuadernos de historia habanera*; honró a los libertadores, mantuvo vivos en sus libros y discursos los magnos ideales de independencia y soberanía del siglo XIX, y fue un sembrador de conciencia histórica y patriotismo. Eusebio continuó, acrecentándola, esa obra de rescate y divulgación histórica, y como su mentor fue hombre de libros, revistas, archivos, bibliotecas, museos, congresos, universidades, programas culturales y audiovisuales, y fue también un creador de nuevos paradigmas y maneras originales de interpretar y salvaguardar el patrimonio.

Ambos impidieron que la indiferencia y el abandono eliminaran edificios, obeliscos y estatuas. Emilio impidió que se echaran por tierra el gran lienzo de muralla con la puerta de la Tenaza, la Iglesia de Paula, el Castillo de la Fuerza y las celdas de la antigua cárcel. Eusebio salvó edificios gloriosos y monumentos que identificaban el devenir arquitectónico y cívico de La Habana, con especial simbolismo para esas joyas que son El Templete, el Palacio de los Capitanes Generales, el Palacio del Segundo Cabo, el Teatro Martí, donde se debatió con ardor la Constitución de 1901, y el Capitolio Nacional, donde se fraguó la progresista y moderna Constitución de 1940.

Nunca la Oficina del Historiador fue para ellos instancia administrativa o lugar para el adocenamiento burocrático, sino espacio privilegiado de creación intelectual, abierto a los más amplios horizontes de la cultura. Los dos debieron superar obstáculos y oposiciones, y como Quijotes se batieron sin tregua contra siete-mesinos y censores de la utopía. Emilio tuvo que realizar su obra en condiciones de escaso apoyo oficial y en un contexto histórico muchas veces hostil. Aun así, supo conquistar la simpatía de numerosos alcaldes metropolitanos quienes, sin importar su signo político, le brindaron su apoyo y colaboración. Eusebio tuvo la dicha de imaginar y realizar sus sueños en el ámbito de un proyecto social que se puso del lado de los pobres, y estimuló como nunca

antes la educación, la cultura, la solidaridad y el respeto martiano a la dignidad plena del hombre. Emilio fue librepensador y radical dentro del Grupo Minorista, y desde posiciones de izquierda nunca militó en formación política alguna. Eusebio fue cristiano de alma y comunista de convicción.

Uno y otro fueron cubanos con un discernimiento agudo de los problemas más acuciantes del momento histórico que les tocó vivir. Los dos fueron hombres, como expresó Martí de Domingo del Monte, entre los más reales y útiles de su tiempo. Ambos fueron criaturas apasionadas y dinámicas, dotadas de un carácter enérgico y justiciero, estoico y compasivo al mismo tiempo. Emilio Roig y Eusebio Leal alcanzaron en vida múltiples honores, distinciones y reconocimientos, pero ninguno mayor que el de la gratitud y el recuerdo emocionado de todos los cubanos. Los dos fueron amantes impetuosos y sublimes: de la historia, de la belleza, de su ciudad, de las mujeres que tuvieron el hado de conquistar sus corazones, y de esa madre afectuosa para la cual siempre trabajaron con audacia y cariño: Cuba.

Para ambos, Emilio y Eusebio, invoquemos hoy aquel recuerdo que pidió el primero para su querido amigo *Panchito* González del Valle: “¡Que su amor a Cuba, sus virtudes ciudadanas, la rectitud de sus vidas, su probidad intelectual, la consecuencia inalterable que supieron mantener, en lo público y en lo privado, con sus ideas y principios, sirvan de enseñanza y norma de conducta a los historiadores cubanos actuales y futuros!”²

² Emilio Roig de Leuchsenrig, “Saber y civismo en la obra del historiador cubano Francisco González del Valle”, en Francisco González del Valle, *La Habana en 1841*. Obra póstuma ordenada y revisada por Raquel Catalá, La Habana, 1952.



ÍNDICE

ENSAYOS / 5

La Habana del siglo XIX: urbanismo, mestizaje y modernidad / 9

La ciudad como metáfora de deseo y desconcierto / 45

Emilio Roig de Leuchsenring: el *enfant terrible* / 63

El año en que Emilio Roig de Leuchsenring fue nombrado Historiador de La Habana / 77

La Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales (1940-1964) / 91

Los trabajos y los días de Jenaro Artiles en la Oficina del Historiador de La Habana (1940-1947) / 112

Biografía de La Habana / 129

HOMENAJES Y DISCURSOS / 141

Cuadernos de historia habanera (tomos XI al XVIII) / 143

La Armería 9 de Abril / 149

El Palacio de los Torcedores / 156

Eusebio Leal: medio siglo de humanismo revolucionario / 162

Leal a Céspedes / 173

Rostros de la Solidaridad / 180

Una joven dama que cumple 500 años / 184

La Habana: 501 aniversario / 188

Leales a Leal / 192

Gratitud y memoria / 195

Emilio y Eusebio: El difícil camino de las fundaciones / 202

